

Atenea

Revista Mensual de Ciencias, Letras y Artes

PUBLICADA POR LA
UNIVERSIDAD DE CONCEPCIÓN (CHILE)



SUMARIO

Ricardo A. Latcham	<i>Puntos de vista Las ideas del movimiento literario de 1842</i>
Jacinto Chacón	<i>Una carta sobre los hombres de 1842</i>
Milton Rossel	<i>Un crítico de nuestro amanecer literario: Joaquín Blest Gana</i>
Antonio R. Romera	<i>El siglo de Moivoisin</i>
Miguel A. Vega	<i>Visión panorámica del movimiento literario del 42</i>
Luis Durand	<i>Significación de Lastarria</i>
B. Vicuña Mackenna y J. V. Lastarria	<i>Los antecedentes del mo- vimiento literario de 1842</i>
Guillermo Feliú Cruz	<i>La literatura histórica chilena</i>
Diego Barros Arana	<i>El movimiento poético de 1842</i>
Francisco Santana	<i>Hombres de 1842</i>
Andrés Sabella	<i>Poesía de Chile en 1842</i>

LOS LIBROS.—Estéban Sardón: *Quo vadis?*, por Enrique Lienkiewicz.—*La Araucana*, por Alonso de Ercilla y Zúñiga.—*Robinson Crusoe*, por Daniel Defoe.—A. S.: *Andenes, crónicas de Julio Iglesias*.

Atenea

Revista mensual de Ciencias, Letras y Artes
Publicada por la Universidad de Concepción

Comisión Directora:

ENRIQUE MOLINA
FÉLIX ARMANDO NÚÑEZ (Secretario)

Representante de la Dirección en Santiago
DOMINGO MELFI

ATENEA inició su publicación en 1924 y la ha continuado hasta la fecha con absoluta regularidad. Su propósito es el de dar una visión completa y siempre actual de las actividades espirituales chilenas y americanas en primer lugar y luego de las de otros países del mundo.

ATENEA no publica sino los trabajos que solicita especialmente a sus autores y no mantiene correspondencia alguna sobre los originales que se le remiten. La Dirección de la Revista no se hace solidaria de las opiniones que expresen los autores de trabajos publicados en estas páginas y que lleven firma responsable.

PRECIO DE LAS SUSCRIPCIONES

PAIS

Número suelto.....	\$ 4.00
Suscripción anual.....	40.—
Suscripción semestral.....	22.—

EXTRANJERO

América y España

Número suelto.....	Doll. 0 35
Suscripción anual.....	„ 3.00

Europa (salvo España), Asia, Africa y Oceanía.

Número suelto.....	Doll. 0.50
Suscripción anual.....	„ 5.—

El aumento en los precios de suscripción y ejemplar suelto que establecemos desde ahora, se debe al aumento del precio del papel y de la mano de obra.

Para la atención de todos los asuntos relacionados con la redacción de la Revista ATENEA, dirigirse a su oficina en Santiago, ubicada en el edificio de la Mutual de la Armada y Ejército, cuarto piso, oficina N.º 22, o a la Secretaría de la Revista Atenea, Concepción.

Agente general para suscripciones y ventas

LIBRERIA NASCIMENTO

Ahumada 125 - Casilla 2298 SANTIAGO. CHILE

HISPANIA

A JOURNAL DEVOTED
TO THE INTERESTS
OF TEACHERS OF SPANISH,
AND PUBLISHED
BY THE AMERICAN
ASSOCIATION OF TEACHERS
OF SPANISH.

DIRECTOR

Alfred Coester

**STANFORD UNIVERSITY,
CALIFORNIA**

AMERICA

Revista de Cultura
Indoamericana

Publicación Trimestral del
GRUPO AMERICA



Encargados de la Dirección

Alfredo Martínez
Augusto Arias
Antonio Montalvo.



Dirección Postal
GRUPO AMERICA

Casilla 75 :: Quito, Ecuador. S. A.

MERCURIO PERUANO

Revista mensual de Ciencias
Sociales y Letras,
fundada en 1918



Director Fundador

Víctor Andrés Belaunde



APARTADO NUM 176

LIMA PERU

NOSOTROS

REVISTA MENSUAL

(Segunda época)

Fundada el 1.º de Agosto de 1907

Directores:

ALFREDO A. BIANCHI
ROBERTO F. GIUSTI

Administrador:

DANIEL RODOLICO

Precio de suscripción, (adelantada)

\$ 4.00 Dólares

Dirección y Administración:

BARTOLOME MITRE 811
5.º Piso.—Departamento «G»

BUENOS AIRES

REP. ARGENTINA

REVISTA CUBANA

Publicaciones de la Secretaría
de Educación

DIRECCION DE CULTURA

LA HABANA - CUBA

REPERTORIO AMERICANO

Semanario de Cultura
Hispánica

DIRECTOR

JOAQUIN GARCIA MONGE

APARTADO 533

San José de Costa Rica

CENTRO AMERICA

CLARIDAD

La revista americana de los
hombres libres

Director:

ANTONIO ZAMORA

Publicación mensual
100 páginas de texto

UNICA SUSCRIPCION ANUAL

Argentina..... \$ 5.00
Exterior..... Ds. 1.50

Oficinas y Talleres:

1641 - San José - 1645

Buenos Aires (R. A.)

REVISTA INTERNACIONAL DEL CINEMA EDUCATIVO

ORGANO DEL I. L. C. E.
SOCIEDAD DE LAS NACIONES

Publicación destinada a informar sobre
la aplicación del Cine a la educación en
cada una de sus ramas (universitaria,
primaria, secundaria, agrícola), así a la
científica como a la popular, y a la hi-
giene social. Se publica en cinco edicio-
nes: inglesa, francesa, italiana, española
y alemana.

Director:

Doctor LUCIANO DE FEO

Dirección:

Villa Torlonia-ROMA

Suscripción por un año a la edición española
dólares 4; pesos chilenos, 22.

Atenea

Revista Mensual de Ciencias, Letras y Artes.
Publicada por la Universidad de Concepción.

Año XIX Mayo de 1942

Núm. 203

Puntos de vista

El discurso de Lastarria

El discurso pronunciado por Lastarria en la inauguración de la Sociedad Literaria el 3 de Mayo de 1842, tuvo una gran resonancia y un largo dominio sobre el pensamiento nacional. Este dominio continúa porque no han sido modificadas aquellas ideas ni se ha desvirtuado el fondo de las enseñanzas que Lastarria dió a la juventud de 1842.

El centenario de esa fecha ha sido celebrado por los organismos intelectuales chilenos con diversos actos recordatorios y se ha puesto de relieve la trascendencia de aquel discurso que puede decirse fué el primer grito de independencia espiritual que se escuchó en esta parte del continente.

Señalando la importancia del acto que se realizaba en aquel día de mayo de 1842, es decir un siglo atrás, decía Lastarria a los componentes de la generación del 42 y a los innumerables jóvenes que asistieron a la inauguración de la Sociedad:

«Pues bien, habéis comprendido esta necesidad, vosotros que sin guía, sin amparo, sacándolo todo de vuestro solo valor, os congregáis para ilustraros e ilustrar con vuestros trabajos; vosotros que, me parece, habéis dicho en Chile a los hombres de luces que eso debían haber practicado tiempo ha: reunirse para comunicarse y ordenar un plan de ataque contra los vicios sociales, a fin de hacerse dignos de la independencia que a costa de su sangre nos legaron los héroes de 1810; reunirse en torno de esa democracia que

milagrosamente vemos entronizada entre nosotros, pero en un trono cuya base carcomida por la ignorancia, se cimbra al más ligero soplo de las pasiones, y casi se desploma, llevando en su ruina nuestras más caras esperanzas. Os doy el parabién, Señores, y muy sinceramente me glorío de ser vuestro compañero, porque habéis acertado en asociaros para satisfacer una necesidad social. Vosotros tenéis mis ideas y convenís conmigo en que nada será Chile, la América toda, sin las luces. Me llamáis para que os ayude en vuestras tareas literarias, pero yo quisiera convidaros antes a discurrir acerca de lo que es entre nosotros la literatura, acerca de los modelos que hemos de proponernos para cultivarla, y también sobre el rumbo que debemos hacerle seguir para que sea provechosa al pueblo. Porque Señores, no debemos pensar sólo en nosotros mismos, quédese el egoísmo para esos hombres menguados que todo lo sacrifican a sus pasiones y preocupaciones: nosotros debemos pensar en sacrificarnos por la utilidad de la patria. Hemos tenido la fortuna de recibir una mediana ilustración; pues bien, sirvamos al pueblo, alumbrémosle en su marcha social para que nuestros hijos le vean un día feliz, libre y poderoso.

Se dice que la literatura es la expresión de la sociedad, porque en efecto es el resorte que revela de una manera la más explícita las necesidades morales e intelectuales de los pueblos, es el cuadro en que están consignadas las ideas y pasiones, los gustos y opiniones, la religión y las preocupaciones de toda una generación. Forman el teatro en que la literatura despliega sus brillantes galas, la cátedra desde donde anuncia el ministro sagrado las verdades civilizadoras de nuestra divina religión y las conminaciones y promesas del Omnipotente; la tribuna en que defiende el sacerdote del pueblo los fueros de la libertad y los dictados de la utilidad general; el asiento augusto del defensor de cuanto hay de estimable en la vida, el honor, la persona, las propiedades y la condición del ciudadano; la prensa periódica que ha llegado a hacerse el agente más activo del movimiento de la inteligencia, la salvaguardia de los derechos sociales, el azote poderoso que arrolla a los tiranos y los

confunde en su ignorancia. La literatura, en fin, comprende entre sus cuantiosos materiales, las concepciones elevadoras del filósofo y del jurista, las verdades irrecusables del matemático y del historiador, los desahogos de la correspondencia familiar, y los raptos, los éxtasis deliciosos del poeta.

La generación del 42 constituyó pues una fuerza ideal y rebelde dentro de la omnipotencia de los gobiernos autoritarios que manejaban la vida del país, a raíz de la dictadura de Portales. Disciplinó la vida política puesto que dió flexibilidad a las dos doctrinas e impulsó con su crítica y con su ímpetu de combate el progreso nacional señalando la importancia que la educación liberal debía tener para la juventud. Combatió esa generación, contra la herencia colonial, contra el espíritu sin vuelo que arrastraba a flor de tierra sus anillos de plomo y aspiraba a perpetuar por el orden sin rebeldías y sin crítica el mismo silencio de las almas que había sido el fondo de la mentalidad del coloniaje. De suerte que la generación del 42 precursora de todos los movimientos libres y humanos que se han sucedido en nuestro país a lo largo de un siglo, se ponía frente a la vieja estructura social y jurídica para cerrarle el paso y para dar amplitud y soltura y flexibilidad a las ideas nuevas y a los ímpetus sociales de regeneración.

Lastarria insistía en otra parte de su discurso acerca del deber que correspondía a la juventud, la incitaba a luchar, a ser consecuente con sus ideales y expresaba:

«No perdáis jamás de vista que nuestros progresos futuros depende enteramente del giro que demos a nuestros conocimientos en su punto de partida. Este es el momento crítico para nosotros. Tenemos un deseo, muy natural en los pueblos nuevos, ardiente, que nos arrastra y nos alucina; tal es el de sobresalir, el de progresar en la civilización, y de merecer un lugar al lado de esos antiguos emporios de las ciencias y de las artes, de esas naciones envejecidas en la experiencia, que levantan orgullosas sus cabezas en medio de la civilización europea. Mas no nos apresuremos a satisfacerlo. Tenemos mil arbitrios para ello; pero el que se nos ofrece más a

mano es el de la imitación, que también es el más peligroso para un pueblo, cuando se ciega y arrebata, cuando no se toma con juicio lo que es adaptable a las modificaciones de su nacionalidad. Tal vez ésta es una de las causas capitales de las calamitosas disidencia que han detenido nuestra marcha social, derramando torrentes de lágrimas y de sangre en el suelo hermoso y virginal de la América española. ¡Ah Señores, que penoso es para las almas jóvenes no poderlo crear todo en un momento! Pero los grandes bienes sociales no se consiguen sino a fuerza de ensayos. Bien pueden ser ineficaces para conseguir nuestra felicidad los instrumentos que poseemos, pero su reforma no puede ser súbita; resignémonos al pausado curso de la severa experiencia, y día vendrá en que los chilenos tengan una sociedad que forme su ventura, y en que estén incrustadas fuertemente las raíces de la religión y de las leyes, de la democracia y de la literatura. A nosotros está encargado esta obra interesante, y es preciso someterla a nuestros alcances».

La significación de esta generación es grande en la historia de nuestro desarrollo intelectual. Es quizá el movimiento de hombres más interesante que ha sacudido en Chile el espesor de la tradición cerrada y es por eso que su conducta como estilo y como dignidad fué combatida con singular encono en los guías que como Lastarria tomaron sobre sus hombres la responsabilidad de conducirla hacia el logro de las aspiraciones. ¿Cuáles eran éstas?

Dar a Chile una conciencia intelectual libre, una potencia humana de vigor en la crítica de las costumbres y en la crítica de las ideas, un gran respeto por la educación, una fuerza inalterable en la defensa de la ley y un orden flexible y no simplemente autoritario en las instituciones democráticas.

Refiriéndose a la formación de una literatura propia, agrega a Lastarria estos conceptos que han sido los más seguros guías en el desarrollo de la creación artística y en la expresión de las ideas y que han señalado en América uno de los más hondos y firmes programas de acción intelectual:

«No, Señores, fuerza es que seamos originales; tenemos dentro de nuestra sociedad todos los elementos para serlo, para convertir nuestra literatura en la expresión auténtica de nuestra nacionalidad. Me preguntaréis qué pretendo decir con esto, y os responderé con el atinado escrito que acabo de citaros, que la nacionalidad de una literatura consiste en que tenga una vida propia, en que sea peculiar del pueblo que la posee, conservando fielmente la estampa de su carácter, de ese carácter que reproducirá tanto mejor mientras sea más popular. Es preciso que la literatura no sea el exclusivo patrimonio de una clase privilegiada, que no se encierre en un círculo estrecho, porque entonces acabará por someterse a un gusto apocado a fuerza de sutilezas. Al contrario debe hacer hablar todos los sentimientos de la naturaleza humana y reflejar todas las afecciones de la multitud, que en definitiva, es el mejor juez, no de los procedimientos del arte, pero sí de sus efectos».

.....

«Seguid estos preceptos, que son los del progreso y los únicos que pueden encaminaros a la meta de nuestras aspiraciones.

No hay sobre la tierra pueblos que tengan como los americanos una necesidad más imperiosa de ser originales en la literatura, porque todas sus modificaciones les son peculiares y nada tienen de común con las que constituyen la originalidad del Viejo Mundo. La naturaleza americana, tan prominente en sus formas, tan variada, tan nueva en sus hermosos atavíos, permanece virgen; todavía no ha sido interrogada; aguarda que el genio de sus hijos explote los veneros inagotables de belleza con que le brindan. ¡Qué de recursos ofrecen a vuestra dedicación las necesidades y sociales morales de nuestros pueblos, sus preocupaciones, sus costumbres y sus sentimientos! Su ilustración tan sólo os presenta materiales tan abundosos que bastarían a ocupar la vida de una generación entera; ahora nuestra religión, Señores, contiene cada página de sus

libros sagrados un tesoro capaz de llenar vuestra ambición. Principiad, pues, a sacar el provecho de tan pingües riquezas, a llenar vuestra misión, de utilidad y de progreso; escribid para el pueblo ilustrado, combatiendo sus vicios y fomentando sus virtudes, recordándole sus hechos heroicos acostumbándole a venerar su religión y sus instituciones; así estrecharéis los vínculos que lo ligan, le haréis amar a su patria y lo acostumbraréis a mirar, siempre unida, su libertad y su existencia social. Este es el único camino que debéis seguir para consumir la grande obra de hacer nuestra literatura nacional útil y progresiva».

Tal es el sentido de esa Generación y tal el sentido de ese discurso de Lastarria que ha sido celebrado en su centenario por los organismos intelectuales de Chile y que nuestra revista ha querido conmemorar en este número en el cual hemos aspirado a presentar los puntos más salientes y más fundamentales de aquel trascendental suceso intelectual.

Ricardo A. Latcham

Las ideas del movimiento literario de 1842

SUMARIO: El neoclasicismo de Mora y su influencia en Lastarria.—El romanticismo en Bello y en Lastarria.—El americanismo de Lastarria y sus semejanzas con el de Echeverría y el de Sarmiento.—Las ideas de Lermnier en el romanticismo político.—Las ideas de Herder en Sarmiento y en Lastarria.—La evolución política de Lastarria y su paralelismo con las ideas de Sarmiento y de Alberdi en sus últimos escritos.—El neoclasicismo literario y el romanticismo político.—La Sociedad Literaria de 1842 y su influencia en la Literatura Chilena.



CUANDO se escarmena el movimiento intelectual de 1842, se incurre en un error que brota de una perspectiva falsa. Las ideas difundidas a la sombra de la Sociedad Literaria, establecida en ese año señero, no se produjeron por generación espontánea sino que resultan la síntesis de varios precedentes que, a veces, contrastan en su contrapunto engañoso. El principal animador de la Sociedad Literaria, don José Victorino Lastarria, más de algo debió a la tesonera obra de don José Joaquín de Mora, cuyo alumno fué en el Liceo de Chile. Mora había expresado en el prospecto de su institución que «se explicaría en el establecimiento el

tratado de ideología de Destutt de Tracy, instruyendo al mismo tiempo al alumno en las opiniones principales de Platón, Aristóteles, Descartes, Malebranche y la escuela de Escocia». Don Miguel Luis Amunátegui, glosando el programa de Mora, dice que prevaleció en su enseñanza la doctrina de Laromiguière (1).

Lastarria entró a la Academia Militar, anexa al Liceo de Chile del gaditano Mora, en calidad de cadete del Regimiento de Cazadores de a caballo, más o menos por el 15 de agosto de 1829. La influencia de Mora en Lastarria se puede ver de un modo directo y a ella nos podemos dirigir al investigar las lecturas que hacía el autor de los *Recuerdos Literarios*, en 1838 (2).

Es indudable que Mora resalta como escritor medularmente neoclásico y adicto a lo que en su época se designaba como «la filosofía de las luces», cuyos orígenes los modernos investigadores de la ciencia llaman «el iluminismo».

Ciertos rasgos intelectuales de la primera etapa de Lastarria se confunden con otros que percibimos en los escritos literarios de Mora. Desde luego ese culto de las luces (que) es un tópico de los neoclásicos y de sus seguidores los románticos políticos. La admiración de Mora a hombres representativos del «espíritu de las

(1) Miguel Luis Amunátegui, *Don José Joaquín de Mora*, Santiago, 1888, p. 168.

(2) *Papeles inéditos de don José Victorino Lastarria en la Revista Chilena de Historia y Geografía*, N.º 25, 1917.

luces» como Bernardino Rivadavia en Argentina y don Francisco Antonio Pinto en Chile, es característico de su temperamento. Por otra parte, don Ventura Marín llamaba a Pinto en un discurso leído en la Academia de Leyes y Práctica Forense «el protector de las luces» y el «padre de la juventud estudiosa».

Mora dijo, más tarde, en un artículo polémico, publicado en enero de 1829 contra las ideas peluconas: «Si nos descuidamos, ¿Locke, Condillac, Destutt de Tracy, Stewart, tendrán sucesores entre nosotros? No por cierto.

«Las doctrinas tan tenebrosas y embrolladas, como las argucias escolásticas, de los ultramontanos, se radicarán en Chile en el siglo de las luces; y los sueños de los iluminados ocuparán el lugar majestuoso de las ciencias exactas en una república americana que ha sabido preservarse de los horrores del fanatismo tanto religioso como político: el jesuitismo y el federalismo». («El Mercurio» de Valparaíso, 21 de enero de 1829).

El neoclasicismo de Mora se vertió en muchas poesías y en sus ideas sobre la pureza que debía tener el castellano en que ejerció una visible influencia sobre dos de sus alumnos, por lo menos: Lastarria y José Joaquín Vallejo (Jotabeche).

Mora era gran lector de Capmany y Monpalau, que escribió una famosa *Filosofía de la elocuencia*, de Meléndez Valdés, de Quintana, de Herosilla, de Jovellanos y de otros neoclásicos his-

pánicos. La famosa polémica con don Andrés Bello tiene mucho de superfluidad erudita. Ambos amaban las decorosas formas del castellano y se ocupaban seriamente en su estudio bajo la pauta de severos modelos. Si en Chile hubiese prevalecido Mora, que fué desplazado por el triunfo conservador en la batalla de Lircay, que ascendió a Bello, es seguro que el rumbo de los estudios no habría roto con la tradición castellana. De ahí que es importante precisar la acción que pudo tener en las lecturas de Lastarria, cuya biblioteca en 1838 arroja un inventario favorable a las predilecciones intelectuales de Mora. Los elementos neoclásicos del pensamiento literario de Lastarria son fundamentales. Leía, en 1838, al duque de Rivas, cuyo poema *El moro expósito* se publicó en 1834, a Martínez de la Rosa en su *Poética*, editada por Julio Didot en 1827, a Samaniego y a Iriarte, los famosos fabulistas, a Alberto Lista, de quien poseía las *Poesías*, mezcla de colorido sevillano y de filantropismo enciclopédico en «El triunfo de la tolerancia».

Lastarria conoció también el indispensable *Arte de hablar de Hermosilla*, la *Filosofía de la Elocuencia* de Capmany, que recomendaba Mora, la *Ortología* de Bello, la *Gramática Castellana* de Mora, el *Diccionario de Sinónimos* del abate José Marchena, las *Poesías* de Martínez de la Rosa, las obras de Meléndez Valdés, las de Moratín, la *Retórica* de Blair, las No-

ches *Lúgubres* de Young, las *Lecciones de Elocuencia* de Marchena, el *Yvanhoe* de Walter Scott, las *Obras sueltas* de José Joaquín de Mora, el *Curso de Literatura* de La Harpe y la *Elegancia Castellana* de Garcés.

Prevalecen entre los libros que leía Lastarria, en 1838, los neoclásicos y en mucho menor escala los románticos puros que a veces, como en el caso de Martínez de la Rosa, se equilibraban entre el clasicismo y el romanticismo. Entre los escritores franceses, Lastarria conocía a Benjamín Constant, a Montesquieu con su *Espíritu de las leyes*, a Destutt de Tracy, a Rousseau, con *El Contrato Social*, a Lammenais con las *Palabras de un creyente*, y a Madame de Stael en su libro *De la literatura considerada en sus relaciones con la Sociedad*. Los ingleses y norteamericanos estaban representados en sus lecturas por Bentham con su *Tratado de Legislación*, por Robertson con su *Historia de América*, publicada en 1777, por Walter Scott, por Cötter y por Jefferson, cuyo *Manual de Derecho Parlamentario* leyó.

Creemos, por las razones que dimanaban de una lectura atenta de Lastarria, que su romanticismo tuvo un carácter más político que literario. Recuerda Sarmiento que cuando se produjo la polémica literaria de 1842 (la primera) llegaba a Chile la primera oleada del romanticismo con el natural retraso que agudamente indica en algún artículo de combate. Ya el teatro, con

pasaderos actores, repetía aquí el *Hernani* de Víctor Hugo que según un crítico actual mostró «un desafortado subjetivismo», la «hipertrofia del yo» y «una singular aberración de la originalidad», muestras singulares de la psicología romántica (1). Dominaba sin contrapeso en las aulas chilenas el purista español Hermosilla, ídolo de Mora y de Bello, que en mucho siguió Lastarria en su culto a la pureza del idioma castellano. Víctor Hugo fué conocido también por el *Podestá* de Padua y por otras piezas teatrales (2). Rafael Minvielle tradujo el *Hernani* de Víctor Hugo, que se representó el 29 de enero de 1843 en el beneficio del actor Jiménez. Es curioso anotar de paso, la influencia de Andrés Bello en la difusión del romanticismo en el teatro que se representaba en Santiago y Valparaíso. Aquí percibimos un toque de equilibrio en el temperamento literario del autor de *La oración por todos*. El clasicismo de Bello trataba de asimilar lo útil del romanticismo para enriquecer a las letras nacionales.

El romanticismo tocaba mejor las cuerdas sensibles del público por el vehículo escénico, más adecuado a la cultura media. Por esto casi todos los escritores de importancia no rehuyeron la crítica teatral que, como otros tópicos, provino de la imitación de Mariano José de Larra. José Victorino Lastarria ensayó este

(1) Ricardo Baeza. *La batalla de Hernani* en la *Revista de Occidente*, Tomo XXX, 1930, p. 224-249.

(2) *Obras de D. F. Sarmiento*, Tomo I. Santiago, 1887, p. 332.

género de gacetillas sin revelar el dominio de Sarmiento, más avezado al enfoque directo de los problemas del teatro. Queda aún por ahondar este asunto, o sea la acción insurgente de Larra contra la teoría de las tres unidades grata a Herosilla. Larra se sintió dos veces interesado ante la figura mítico-histórica del poeta Macías, muerto de amor víctima de su pasión adúltera y símbolo de sus personales congojas ante Dolores Armijo. La importancia de tal aspecto en Larra fué realzada por Sarmiento en las siguientes palabras: «Poeta dramático a la par de juicioso crítico, ha analizado muchísimas de las piezas originales españolas que se representan en nuestros teatros, y no pocas de las traducciones francesas con que nos favorecen a menudo buenos traductores o detestables copistas, de manera que sus críticas del teatro son tan prácticas o tan convenientes aquí como allá, dándonos reglas de buen gusto, sin pretensiones clásicas, sin desenfreno romántico, no siendo menos importante la pureza, gala y armonía del idioma, del que sus escritos pueden ser reputados como un modelo digno de imitación, en países como los nuestros en que la lengua necesita purificarse de los vicios que a cada paso encontramos en las asalariadas traducciones francesas. Inútil es decir que los otros géneros de poesía que en su tiempo han visto la luz, no han escapado al examen severo de este implacable e imparcial aristarco». El influjo de Larra también se patentizó en el copiapino Jotabeche, pero es un aspecto que tocaremos al estudiar a los que se

inspiraron en Figaro como modelo del género costumbrista. Porque hay dos vetas claras en la acción de Larra sobre los escritores americanos y chilenos: como crítico de teatro y como costumbrista. Jotabeche decía en una carta del 10 de marzo de 1843: «Adoro a Larra y rara vez me duermo sin leer alguna de sus preciosas producciones».

Antes que la Sociedad Literaria de 1842 condensara las inquietudes de la generación llamada a renovar la literatura chilena, el teatro fué uno de los escasos instrumentos de cultura en un medio relativamente pacato y conservador.

Con anterioridad a Víctor Hugo, Alejandro Dumas había sido representado en Santiago. Don Andrés Bello tradujo el drama *Teresa* de Alejandro Dumas, que tenía cinco actos y fué escenificado en Santiago, en noviembre de 1836. Es el primer indicio que hallamos de la literatura típicamente romántica en el teatro. Otro drama en cinco actos de Dumas, *El Alquimista*, fué traducido por Juan Bello y se representó en Santiago el 1.º de septiembre de 1846.

También se había representado en el beneficio del famoso actor Casacuberta, el drama en cinco actos *Antonino*, original de Alejandro Dumas y traducido libremente por don Rafael Minvielle. En 1843 se representó *La cartera*, drama de Burgeois y Deurney, traducido también por Rafael Minvielle. Cuando en agosto de 1841 se dió a conocer al público santiaguino *La nona sangrienta* en una traduc-

ción del francés, que tenía descuidado hasta el título, Sarmiento desarrolló algunas de sus ideas sobre el teatro que hallamos interesantes para conocer el ambiente de la época.

Antes, el 7 y el 22 de julio de 1841, había comentado el atraso del teatro santiaguino y *Un desafío*, drama de Larra. El 6 de agosto del mismo año, Sarmiento glosó una pieza teatral titulada *El último sainete*, pero como no había diario alguno en la capital no tenemos mayores noticias de su autor y calidad. Sarmiento, por otra parte, no da noción alguna de quien escribió esa obra.

Al comentar "La nona sangrienta", Sarmiento nos ilustra bastante acerca de lo que piensa del teatro. Dice: «Sea de ello lo que fuere, el drama romántico es el protestantismo literario. Antes había una ley única, incuestionable y sostenida por la sanción de los siglos; mas vino Calvino y Lutero en religión, Dumas y Víctor Hugo en el drama, y han suscitado el cisma, la herejía, de que nacieron después el deísmo y el ateísmo, y el romanticismo en el arte, del que, cuando el caos se desembrolle, veremos salir en materias de teatro, ortodoxos, puritanos, cuáqueros, unitarios y metodistas. ¿Y qué hacer, pues? ¿Habrà de recurrirse a una inquisición? Pero este medio ha caído en desuso, y los gritos de los clásicos, como las hogueras de aquélla, no podrán contener la marcha de las

ideas, pues que la importancia de la reforma ha sido demostrada hasta la saciedad . . . » (1).

En este importante artículo, que es un anticipo de la famosa polémica literaria de abril de 1842 por las ideas renovadoras sustentadas allí por Sarmiento, él dijo que no era clásico ni romántico. Pero, en realidad, su simpatía estaba por los innovadores, cuya técnica teatral explicaba y comprendía cabalmente.

De todo este fervor teatral surgieron algunas piezas originales. Lastarria hizo una comedia en un acto, que se titulaba *¿Cuál de los dos?* Se publicó de folletín en «El Siglo» y no añade prestigio a su autor. El 28 de agosto de 1842, se representa el drama *Los amores del poeta* de Carlos Bello. Sarmiento lo comenta en «El Mercurio» de Valparaíso del 1.º de septiembre. Lo califica de prólogo de «la naciente existencia de una literatura nacional». X

Ya se ven brotar las ideas americanistas de Sarmiento que echa en cara a Bello haber situado la escena del drama en Francia y no en Chile y colocar su acción entre franceses y no entre americanos. Dice el crítico: «Tributo que sin pensarlo pagaremos largo tiempo a la literatura de aquella nación, de donde sacamos nuestro más substancial alimento, prueba más que irrecusable de que el día que se alce en nuestro horizonte el astro de la verdadera literatura nacional tardará mucho todavía. Nuestra civilización es euro-

(2) *Obras* de D. F. Sarmiento, Tomo I, p. 108, Santiago, 1887.

pea; pensamos y sentimos con cabezas y corazones europeos. El duelo francés, el Napoleón y las guerras francesas, nombres y costumbres francesas, forman el lazo y los nudos que atan esas varias escenas de *Los Amores del poeta*. ¿Por qué consagrar lo más florido de nuestros pensamientos para revestir con ellos a una nación que desdeñaría nuestros aplausos mismos? ¿Por qué trasladarse a un suelo extranjero a sentir y manifestar las más dulces emociones que pueden agitar un corazón noble? ¿Por qué, en fin, desdeñar esta tierra que también tiene flores que coger, si bien un tanto agrestes, pero que elegidas con discernimiento, pueden servir para entretejer muy bellas y vistosas guirnaldas?...» (1).

No dominaba el reparo en el estudio de Sarmiento, porque, a continuación reconocía a Bello que su lenguaje tenía la naturalidad y el desaliño artístico que convenía al drama, y toda la armonía, al mismo tiempo, de una prosa poética. La composición o el esqueleto del drama, le parecía al crítico cuyano, sencillo y americano en un aspecto curioso: no tenía la complicación de sucesos, ni la sutileza de las intrigas que forman la vida de las sociedades viejas.

El éxito obtenido por Carlos Bello promovió en el ambiente santiaguino una emulación pálida que se expresó en el drama *Ernesto* del literato español Rafael Minvielle, que se representó el 9 de octubre de

(1) *Obras de D. F. Sarmiento. Tomo I. Artículos Críticos y Literarios. 1841-1842. Santiago, 1887. p. 353-358.*

1842. Minvielle compuso también una comedia en dos actos y en prosa con el título de *Ya no voy a California*. Se estrenó el 28 de diciembre de 1848, en el teatro de la República.

Las ideas románticas sacudieron un poco a los autores criollos, pero entonces como ahora, no fué el género dramático lo más representativo del genio chileno. Otras piezas que lograron éxito en este período de fervor romántico fueron *Pizarro*, tragedia en cinco actos de Sheridan, traducida en 1844 por don Juan García del Río; *Pablo Jones o el marinero misterioso*, drama en cinco actos de Alejandro Dumas, que «*El Progreso*» publicó, como folletín en 1846; y *Matilde o el Mulato, Conde de Lugarto*, drama en cinco actos de Eugenio Sué, que vertió al castellano Manuel Zegers.

Se ha visto por la reacción que Carlos Bello promovía en la fecundísima mente de Sarmiento que es falso atribuir a Bello la exclusividad del rumbo de los estudios literarios en Chile, como lo ha pretendido cierta menguada crítica ceñida aún a los moldes hermosillescós y sorda a toda sugestión estética. Sarmiento, en 1841, precedía con intuiciones certeras a los atisbos nacionalistas del discurso de Lastarria en la Sociedad Literaria de Santiago, el 3 de mayo de 1842.

Como resumen de todo lo discutido sobre el romanticismo se puede aún citar un artículo de Sarmiento, del 11 de febrero de 1842 en que analizaba, en síntesis, al teatro en la temporada que en ese momento

concluía. Decía el autor del *Facundo*: «Todos los teatros europeos han sido puestos en requisición para dar pábulo a la sed del público por el espectáculo teatral; y Víctor Hugo y Larra, Dumas y Bretón de los Herreros, Dumas y Vega, de quien el cartel no se ha descuidado nunca de hacernos saber que es argentino, han presentado humildemente sus producciones a la crítica y los aplausos de nuestro buen público. Los románticos más descabellados se han hombreado en la escena con los más severos críticos, y a tal punto de embrollo ha subido la mescolanza de piezas de diversas naciones, gustos, edades y escuelas, que no obstante lo mucho que de un año acá se ha hablado de romanticismo y de clasicismo, nadie ha entendido, ni de antemano lo sabía, lo que importan estas dos palabras rivales. Para las niñas, una rosa acomodada en el seno, con cierta coquetería y misterio, unos tirabuzones largos y flotantes en su sexo, y en el opuesto bando una corbata anudada con hábil descuido, posturas naturalmente negligentes y lenguaje culto sin parecerlo, es lo más romántico que jamás han visto. Para los viejos es romántico todo lo absurdo y todo lo exagerado, las doctrinas nuevas, la moda y los principios liberales; los jóvenes llaman clásicas a las feas, a las medianamente viejas; y a la cuaresma, cierta clase de casadas, etc.» (1).

Todo conspiraba en este tiempo, preñado de disol-

(1) D. F. Sarmiento, *el teatro durante el año 1841 en Obras*, Tomo I, Santiago, 1887, p. 344-348. Vid además Ismael Moya, *El Americanismo en el Teatro y la Prédica de Sarmiento*. Buenos Aires, 1939.

ventes influjos para provocar un cambio en el rumbo de las ideas. El romanticismo político y literario llegaban a Chile con bastante retraso si se toma en cuenta que Esteban Echeverría ya había esbozado su criollismo nacionalista, de raíz romántica, en Argentina. En 1834, Echeverría publica *Los consuelos* y piensa en un medio en que aun perdura el siglo XVIII como un hombre del siglo XIX (1).

El americanismo del autor de *La cautiva* se expresaba así: «el arte americano debe buscar en las profundidades de la conciencia y el corazón el verbo de una inspiración que armonice con la virgen naturaleza americana». En las notas de *Los consuelos* agregaba estas curiosas palabras que coincidirían con las de Lastarria y Sarmiento, en 1841 y 1842: «La poesía entre nosotros aun no ha llegado a adquirir el influjo y la prepotencia moral que tuvo en la antigüedad, y que hoy goza entre las cultas naciones europeas; preciso es, si quiere conquistarla, que aparezca revestida de un carácter propio y original, y que reflejando los colores de la naturaleza física que nos rodea, sea a la vez el cuadro vivo de nuestras costumbres, y

(1) Abel Cháneton. *Introducción a la Vida Contradictoria de Esteban Echeverría* en «La Nación» de Buenos Aires, domingo 5 de mayo de 1940. Vid, además, artículo de Angel J. Battistessa en *Logos*, Buenos Aires, 1942, N.º 1. Las ideas de Echeverría en el romanticismo argentino han sido estudiadas por Jorge Max Rohde en *Las Ideas Estéticas en la Literatura Argentina*, 4 vols., 1922-1926 y por Raúl A. Orgaz en *Echeverría y el Saint-Simonismo*, Córdoba, 1934.

la expresión más elevada de las ideas dominantes, de los sentimientos y pasiones que nacen del choque inmediato de nuestros sociales intereses, y en cuya esfera se mueve nuestra cultura intelectual. Sólo así, campeando libre de los lazos de toda extraña influencia, nuestra poesía llegará a ostentarse sublime como los Andes; peregrina, hermosa y varia en sus ornamentos como la fecunda tierra que la produzca» (1).

En la Argentina, el romanticismo se recibió directamente de Francia, con toda su ideología social y estética, al revés de otras repúblicas americanas, como Chile, donde se infiltra desde España y es sometido a la ordenación de los clásicos y neoclásicos que resistieron sus avances desordenados. Ya hemos visto en nuestro país como Bello y Lastarria frenaron los excesos de los románticos y acomodaron sus impulsos a la índole más reposada del temperamento nacional.

Las ideas filosóficas de Bello tuvieron, entre nosotros, menos originalidad que las de Lastarria y un más temperado proselitismo. Es curioso observar que Bello en el aspecto filosófico es de una fecundidad más ineficaz que en el campo literario y jurídico, donde ejerció una verdadera dictadura. Según Caro, Bello se alistó en la escuela espiritualista de Cousin; tradujo y comentó a Locke; y siguió con reservas en ciertos puntos metafísicos a Berkeley. Ya se había disciplinado en estas materias en Caracas y amplió su cultura ideo-

(1) Miguel Luis y Gregorio Víctor Amundégui, *Juicio Crítico de algunos poetas Hispanoamericanos*. Santiago. 1861.

lógica en Europa. Pero Bello no necesitó buscar prosélitos porque la índole de su carácter estaba acomodada a un magisterio que pocos discutieron en Chile. Y, por otra parte, en el conjunto de su vastísima obra lo filosófico cede el paso a lo filológico, al derecho internacional y a lo literario. Antes que él, cuya aparición en Chile data de julio de 1829, se ostentaba indiscutido el dominio de los neoclásicos. Don Ventura Blanco Encalada llegó de España en 1821 y dirigió los estudios literarios de la primera poetisa, doña Mercedes Marín del Solar. La hizo leer a Alfieri, a Byron, a Fray Luis de León, a Quintana y a Meléndez Valdés, pero sobre todo a Arriaza, cuyo influjo fué muy grande entre nosotros. En 1837, según anota Miguel Luis Amunátegui, Arriaza tenía en Chile, el cetro de la moda poética. Todavía no había llegado el imperio de Hugo y de Musset, de Espronceda y de Zorrilla. Se apunta, en Sanfuentes, la misma y decisiva sugestión del preromántico Juan Bautista Arriaza, que nació en Madrid en 1770. Fué éste el más clásico de los poetas de su generación y en el último tiempo ha merecido la atención de los nuevos poetas españoles, como Manuel Altolaguirre. Tiene hermosas poesías, como *Terpsícore* o *las gracias del baile*, y el soneto *La luna mientras duermes...*. Posee muticalidad y como lo han visto Valbuena Prat y Altolaguirre, anticipa elementos románticos en su temática, como puede verse en estas estrofas:

Triste ciprés que entre las nubes meces
tu obscura cima y tu letal verdor...

El éxito de Arriaza fué pronto desplazado por los románticos genuinos, pero es explicable su fina sugestión en los primeros pasos poéticos de Mercedes Marín del Solar y de Salvador Sanfuentes (1).

Andrés Bello encontró más tarde que Salvador Sanfuentes se inspiraba en las *Leyendas Españolas* de don José Joaquín de Mora, que le llegaron al polígrafo venezolano al poco tiempo de haber sido impresas en Londres. Mora presentaba en ellas una afinidad con el Beppo y el Don Juan de Byron. Puede, entonces, afirmarse que este género de composiciones de índole romántica, que aparecían entonces novedosas en el idioma castellano, lograron influir en El campanario de Salvador Sanfuentes. Nos llegaba Byron a través de los versos castellanos de Mora, que comentó en «El Araucano», de noviembre de 1840, don Andrés Bello.

Las *Leyendas Españolas* contenían veinte poemas narrativos con argumentos inspirados en sucesos históricos o en simples tradiciones nacionales peninsulares, verdaderas o fabulosas. Sirvieron a Mora, cuya índole era muy combativa, para intercalar en ellas digresiones políticas, morales o literarias. Merecieron las *Leyendas Españolas* elogios de Al-

(1) M. L. Amunátegui, *Doña Mercedes Marín del Solar*, p. 40.—M. L. Amunátegui, *Don Salvador Sanfuentes*.

berto Lista, de don Antonio Ferrer del Río, de Eugenio de Ochoa y de don Andrés Bello.

En Chile gozaron de bastante difusión y entre sus lectores estuvo don José Victorino Lastarria, que imitó el procedimiento de mezclar lo político y moral en sus escritos de costumbres.

Desde la llegada de Bello hasta su memorable discurso de 1843 en la instalación de la Universidad de Chile, se habían perfilado los primeros trasuntos de la poesía chilena en nuestro siglo XIX. El romanticismo heredó de los neoclásicos la admiración por el progreso humano que más tarde vemos en los versos de Guillermo Matta y de Luis Rodríguez Velasco. Andrés Bello publicó en la casa editorial de Manuel Rivadeneira un famoso Canto Elegíaco, con el subtítulo de El incendio de la Compañía, que se dió a luz en 1841. Ya observó Miguel Antonio Caro en su estudio sobre la poesía de Bello que éste escribía poesías semirománticas en clásico lenguaje. Sostenía el humanista venezolano que «se puede ensanchar en lenguaje, se puede enriquecerlo, se puede acomodarlo a todas las exigencias de la sociedad, y «aun a las de la moda», que ejerce un imperio incontestable sobre la literatura, sin viciar sus construcciones, sin hacer violencia a su genio». Sin embargo, la influencia romántica se transparentaba tanto en Bello, que en su Canto Elegíaco finge una procesión de sombras. Como decía Caro, el uso de fantasmas es un sig-

no grave de contagio: ya pisaba el poeta el terreno donde la novedad parte límites con la extravagancia.

La imaginación de Bello sintió en ese y en otros instantes de su vuelo que el contagio de Víctor Hugo era incontrarrestable. En «Las Fantasmas y A Olimpo el traductor vistió lo lúgubre del romanticismo con formas de una delicadeza en que Cañete vió reminiscencias calderonianas. Siempre hubo, pues, en Andrés Bello una pugna febril entre la sugestión de Hugo, la melancolía romántica y el empaque clásico que le dictó las mejoras que vemos en *La Oración por todos*, de 1844.

Este matiz de la obra de Bello lo ha analizado, con gran erudición, un escritor moderno, Eduardo Crema en sus ensayos sobre *El drama artístico de Andrés Bello* (1).

Con buen juicio, Crema sostiene que Bello ha sido sometido por la personalidad violenta y tiránica de Víctor Hugo. Bello al acercársele se encuentra a sí mismo. Será la época de *Olimpio* y de *La oración por todos*, en que la sensibilidad tierna de don Andrés Bello hallará el molde adaptado a sus imágenes y emociones, y ya no deformado por su primitiva erudición clásica.

(1) Eduardo Crema, *El Drama Artístico de Andrés Bello*. *Revista Venezolana de Cultura*. Números 1, 19, 22, 23 y 24, 1938-1940. Este juicio tiene analogías con lo que con rara intuición entendió Miguel Antonio Caro. Explica la evolución de Bello desde un clacisismo formalista hasta un romanticismo moderado.

Paralelamente a la influencia de Víctor Hugo, heraldo del progreso, surgió entre nosotros la moda de Larra, de Espronceda y de Zorrilla, de todos los cuales hay varias ediciones chilenas. Conocemos dos de Larra, una en dos tomos, que imprimió Rivadeneira en 1842 y que tuvo muchos suscriptores. En vista de su éxito se reimprimió la Colección de Artículos de Fíguro, en 1844 por «El Mercurio» de Valparaíso. Sarmiento comentó la primera edición y la segunda gozó de igual privanza entre los contemporáneos. De Espronceda se publicaron *El Diablo Mundo* y *Poesías* en una reimpresión de «El Mercurio», en Valparaíso, en 1844. Este famoso poema se había comenzado a publicar por entregas en España en el mes de octubre de 1840 y en ese mismo año se publicaron en la Península sus *Poesías*.

En Valparaíso se editaron también en seis entregas las *Poesías* de Zorrilla: *Cantos del Trovador*; *Vigilias del Estío*; *La Azucena Silvestre*. Esta reimpresión hecha por el incansable «Mercurio» abarca los años 1843-1844. Los *Cantos del Trovador*, en vista del suceso que lograron, se imprimieron de nuevo en 1844. En 1845, «El Mercurio» de Valparaíso editó *La Azucena Silvestre*, *Leyenda Religiosa* de José Zorrilla. Gozaba Zorrilla por su musicalidad de un prestigio inmenso. Cuenta Amunátegui que todos nuestros abuelos recitaban largas tiradas de *El puñal del*

godo. Zorrilla obtuvo una resonancia comparable a la que en nuestros días consiguió Federico García Lorca. Don Eusebio Lillo comenzó su carrera poética imitando a Zorrilla y a Espronceda. Este primer período del autor de la *Canción Nacional* tiene, según don Miguel Luis Amunátegui, cierto «embolismo metafísico» y el lenguaje altisonante de los románticos exagerados.

Por el agotamiento de las ediciones nos explicamos el fervor que despertaban entre los lectores de las entregas de Rivadeneira, los poemas de los más populares románticos.

El *Himno al sol* de Espronceda era un verdadero canto de la exaltación romántica en que se ve la típica manera que imitan los poetas chilenos de un poco más tarde, como el primitivo Guillermo Blest Gana, Eusebio Lillo y Guillermo Matta. El segundo período de Espronceda es un afianzamiento del yo que entre los románticos era su única medida y su única norma, según lo ha apuntado Guillermo Díaz Plaja (1).

En el origen de muchas ideas que actuaron más tarde, directa e indirectamente sobre la política y la sociedad chilena, es utilísimo señalar el que tuvo un escritor que debió conocer Lastarria, pero cuya difusión fué obra de Sarmiento. Nos referimos a Jean Louis

(1) Guillermo Díaz Plaja, *Introducción al Estudio del Romanticismo Español*, p. 44. Madrid, 1936.

Eugène Lerminier (1). Con motivo de un editorial publicado por Sarmiento en «El Mercurio» acerca del aniversario argentino, el 25 de mayo de 1842, el literato don Rafael Minvielle, con el pseudónimo de Don Eleili, hizo una crítica en el mismo diario, con fecha 6 de junio. Sarmiento había citado un trozo del escritor francés, que era vastamente admirado entre los argentinos, pero discutido en Chile. En un nuevo artículo del 24 de junio de 1842, el polemista cuyano se refirió concretamente a Lerminier, reproduciendo el trozo que había motivado los reparos gramaticales y algunas fútiles observaciones de Minvielle. Lo importante que tiene este nuevo artículo es destacar

(1) Jean Louis Eugène Lerminier, nació en París en 1803 y murió en esa misma ciudad en 1857. Estudió en Estrasburgo y después en Berlín. Redactó «El Globo» y tuvo, en su juventud, ideas liberales. En 1831 fué nombrado profesor de legislación comparada. Era un buen orador. Viró en sus ideas avanzadas y en 1838, bajo el ministerio Molé, aceptó el cargo de Relator del Consejo de Estado y la Cruz de la Legión de Honor. Salió de su cátedra por presión de los estudiantes.

Volvió a ella en 1849. Dimitió de nuevo y se dedicó al periodismo en el último período de su existencia. Sus obras más famosas son: *Philosophie du droit* (1831); *Influence de la philosophie du XVIIIe siècle sur la législation et la sociabilité du XIXe siècle*. (París, 1833); *Etudes d'histoire et de philosophie* (1836), y su *Introduction générale à l'étude du droit* (1820).

Vid Pierre Larousse. *Gran Dictionnaire Universel du XIXe Siècle*. Tomo X, p. 396.

Sobre la influencia de Lerminier en América, ver Alberto Palcos, *Sarmiento*, Buenos Aires, 1929, p. 50; Coriolano Alberini, *Die Deutsche Philosophie in Argentinien*, Berlín, 1930; Coriolano Alberini, *La metafísica de Alberdi*, Archivos de la Universidad de Buenos Aires, Junio-septiembre de 1934, p. 233-239; Raúl A. Orgaz, *Alberdi y el Historicismo*. Córdoba, 1937; y Américo Castro, *En torno al Facundo de Sarmiento*, Sur, N.º 47, agosto de 1938.

las ideas de Lerminier, que no es ajeno a la elaboración de algunas posteriores de Sarmiento, que surgen en el *Facundo*. Dice Sarmiento, entre otras cosas, en el referido artículo del 24 de junio: «Prometí decir a ustedes, señores editores, quién es el autor de este bellissimo trozo, y lo haré. Mr. E. Lerminier es quien ha escrito esas palabras en el capítulo 32, parte 2.^a de su obra titulada: *De la influencia de la filosofía del siglo XVIII sobre la legislación y la sociabilidad del siglo XIX*, publicada en París en 1838».

Para sostener sus puntos de vista, Sarmiento reproduce las opiniones que el escritor citado había provocado en personalidades tan autorizadas como Larra, Villemain, Pedro y Julio Leroux, Saint Beuve, Quinet, Juan Reynand, Saint Marc de Girardin y Lammenais. Es provechoso señalar un párrafo del artículo de Sarmiento en que se refiere a la difusión de las ideas de Lerminier en Chile: «¿Qué tal, señores editores, había sido hombre de importancia el señor Lerminier, eh? Pues a este Diablo se le ocurrió dar cerviz al siglo XVIII, y ya Uds. ven que si la tuvo un siglo, la puede tener, aunque chiquita, un día, y que este día muy bien ha podido ser, como otro cualquiera, el 25 de mayo de 1810? ¿Qué dirán ahora, señores editores, los lectores del «Mercurio» de la profunda sabiduría y vastos conocimientos de aquel antiguo amigo de ustedes, don Eleili, que nos decía ex cátedra, que la idea de dar

cerviz a un día o siglo no se le había ocurrido al mismo diablo? Y vean ustedes, se le había ocurrido a un Lerminier nada menos... »

† Donde más claramente indica Sarmiento que Lerminier era ya conocido en Chile es en este otro párrafo: «¡Ea, jóvenes ilusos que habíais empezado a gustar y a admirar el estilo y las ideas de Lerminier, de Hugo, de Cousin y demás diablos de los de esta escuela ilusa, tirad esos libros y si queréis aprender estilo y nutrirnos de ideas y teorías vastas, esperad los remitidos que de cuando en cuando os quiera dar don Eleilil»(1).

Coinciden las lecturas nuevas que desperdizan a los jóvenes chilenos con la inquietud que se concentra en la Sociedad Literaria de 1842. En ella desembocan los románticos en literatura y política, pero tenían al frente a los neoclásicos y a muchos, como Minvielle, que veían una profunda obscuridad en los filósofos franceses del romanticismo. La segunda polémica de 1842 es característica a este respecto y demuestra que López, el argentino, había alcanzado un grado de madurez mayor que el de sus adversarios chilenos, como Salvador Sanfuentes, cuya formación intelectual, a la sombra de Bello, lo encastilló en sus preferencias. A este respecto hay un documento curioso que es la profesión de fe de Sanfuentes al editor de la *América*

(1) El artículo de Sarmiento sobre Lerminier se titula *¡Qué felicidad la de este mundo!* (Contestación a don Eleili) y se halla en las *Obras*, Tomo I, p. 265-271, 1887.

Poética, cuando dice: «Me reconozco deudor a la Eneida de Virgilio, a la Araucana de Ercilla y a las tragedias de Juan Racine del entusiasmo que desde mi primera juventud concebí por ella (la poesía)».

Las ideas de la Sociedad Literaria de 1842 no han sido claramente analizadas. En sus componentes había románticos puros, neoclásicos, como Salvador Sanfuentes, enemigos de los argentinos y hombres que, como Lastarria, acabaron por hallar razón a los emigrados en sus afirmaciones renovadoras.

La Sociedad Literaria celebró ochenta y seis sesiones desde el 5 de marzo hasta el 1.º de agosto de 1843. Llegó a tener 41 socios, entre los que había hombres notables, que más tarde fueron célebres, como Carlos y Juan Bello, Alvaro Covarrubias, Andrés y Jacinto Chacón, Juan N. Espejo, el más antiargentino de sus socios, Hermógenes Irisarri, José Victorino Lastarria, Santiago Lindsay, Manuel Antonio Matta, Anacleto Montt, Jovino Novoa, Pedro Palazuelos, Aníbal Pinto, Alejandro Reyes, Salvador Sanfuentes, José M. Torres, Cristóbal Valdés y Wenceslao Vial Guzmán.

En la sesión del 17 de marzo de 1842, se nombró una comisión compuesta de los socios Miguel Campino, Matías Ovalle, Andrés Chacón, o en su lugar Manuel Hurtado, y el secretario Francisco Bilbao, para que se diese parte a Lastarria de su nombramiento y se le manifestasen los deseos de la Sociedad «y le suplicase tuviese a bien dirigirla». Lastarria sólo se

incorporó a su seno el 3 de mayo de 1842, que fué la fecha en que dió lectura a su famoso discurso literario.

El ambiente de la juventud en esa época lo resume Lastarria en las siguientes palabras: «De 1835 a 42, toda la juventud distinguida de Santiago era casuista en derecho y purista y retórica en letras». Se refiere en esto a la decisiva influencia que tuvo Bello, quien desde 1834 había enseñado a un escogido grupo de alumnos, gramática y literatura, derecho romano y español. El discurso del 3 de mayo de 1842 señaló una etapa de emancipación intelectual en que se difundieron nuevas concepciones literarias. Lastarria esbozó ahí varias teorías que cobraron vuelo en los escritores posteriores. Señaló la importancia de la ilustración dentro de un régimen de progreso. Aquí se muestra el aspecto dieciochesco, dogmático, de Lastarria, cuya formación neoclásica era adicta a las reglas estéticas. Pero también, en combinación con el formulismo, brota un acento nuevo: el que estimula a la originalidad e invita a los jóvenes chilenos a desembarazarse de los modelos. Es una incitación a buscar en la naturaleza lo mucho que ella ofrece y que antes no se había cultivado sino por excepción. «Vosotros tenéis mis ideas—dice—y convenís conmigo que nada será para Chile, la América toda, sin las luces. Me llamáis para que os ayude en vuestras tareas literarias, pero yo quisiera convidaros antes a discurrir acerca de lo que es entre nosotros la literatura, acerca de los modelos que hemos de

proponernos para cultivarla, y también sobre el rumbo que debemos hacerle seguir para que sea provechosa al pueblo».

No concibe Lastarria una literatura desvinculada de la realidad social y aquí aparecen muchos de los tópicos que el romanticismo había heredado del mundo neoclásico. Larra había dicho: «Libertad en literatura, como en las artes, como en las industrias, como en el comercio, como en la conciencia». (1) Por eso Lastarria aconseja «servir al pueblo y alumbrarlo en su marcha social para que nuestros hijos le vean un día feliz, libre y poderoso». Agrega: «Se dice que la literatura es la expresión de la sociedad, porque, en efecto, es el resorte que revela de una manera, la más explícita, las necesidades morales e intelectuales de los pueblos, es el cuadro en que están consignadas las ideas y pasiones, los gustos y opiniones, la religión y las preocupaciones de toda una generación».

El escritor, en seguida, hace un balance de lo que ha sido la literatura chilena y encuentra que no corresponde a sus ambiciones. «No ve en ella «el espejo en que se refleja nuestra nacionalidad». En realidad, la literatura chilena, desde 1810 a 1842, se había agitado en un deficiente medio sin estímulos, donde prevalecían las polémicas personalistas y los arrestos políticos de escaso contenido ideológico o espiritual. Di-

(1) Larra, *Artículos*. («Literatura»). p. 434. Barcelona, 1886.

ce Lastarria: «Muy reducido es el catálogo de nuestros escritores de mérito; muy poco hemos hecho todavía por las letras...». Y añade: «¿Qué modelos literarios serán, pues, los más adecuados a nuestras circunstancias presentes? Vastos habían de ser mis conocimientos, y claro y atinado mi juicio para resolver tan importante cuestión; pero llámese arrogancia o lo que se quiera, debo decir que muy poco tenemos que imitar: nuestra literatura debe sernos exclusivamente propia, debe ser enteramente nacional». Después pasa revista a la literatura heredada de España, cuyos cimientos morales rechaza su ideología liberal, pero aconseja no desdeñar el idioma castellano. La síntesis literaria del pensamiento de Lastarria es verter los asuntos originales del medio nacional en las formas de un estilo castellano. No olvidemos que Lastarria fué un maestro de estilo y que mereció este juicio de su adversario político Pedro Nolasco Cruz: «El estilo es claro, generalmente correcto, y su giro muy elegante.(1)

El discípulo de Bello no olvidaba los buenos modelos de la prosa castellana, pero su antiespañolismo social y político buscaba nuevos motivos de inspiración en la naturaleza americana, que ya había provocado a la imaginación de Echeverría en *La cautiva* (1837) y en las entonces inéditas páginas de *El Matadero*, escrito probablemente en 1836 y exhumado entre sus papeles por Juan María Gutiérrez.

(1) Pedro N. Cruz, *Estudios sobre la literatura chilena*, tomo I, p. 63. Santiago, 1926.

José María Heredia ya había cantado la exuberancia de la naturaleza americana en su famosa poesía *En el Teocalli de Cholula*, donde el poeta contempla el color y la fecundidad de las campiñas que contrastan con las nevadas cimas de los volcanes. Esta composición fué escrita en 1820 y es una de las mejores visiones de la rica naturaleza americana. Andrés Bello, en la *Silva a la Zona Tórrida* también pintaba las galas y tesoros de la naturaleza tropical en un poema descriptivo y moral. Este aspecto de Lastarria, como precursor de nuevas maneras literarias en Chile, es indiscutible, a pesar de la obstinación de ambiguos escritores en presentarlo con limitada perspectiva. El estímulo que significó el discurso de 1842 se puede ver en los resultados que brotan, a la larga, del esfuerzo común de una generación que vió, de un modo nuevo, a la naturaleza chilena. Insistía más adelante Lastarria en la originalidad y añadía estas palabras: «No, señores, fuerza es que seamos originales; tenemos dentro de nuestra sociedad todos los elementos para serlo, para convertir nuestra literatura en la expresión auténtica de nuestra nacionalidad. Me preguntaréis qué pretendo decir con esto, y os responderé con el atinado escritor que acabo de citaros, (Artaud) que la nacionalidad de una literatura consiste en que tenga una vida propia, en que sea peculiar del pueblo que la posee, conservando fielmente la estampa de su carácter, de ese carácter que reproducirá tanto mejor mientras sea más popular. Es preciso que la li-

teratura no sea el exclusivo patrimonio de una clase privilegiada, que no se encierre en un círculo estrecho, porque entonces acabará por someterse a un gusto apocado a fuerza de sutilezas». Exalta a continuación, el valor de la naturaleza americana en esta forma: «La naturaleza americana, tan prominente en sus formas, tan variada, tan nueva en sus hermosos atavíos, permanece virgen; todavía no ha sido interrogada, aguarda que el genio de sus hijos explote los veneros inagotables de belleza con que le brinda». El discurso termina, con cierto optimismo, augurando un más claro porvenir a la literatura nacional y sosteniendo que los miembros de la Sociedad han contraído «un empeño sacrosanto» para ayudarse mutuamente.

Las sesiones de la Sociedad Literaria desde que se incorporó Lastarria correspondieron a la esperanza puesta en su elección de caudillo intelectual. El 6 de mayo de 1842, Jacinto Chacón criticó una égloga de Menéndez Valdés. En otras sesiones se compartió la lectura de trabajos originales con críticas y lecturas organizadas bajo cierto método. Cristóbal Valdés, uno de sus animadores, hizo una crítica del *Macías* de Larra en la sesión del 13 de mayo. Los trabajos leídos eran sometidos a la revisión crítica de otros miembros. El 31 de mayo de 1842, Juan Bello leyó un discurso sobre la descripción del Egipto, en el que vemos cierta preocupación orientalista, que fué uno de los temas del romanticismo francés en Víctor Hugo y del español en el Padre Arolas. El 7 de junio, don

Javier Rengifo leyó un estudio sobre la libertad de imprenta. El 10 de junio presentó Valdés una moción para que se redactara un periódico mensual, germen quizá de la idea de fundar *El Semanario de Santiago*, que no fué, como se ha dicho, obra directa de la Sociedad Literaria. El 22 de julio de 1842, don Anacleto Montt presentó a la Sociedad una comedia, cuyo texto no conocemos. Se perdieron muchas sesiones en futelezas y hasta se discutió y sometió a votación una cláusula que establecía la prohibición de fumar en la sala. El 30 de agosto se acordó lo siguiente: «Ningún socio podrá salirse a la calle durante la sesión, y si lo hiciese se considerará como inasistencia dicha salida».

Se estableció que en un certamen en prosa se daría como premio las obras de Jovellanos, pero hubo dificultad para encontrarlas y se substituyó este galardón por *El espíritu del Siglo*, de Martínez de la Rosa.

Un curioso rasgo de la Sociedad lo entraña el acuerdo tomado el 7 de octubre de 1842, que reza así: «Las sesiones se cierran mes y medio antes de Ceniza y se abren el viernes después de Ceniza y a la apertura de la sesión se pronunciará un discurso inaugural».

El 21 de octubre fueron propuestos para socios los señores Carlos Bello y Juan N. Espejo, por Lastarria y Cristóbal Valdés. En el mes de noviembre de 1842 hubo mayor preocupación por el teatro. Juan Alemparte leyó su drama *El Juramento*; Hipó-

lito Beauchemin dió a conocer la traducción de una pieza titulada *Las Románticas*; y Juan Bello otra con el nombre de *La venganza*. Hubo, más adelante, un original contratiempo. La Sociedad pretendió conseguir la representación del drama de Juan Bello, pero se opuso a ello don Andrés, padre del joven poeta. La sociedad nombró una comisión integrada por Andrés Chacón, Lindsay y Bilbao, con el objeto de solicitar de don Andrés Bello que hiciera cesar su prohibición al designio de hacer pública la pieza de su hijo. El 16 de diciembre, Andrés Chacón leyó una composición titulada *Carolina*, cuyo examen se encomendó a Irisarri. El 20 de diciembre se acordó comprar *La colmena*, periódico nuevo e interesante, como también los periódicos de Concepción.

Es curioso lo resuelto a comienzos de 1843. Se trató el 30 de abril del método que debía adoptarse para el estudio de la historia. Este asunto se resolvió el 4 de abril. Después de alguna discusión, se determinó: 1.º Que todos los viernes hubiera lectura de historia, haciendo la de los pueblos antiguos, por Segur; la de la historia griega y romana, por Goldsmith; la de la Edad Media y moderna, por Fleury; la de América, por Robertson; y principiando el Herder luego que parezca conveniente. Aquí aparece una indicación del auge que tuvo el filósofo de la historia, el alemán Herder, cuya influencia en Lastarria y en Sarmiento es digna de vasto análisis.

La Sociedad Literaria dejó de sesionar el 1.º de

agosto de 1843, pero su acción en el desarrollo ideológico de Chile se demuestra por el estudio atento de sus actas que, por desgracia, son escuetas y no dejan mayor rastro de originales trabajos que allí se leyeron. (1)

El 28 de junio de 1843, Lastarria fué nombrado miembro de la Facultad de Humanidades de la Universidad y presentó la primera memoria histórica escrita en virtud de un acuerdo. Esta tiene como título *Investigaciones sobre la influencia social de la Conquista y del sistema colonial de los españoles en Chile*. Su autor la compuso por especial encargo de don Andrés Bello.

Lastarria desarrolla aquí muchas de las ideas contenidas en su discurso del año anterior, que son importantes para apreciar su pensamiento. Se presenta como vocero de la civilización democrática y enjuicia el régimen colonial hispánico, que en Chile halló defensores convencidos en don Andrés Bello y en el escritor argentino Miguel Piñero. Este ensayo de Lastarria revela que Herder lo impresionó, pero de un modo contrario al que obró en el pensamiento de Sarmiento, cuya teoría histórica tiende a iniciar lo que llamaba «historia filosófica» y cuyo motivo parecía dar la clave del pasado y del porvenir. Herder fué vertido al francés por Edgard Quinet. *Las Ideas sobre la Fi-*

(1) Las actas de la Sociedad Literaria se publicaron en los números 37 y 38 de la *Revista Chilena de Historia y Geografía*, correspondientes al primer y segundo trimestre de 1920.

lososofía de la Humanidad. (*Ideen zur Philosophie der Geschichte der Menschheit*) tendían a presentar la historia como una gran unidad con la que es posible llegar al conocimiento de la naturaleza humana en fases sucesivas. El optimismo de Sarmiento, como se ha visto por Raimundo Lida, es de origen herderiano y este influjo llegó hasta el escritor argentino por muy diversas rutas. En Lastarria había críticas a Herder y veía cierta ceguera en hallarla sujeta a leyes providenciales. Lastarria encontraba en el individuo una soberanía de juicio y de voluntad que constituye «la capacidad de obrar su propio bien y engrandecimiento, mientras que no ofenda a la justicia . . .» Hallaba, además, que el género humano tiene en su propia esencia «la capacidad de su perfección» y posee los elementos de su ventura. Lastarria entendió finamente el sentido reaccionario que las ideas de Herder podían tener en su providencialismo, a la vez que rechazaba la crítica que hacía el filósofo alemán a los ideales de la ilustración. En otros términos, Herder podía ser utilizado en contra de su teoría del progreso surgida del racionalismo dieciochesco y del siglo XIX. No tenemos aquí lugar a extendernos en la reacción que Herder produjo en espíritus tan vigorosos como los de Bello, Lastarria y Sarmiento, pero dejamos planteado un aspecto intenso en estas versiones americanas de su filosofía de la historia que otros críticos modernos han ahondado. Piñero, por su lado, al criticar a Lastarria, se prosternaba ante el «cuadro

de los designios de la Providencia» que veía surgir de Herder y reconocía en él «el plan del universo entero». Por otra parte, Coriolano Alberini estima que hubo más influencia de Herder a través de Quinet que desprendida del propio filósofo. El halago de Herder consiste en que entrevió muchos de los ideales románticos o, en otros términos, se anticipó a ellos. (1)

Lastarria había expresado opiniones favorables a Herder, pero limitando sus conclusiones. Por ejemplo esta cita: «Yo miro a Herder como a uno de los escritores que han servido más útilmente a la humanidad: él ha dado toda su dignidad a la historia, desenvolviendo en ella los designios de la Providencia y los destinos a que es llamada la especie humana sobre la tierra. Pero el mismo Herder no se propuso suplantar el conocimiento de los hechos, sino ilustrarlos, explicarlos; ni se puede apreciar su doctrina sino por medio de previos estudios históricos. Substituir a ellos deducciones y fórmulas, sería presentar a la juventud un esqueleto en vez de un traslado vivo del hombre social, sería darle una colección de aforismos, en vez de poner a su vista el panorama móvil, instructivo, pintoresco de las instituciones, de las costumbres, de las revoluciones de los grandes pueblos y de los grandes

(1) VID. Raimundo Lida, *Sarmiento y Herder*, University of California Press, 1941; Coriolano Alberini, *La Metafísica de Alberdi*; José Victorino Lastarria, *Recuerdos Literarios*, pág. 234-250; José Ferrater Mora, *Diccionario de Filosofía* p. 246; A. Bossert, *Herder, sa vie et son oeuvre*, 1916; Américo Castro, *En torno al «Facundo» de Sarmiento*, Sur, N.º 47; Hermann Schneider, *Filosofía de la Historia*.

hombres». Lastarria quería combinar lo útil de Herder que, en cierto modo, lo impresionó, con la participación de la libertad del hombre en la evolución humana. Pero Lastarria aun flotaba en una atmósfera metafísica que se transparenta en muchos de los aforismos que preceden a las *Investigaciones* de 1843. Rechazando el providencialismo de los herderianos, incurría en cierta contradicción al afirmar lo siguiente: «La Humanidad ha sido dotada por el Creador de libertad de acción. La Divinidad no ha impuesto al hombre otros límites que los que dependen del tiempo, del lugar y de sus propias facultades». Añadía estas otras ideas que son el punto de partida de su historia providencialista que lo lleva, más tarde, a la historia científica: «Dios ha establecido al hombre como una divinidad en la tierra»; «La historia es el oráculo de que Dios se vale para revelar su sabiduría al mundo» y es «la antorcha de la divinidad».

Y metiéndose con el régimen colonial, hallaba que en él «el pueblo estaba envilecido, anonadado y sin virtudes sociales, a lo menos ostensiblemente, porque sus instituciones políticas estaban calculadas para formar esclavos». Agregaba unas pintorescas palabras: «Cayó el despotismo de los reyes, pero quedó el despotismo del pasado». En los *Recuerdos Literarios*, refiriéndose a este período de su vida vuelve a indicar su desacuerdo con las ideas providencialistas de Vico y de Herder, que fueron acogidas aquí por Bello y Piñero: «En estas concepciones teológicas

de la historia desaparece la libertad del hombre y su progreso, como obra exclusiva de su actividad. De consiguiente, se anula también su responsabilidad. No hay filosofía en la historia y ésta no puede ser la ciencia de la humanidad» (1)

El resultado del método aconsejado por Lastarria cayó en el vacío, porque su esquemática manera de ver la historia era contraria a la índole de los estudios documentales impuesta por Bello. Tiene frases en que reconoce su fracaso, cuando con amargura dice en los *Recuerdos Literarios*: «El fracaso de 1844, lo confesamos, nos sobrecogió. No conocíamos, en efecto escritor alguno que hubiera pensado como nosotros; y aunque en esos mismos momentos Augusto Comte terminaba la publicación de su *Cours de Philosophie Positive*, no teníamos ni la más remota noticia del nombre del ilustre filósofo, ni de su libro, ni de su sistema de la historia, que era el nuestro. . . » (2). El 17 de junio de 1846, Edgard Quinet, el divulgador de Herder a través de su versión francesa que conocieron los hispanoamericanos, envió a Lastarria una breve carta en que le expresa «su alta estimación» por las obras que le mandó y entre las cuales estaban las discutidas *Investigaciones*.

El tiempo decapitó muchas de las ideas de Lastarria que participaban del optimismo de los ideólogos románticos. En Lastarria hay que escindir el teórico

(1) J. V. Lastarria, *Recuerdos Literarios*. 1885. p. 250.

(2) J. V. Lastarria, *Recuerdos Literarios*, 1885. p. 250.

de los primeros años, que sin compartir el vitalismo histórico de Sarmiento cree, como él, en la acción educativa y el liberal que persigue una ordenación política en los postreros años de su vida. Sarmiento sabía distinguir «entre el orden de las ideas y el orden de las cosas» y siente que el orden de las cosas es más complejo que el de las ideas.

En los últimos tiempos de su vida, como lo ha observado Ricardo Rojas, tiene frases desconcertantes y escribe un libro pesimista y contradictorio: *Conflictos y armonías de las razas en América*. La emigración no traía los perfeccionamientos morales que esperaba Sarmiento en épocas anteriores. No era cielo ni era azul... Al conocer a fondo los Estados Unidos había escrito: «La emigración europea es allí elemento de barbarie, ¡quién lo creyera!». El antiespañol Sarmiento llega a decir: «La España, nuestra patria común, padece del mismo mal nuestro». Estaba Sarmiento muy lejano de su primitivo vitalismo histórico y del optimismo asombroso que asimiló de Herder a través de su versión francesa. Sarmiento busca, con desesperado ahinco, la última receta de su vasto formulismo sociológico: había ahora que «educar al soberano». Sólo la educación podía corregir las taras que el tumulto emigratorio ponía en evidencia en Argentina.(1)

El proceso de rectificación de Lastarria nos coloca ante una segunda efigie de su pensamiento vivo que

(1) Ricardo Rojas. *El pensamiento vivo de Sarmiento*. Prólogo, p. 25-30. Buenos Aires, 1941.

con los años toma contornos de gran severidad. Pero nunca traiciona su gran fe en el progreso que no comparte en lo que concierne a las deficiencias de nuestro régimen democrático.

Se sale un poco de la índole del presente ensayo ver las últimas consecuencias del pensamiento de Lastarria, cuando alcanza su madurez decisiva en 1874 en las *Lecciones de Política Positiva*. Pero había, en cierto modo, repuntado algo de lo que él patrocinó en 1843. Se intentó una interpretación filosófica de los hechos históricos en *Los precursores de la Independencia en Chile de Amunátegui*, cuya publicación duró desde 1870 a 1872.

En lo político, siempre fué Lastarria una cima solitaria a la que sólo de paso se allegaron los filisteos de los partidos. No entendió nunca los métodos revolucionarios y no participó en los intentos de rebelión de 1851 y de 1859, pero de igual manera fué perseguido por los conservadores que no aceptaban su fiero individualismo. Así como Sarmiento concebía a la educación como un gigantesco instrumento de transformación social, a través de sus impulsos vitalísimos, Lastarria entendía a la reforma política como algo vinculado al derecho y su severo culto. En *El manuscrito del diablo*, de estirpe alegórica y dieciochesca, ridiculizaba a la superstición y al fanatismo. «Un espíritu restrictivo y apocado, mucha santinomia, un apego ciego a todo lo que es retrógrado, y horror

a las reformas, hipocresía, disimulo, son las virtudes del hombre de orden (denominación con la cual se ha honrado y disfrazado el partido retrógrado); si a ello se agrega la nobleza de sangre, o alguna riqueza, o tal cual inteligencia, el hombre de orden tiene todos los títulos necesarios para ser aristócrata y enrolarse en la primera clase, como miembro nato. Pero el aristócrata, el hombre rico o de talento, que en la administración, en la prensa o en la conversación familiar se muestra reformista, franco, liberal, ese lo pierde todo: no inspira confianza, es un calavera, hasta un hereje, según las circunstancias, y es borrado del libro de oro en que sus antecedentes lo habían colocado.

Aquí Lastarria habla con cierto acento personal. Conoció, como pocos, los desdenes de la clase alta y sufrió persecuciones e injusticias. Don Manuel Montt le dijo, en cierta ocasión, con inexplicable violencia: «Pobre mozo de ayer, sin estampa para sufrir el ridículo». La egolatría de Lastarria lo hacía reaccionar, como en el muy conocido episodio de Jotabeche, pero esto se explica por la firme idea que tenía de su valer en un ambiente que, a menudo, era incomprensivo y cerril.

Lastarria esbozó un intento de rectificación al liberalismo en su memorable Plan de reorganización del Partido Liberal, de 1850. Ahí sostenía que la oposición no existe, porque carece de fuerzas y de opinión. Agregaba que la oposición carece de fuerzas: 1.º porque no tiene dirección ni tiene

un caudillo; 2.º porque no tiene organización; 3.º porque no tiene fondos; 4.º porque no tiene unidad.

II. La oposición tampoco tiene unidad: 1.º porque no tiene sistema. Hemos publicado un programa, pero el programa no es sino la primera base del sistema, no es el sistema mismo. Esos principios expuestos en un programa quedan escritos en un papel, que no se vuelve a leer después de publicado y, por consiguiente, se olvida. Un partido que no tiene la unidad, la lógica, la conciencia que son siempre los defectos de un sistema, no puede inspirar fe ni a los adeptos ni a los imparciales. Si los más comprometidos se desalientan ¿qué podemos esperar del pueblo? 2.º Porque no inspira interés. Los ministeriales tienen todos interés en conservarse en el puesto y afectan defender un interés nacional. Los individuos de la oposición no tenemos un interés personal; 3.º porque no tiene relaciones. Si la oposición tuviera afiliados en las provincias, podría esperar formarse una opinión, a pesar de su mal estado. Pero ¿qué podemos oponer nosotros a la acción siempre constante de los infinitos empleados de la jerarquía administrativa?

En estas agudas palabras en que Lastarria se muestra un estratega del liberalismo, vemos oponerse el doctrinarismo al sentido vago y demagógico que, como resabio pipiolo, alienta aún a sus contemporáneos de la oposición. Si Lastarria no llegó a desarrollar una mayor acción fué porque su carácter y sus convicciones se lo impedían, pero tuvo el sentido organizador del

liberalismo que, más tarde, en la época de Balmaceda, afrontó una crisis fatal.

Reemplazaba al quimérico pipiolismo de los que Portales llamaba «los pelagianos» con una voluntad ordenadora que, en sus últimos años, se acentúa. Las ideas de 1842 han recibido una nueva versión, más depurada. Estamos aquí en uno de los instantes de crisis del que ha sido estimado como un «doctrinario absoluto» por los que no conocen las complejidades de su evolución política. Esta crisis percibida en Lastarria, lo asemeja a Juan Bautista Alberdi, cuando observa en los unitarios argentinos, que son semejantes a los pipioloos chilenos: una incapacidad realizadora. Alberdi indica que los unitarios, como nuestros liberales de 1850, tienen ideales de civilización, pero no tienen capacidad técnica social. Es el drama que acongoja a ambos pensadores y los doblega ante las interrogaciones históricas que se plantean ante sus patrias respectivas.

Alberdi—según Alberini—quedó, en política, a merced de dos factores funestos: el instinto silvestre del federalismo y la vacuidad histórica de la petulancia unitaria. (1). En Lastarria tuvo que operarse una reacción semejante al chocar su mente positiva contra las abstracciones quiméricas de los liberales de 1850 y al recibir la incompreensión sorda de los hombres que marcó en *El manuscrito del Diablo*.

(1) Coriolano Alberini, *La Metafísica de Alberdi*.

No hallamos agotado este punto de vista que hemos sondeado en vastísimos paralelismos. Se ganaría en la comprensión mejor de los fenómenos sociales posteriores al idealismo romántico de 1842, cotejando sus resultados postreros con los desengaños que tuvieron los grandes emigrados argentinos, como Alberdi y Sarmiento, al chocar con la realidad de su patria, aun asaltada por los caudillos y ensombrecida por los prejuicios.

La idea del progreso en los románticos tiene variantes y desviaciones que aun no se han visto en un panorama de conjunto. Desde el sueño utopista de los románticos sociales, como Santiago Arcos y Francisco Bilbao, hasta el historicismo de Vicente Fidel López, que tan mal comprendido fué en la segunda polémica de 1842. Desde el romanticismo exclusivamente literario, influido por las desviaciones progresistas del neoclasicismo español y francés hasta la metafísica espiritualista de Alberdi, percibida finamente por Alberini y glosada por Américo Castro. Desde el vitalismo histórico herderiano de Sarmiento hasta el eticismo político de Lastarria, del que pueden extraerse cincelados pensamientos morales. Desde el costumbrismo pictórico de Lastarria, Jotabeche, Sarmiento, Román Fritis, Vicente Reyes, Marcial González, Alberto Blest Gana, hasta la poesía demoníaca que ensayó entre nosotros Guillermo Matta, en 1853.

Tales fueron algunas de las consecuencias de este movimiento, más vasto en sus vibraciones postreras que

el transitorio remolino de las dos polémicas de 1842, la de abril y la de junio de ese animadísimo año. En otra parte estudiaremos las polémicas y sus aspectos más fundamentales, pero hallamos necesario indicar que sin los argentinos es probable que la intensidad del pensamiento nacional hubiera sido menor. El sistema histórico de Lastarria recibió un vuelco absoluto cuando, en 1868, conoce el pensamiento filosófico de Comte. Había llegado entonces a su plena madurez intelectual y dominaba las ideas generales con una ver-sación de que da holgada muestra su *Historia Constitucional del Medio Siglo*, en 1853.

Las últimas consecuencias del movimiento de 1842 se percibían en el rumbo de los estudios. La novela nacional era una realidad en 1860, con la publicación de *La aritmética en el amor*, de Alberto Blest Gana. La poesía chilena sin sorprender por su originalidad, era cultivada por una docena de discretos líricos. La historia y la jurisprudencia exhibían obras de calidad. Lo que Lastarria echaba de menos en su discurso de la Sociedad Literaria comenzaba a ser una verdad: los temas originales brotaban con fuerza al conjuro de muchas voluntades creadoras.

Una carta sobre los hombres de 1842 (1)

Señor don Domingo Amunátegui.

Valparaíso, julio 18 de 1893.



ESTIMADO señor: me pide Ud. datos, por su favorecida del 15 de enero, sobre los primeros trabajos de don Francisco Solano Astaburuaga y sobre el movimiento literario iniciado en los primeros años del gobierno Bulnes, en el que estuvo afiliado el señor Astaburuaga. Con mucho gusto voy a tratar de despertar mis recuerdos sobre una época que contiene la primavera de mi vida y en la cual marchaba en compañía de una pléyade de amigos, todos los cuales han desaparecido ya dejando huella luminosa en nuestro horizonte.

Al tratar de ese movimiento literario, debo hacer previamente notar su causa eficiente.

(1) En el ensayo de don Domingo Amunátegui Solar: «Don Francisco Solano Astaburuaga», encontramos la siguiente interesante carta al autor sobre los hombres de 1842. de Jacinto Chacón.

La tenaz persecución emprendida por el partido conservador triunfante en la revolución de 1829, contra los sostenedores y parciales del gobierno liberal de entonces, persecución que llegó al paroxismo después del motín de Quillota y la trágica muerte del ministro Portales (1837), produjo dos trascendentales consecuencias. La primera fué el haberse creado en el seno mismo del nuevo gobierno una escisión, tendiente a hacer cesar toda persecución y establecer la paz y la concordia en la familia chilena. La segunda consecuencia fué la de crear en las generaciones nuevas un espíritu de protesta y animadversión, a la vez, contra los perseguidores y contra los reaccionarios. De este espíritu surgió el movimiento literario cuyos recuerdos evoco.

En efecto, cuatro años antes que se instalase la famosa Sociedad Literaria que inició ese movimiento, ya en 1838 y 1839 nos reuníamos varios amigos de 18 a 20 años en la chacra de mi padre, tajamar arriba, hoy ocupada por un Asilo de Huérfanos, y fundábamos un periódico político-literario, que se repartía manuscrito en la ciudad. Uno de los colaboradores más ardientes de esta hoja política era don Francisco Solano Astaburuaga, joven entonces de 19 a 20 años de edad. Este periódico se editaba manuscrito, porque en él se atacaban con vigor la arbitrariedad y las persecuciones implacables del gobierno.

Mientras tanto, la escisión operada en el seno de este gobierno había tenido completo éxito. Los anti-

guos philopolitas, que habían iniciado esta reacción, eran los hombres más ilustrados y prestigiosos de la administración Prieto, y se habían unido en miras políticas con don Manuel Montt, sucesor de Portales; y, de común acuerdo, habían elegido como candidato a la presidencia de 1841 al general Bulnes, vencedor del Perú en 1839. A fin de contrarrestar la candidatura de don Joaquín Tocornal, jefe de los ultra-conservadores, ellos se aliaron con los gloriosos restos del partido liberal caído, entre los cuales existían jefes de la independencia tan notables como Las Heras, Lastra, Zenteno, Calderón, Viel, Gana, etc. Para sellar la reconciliación de un modo solemne entre los dos partidos se celebró, como un pacto de familia entre ellos, el matrimonio de la señorita Enriqueta Pinto, hija del último Presidente del gobierno liberal caído, el general don Francisco Antonio Pinto, con el candidato a la presidencia, general don Manuel Bulnes.

Derrotado en las urnas el candidato de los ultra-conservadores, y elegido de Presidente de la República el general don Manuel Bulnes, una nueva era de libertad lució para el país. Como natural efecto de esta atmósfera política, la juventud que abrigaba en el alma francos anhelos de libertad se reunió, para el cultivo de las letras, en una especie de academia llamada «Sociedad Literaria», presidida por el adelantado joven don José Victorino Lastarria, que había sido llamado, como tantos otros probados liberales, a servir el empleo de oficial mayor en el ministerio del

interior, en el nuevo gobierno. Parece que la juventud más distinguida de la capital se hubiese dado cita a ese centro de estudio. Moralidad, desinterés, rectitud y pasión por las letras, las ciencias y las artes, distinguían a esa juventud.

Pronto el empeño por adquirir conocimientos útiles y el espíritu liberal que la animaba, la pusieron en actitud de establecer un periódico literario. Todos los días domingos, los más adelantados jóvenes de esa sociedad, y con ellos don José Victorino Lastarria, iban a solazarse en la chácara del tajarar arriba. En uno de esos domingos se echaron las bases del nuevo periódico, bautizándolo con el nombre de «El Crepúsculo», que expresaba la idea de una aurora opaca literaria naciente. En «El Crepúsculo» colaboraron no solamente los miembros de la «Sociedad Literaria» sino hombres tan eminentes como don Andrés Bello. Aquí advertiremos que el señor Bello, amigo estusiasta de la juventud estudiosa, reunía en su casa a los miembros más distinguidos de la «Sociedad Literaria», y allí pasaban las noches en familia, discutiendo sobre los últimos adelantos de la ciencia, o improvisando charadas, que aguzaban el ingenio y hacían amena la sociedad, o leyendo, en fin, poesías de Byron, Lamartine y Víctor Hugo, poetas en boga en esa época.

A medida que crecía en años y en conocimientos, esa juventud afianzaba su credo liberal y fijaba el sistema más apropiado para desarrollarlo. Según ella, no era tanto la reforma política como la reforma social lo

que Chile y la América española necesitaban. Siendo estos países pedazos de la sociabilidad del tiempo de Carlos V y Felipe II, transportados a estas regiones, el espíritu místico de la Edad Media estaba latente en ellos. Era, pues, preciso cambiar ese espíritu por medio de la ilustración y por la inmigración de razas más adelantadas; era preciso, en una palabra, substituir, en estos países, a la sociabilidad española del siglo XVI la sociabilidad yankee del siglo XIX. Estas ideas, que eran el tema constante de las discusiones entre los miembros más avanzados de la «Sociedad Literaria», fueron un día netamente formuladas con todo vigor y colorido por un alma ingenua, franca y convencida, en un artículo titulado, *Sociabilidad chilena*, publicado en «El Crepúsculo». Este artículo, que conmovió profundamente todas las conciencias y todas las autoridades, eclesiásticas, jurídicas y universitarias, no atacaba los dogmas de la Iglesia Católica. Si conmovía así a la sociedad era porque manifestaba con ruda franqueza «que el clero ejercía un dominio absoluto sobre las familias y que esta influencia de todos los instantes atrofiaba a la sociedad impidiendo su desarrollo y su progreso». De estos antecedentes deducía que era necesario poner límites a ese dominio, cambiando el espíritu de la sociabilidad chilena.

Francisco Bilbao, que, al formular estas ideas en su artículo «Sociabilidad chilena», no había hecho más que expresar y dar formas a las ideas mismas de los miembros avanzados de la «Sociedad Literaria»,

fué sostenido resueltamente por éstos en su formidable conflicto ante el jurado de imprenta, donde el fiscal de gobierno lo hizo comparecer acusado del delito de blasfemia. El pasado y el porvenir está allí en lucha abierta. El escenario se hallaba compartido entre el Jurado, representante del pasado, que funcionaba dentro de la sala judicial, y el pueblo y la juventud, representantes del porvenir, que aguardaban afuera para aclamar al reformador y para salvarlo.

Como se esperaba, el Jury condenó a Francisco Bilbao a cierto tiempo de prisión, conmutable en mil pesos de multa. Era de ver el entusiasmo del pueblo y de la juventud, fuera del recinto, esforzándose por librar a Bilbao. En pocos momentos se reunió la suma y se rescató al condenado, llevándolo el pueblo en brazos hasta su morada.

Más tarde, por resolución de la Corte Suprema se quemó en la plaza pública, por la mano del verdugo el artículo que contenía la blasfemia; y, por último, la Universidad arrojó de sus claustros al blasfemo, obligándolo a Bilbao a expatriarse a Europa para buscar la luz que le negaba su patria.

Mientras tanto, los miembros de la «Sociedad Literaria» cerraron «El Crepúsculo», pero continuaron, con más cautela, la propaganda de las ideas del blasfemo, con el fin de estrechar en sus justos límites el dominio que ejercía el clero en la sociedad. Pues bien, la simiente de las ideas ha fructificado con creces. En

menos de medio siglo, esa obra de limitación necesaria al progreso del país ha dado pasos gigantescos, gracias a la acción del tiempo y a los prestigiosos auxiliares salidos del seno de las nuevas generaciones. Su padre mismo, el justo Miguel Luis, contribuyó eficazmente a esta obra, con sus elocuentes discursos en el Congreso de 1884, limitando esa influencia absoluta del clero y evitando su intervención exclusiva en el matrimonio y en todos los actos de la vida civil.

He aquí el carácter social del movimiento iniciado por la «Sociedad Literaria», de la cual nuestro malogrado amigo Astaburuaga fué uno de los fundadores. La acción de esa Sociedad en las letras fué no menos fecunda e innovadora.

Preparados, para la alta concepción del ideal, en el trato íntimo con el señor don Andrés Bello, hombre de vasta ciencia y espíritu universal, y aleccionados también por la influencia saludable que ejercían en la juventud las tendencias científicas de los literatos argentinos Alberdi, Barros Pasos, Juan Carlos Gómez, Mitre, Tejedor, Juan María Gutiérrez, Peña, Sarmiento, López, etc., los miembros de la «Sociedad Literaria» huyeron del sistema, entonces en boga, de la mera filología, de que tenían tan seductores modelos en los señores Olañeta, García del Río y Antonio José de Irisarri, y se dedicaron a impulsar de todos modos el estudio de las ciencias sociales y de las ciencias exactas. La acción de la «Sociedad Literaria» en este sentido no fué estéril; pues, aceptada esta

tendencia por los hombres de gobierno, se les vió crear cursos nuevos en el sentido de las ciencias sociales. En consecuencia, se dieron a concurso las clases de historia de la Edad Media, de historia Moderna, de economía política, de derecho internacional, etc. En el sentido de las ciencias exactas, vimos por la primera vez, levantarse los torreones para la observación sideral, y establecer, primero en el Cerro Santa Lucia, y después en la Quinta Normal, una doble estación astronómica y metereológica dotada convenientemente. Vimos también, y en el mismo sentido, echarse las bases del gran Museo, que guarda las pruebas de la muy larga edad de la tierra y de la muy corta edad de la humanidad, pruebas escritas, con caracteres plásticos, en los objetos geológicos y antropológicos del Museo Nacional.

Aquí me detengo, contentándome con haber señalado, a grandes rasgos, los caracteres culminantes de ese movimiento, el primero en su género, y el más fecundo en sus consecuencias. Por lo demás, en cuanto a sus hechos y detalles, ellos están consignados de mano maestra en un libro interesante, escrito con amor por el inspirador y jefe de ese movimiento, el señor don José Victorino Lastarria.

En cuanto al señor don Francisco S. Astaburuaga, puedo asegurar a Ud., en resumen, que, habiendo sido uno de los fundadores más entusiastas de la «Sociedad Literaria», colaboró con gran inteligencia, en prosa y verso, en todas las revistas que, en diferentes

épocas y bajo distintos nombres, fundara esa Sociedad, y cooperó eficazmente a los nobles propósitos e ideales de ese movimiento.

Esperando que la presente satisfaga el objeto que Ud. tiene en vista, me ofrezco de Ud. atento y seguro servidor y amigo.

Un crítico de nuestro amanecer literario: Joaquín Blest Gana



UNA finalidad de propósitos se advierte en los jóvenes escritores que se agrupan en torno a don José Victorino Lastarria en 1842: la emancipación intelectual de Chile. La prolongación de la somnolencia colonial mantiene enervados los espíritus y las voluntades, sin que se adopte una actitud audaz que complete el sentido de la revolución política iniciada en 1810, a fin de que la sociedad en gestación adquiriera una fisonomía espiritual propia. Ha de ser Lastarria el héroe civil que lance el grito emancipador el 3 de mayo de 1842. Tal es la significación histórica de su discurso pronunciado en la Sociedad Literaria.

Se daban en Lastarria un espíritu vibrante y una voluntad de acción que ejemplariza escribiendo de acuerdo con su ideario de liberación intelectual, rebelándose contra la inercia y el servilismo ciudadano y fundando revistas, donde sea posible que den a conocer sus realizaciones literarias los jóvenes de su misma

vocación e idénticas inquietudes. Así, a impulsos de su dinamismo, surgen el «Semanario», en 1842; «El Crepúsculo», en 1843, donde Bilbao publica su folleto *Sociabilidad Chilena* que tan refractariamente fué recibido por la pacata sociedad de esos tiempos; y la «Revista de Santiago», en 1848. Efímera fué la vida de estas publicaciones; sólo se sostuvieron por el fervor idealista de sus redactores. No obstante ello, su influencia en el nacimiento cultural de Chile fué fecunda. «No menos de cuarenta escritores—dice Lastarria—habían contribuído a afirmar la trascendental influencia que tuvieron en la fundación de la alta prensa de nuestro país, el porvenir literario de nuestra querida patria quedaba asegurado, la independencia del espíritu proclamada como base del desarrollo intelectual, y la doctrina fundada en sólido cimiento».

En cada una de estas revistas, nuevos nombres surgen a la vida de las letras. Muchos de estos noveles escritores persistieron cultivándolas, y la posteridad no los ha olvidado y más de alguno ha recibido la consagración. Otros desertaron pronto, y se refugiaron en la política donde podrían sin gran esfuerzo obtener los halagos y las satisfacciones materiales que en la heroica e ingrata disciplina de la literatura seguramente no obtendrían.

He revisado la «Revista de Santiago», no con propósitos de investigación sino movido por la curiosidad de asomarme a ese amanecer promisorio de las conciencias, desde este balcón colocado a cien años de distan-

cia. Un nombre desconocido casi para mí detuvo mi atención en la lectura de sus escritos: Joaquín Blest Gana, porque advertí en ellos una posibilidad de crítica literaria que de continuar ejerciéndola, no yacería su nombre en la fosa común de los redactores esporádicos que aparecen en revistas y diarios que sólo reviven cuando llegan hasta ellos la diligencia constante, apasionada y minuciosa de las polillas o de los bibliógrafos.

Justo Arteaga Alemparte, en sus admirables semblanzas de «Los Constituyentes de 1870», alude a la iniciación literaria de Joaquín Blest Gana: «Bien joven todavía—escribe Arteaga Alemparte—entraba en las letras con un estudio sobre la novela, al cual dió la hospitalidad de sus páginas la «Revista de Santiago», que era el cenáculo de nuestros literatos. Lastarria presidía, Bello, Irisarri, González, Valdés cooperaban al buen suceso de la publicación. Escribir en la «Revista de Santiago» era, en aquel entonces, estábanos en el año 1848, tener ya un jirón de aureola. El señor Blest Gana tuvo su jirón. Fué una esperanza». Pero no le sedujeron las letras, y fué la política quien le atrajo con su perspectiva halagadora y se adentró por sus vericuetos sin salida. En 1859, nos informa el mismo Arteaga, hace una esporádica aparición en las letras, publicando en la «Semana» un artículo de crítica sobre las poesías de don Guillermo Matta.

Una lectura más o menos atenta de los artículos de Joaquín Blest Gana nos revelan sus condiciones de

observador perspicaz, cultura humanista, buen gusto en sus preferencias literarias, estilo de frase amplia y suntuosa, recamada de adjetivos brillantes, sin que hubiera alcanzado la expresión sobria y depurada que sólo se consigue mediante una disciplina rígida y sostenida. Todas estas condiciones nos hacen suponer que si Joaquín Blest Gana hubiera perseverado en la crítica literaria, dejando una obra de mayor densidad, en la historia de nuestras letras sería considerado como un crítico que junto con valorizar las obras literarias ajenas, señalaba rumbos, rectificaba juicios e informaba de las nuevas modalidades literarias europeas, deseando para las nuestras un sentido propio, que él no medía aplicando las normas de la preceptiva, sino con un comprensivo espíritu de artista, siendo posible que hubiera llegado a la recreación. Desgraciadamente, lo que nos queda de él es demasiado exiguo. De suerte que sólo podemos considerar a Joaquín Blest Gana como un crítico lleno de posibilidades para el ejercicio de esta disciplina literaria, frustrado por haberse dirigido hacia otras actividades de la inteligencia.

En su artículo «Tendencia del romance contemporáneo y estudio de esta composición en Chile», encontramos algunas justas apreciaciones acerca del sentido y fin que ha de tener la novela contemporánea. Estima que este género literario debe tener una finalidad social y una tendencia docente. Sin duda esta orientación didáctica que propugna para la novela son resabios

del espíritu del neoclasicismo español. Aunque muchos de los jóvenes de esta generación surgen a la vida literaria negando toda tutela espiritual de España—*Las-tarría a la cabeza*—, es manifiesta la influencia neoclásica española en los escritores que se inician el 42. Nada más lejos de la esencia del romanticismo el darles a las creaciones artísticas un fin interesado. El romanticismo prendió en ellos en su aspecto político de libertad y justicia y en un plano de meras abstracciones desvinculadas absolutamente de la realidad en que vivían. Pero literariamente son tributarios del espíritu del siglo XVIII. Esto nos demuestra que la influencia ejercida por don Andrés Bello, neoclásico por excelencia, fué poderosísima y que ninguno de sus discípulos pudo substraerse de ella. El sentido social que reclama Blest Gana para la novela, la observación atenta y minuciosa que le exige al escritor antes de su composición, es como un anticipo a los principios proclamados por Zola. Para Joaquín Blest Gana, «la novela no es ya sólo la razonada historia de las peripecias del corazón; es el animado memorándum en donde se consigna el estado moral y material de la sociedad», y, adelantándose a los novelistas de Medán, dice que este género literario es como «un hábil naturalista que estudia, analiza y descompone hasta las más ocultas fibras del cuerpo social». Advierte Blest Gana que en Chile no se han escrito novelas; pero cree que pronto aparecerán ellas, pues los motivos novelescos están en nuestra naturaleza y, especialmente,

en nuestra historia poblada de hechos heroicos rubricados con sangre en la gesta emancipadora. El sitio de Rancagua y el 5 de abril de 1818, por ejemplo, solicitan la pluma de un novelista para que los exalte con su fantasía creadora. Como una respuesta a este llamamiento, muchos años después su hermano Alberto habría de novelar en «Durante la Reconquista» uno de estos acontecimientos heroicos de la vida chilena.

Pero no se crea que para Joaquín Blest Gana la novela ha de ser un mero documento social o histórico, o simple acopio de hechos y datos cogidos de la realidad. Nada sirve todo ello si el artista no ha de insuflarles el espíritu misterioso de transfigurar los hechos más vulgares y prosaicos mediante de la creación estética. En un artículo que escribió en 1847 sobre Walter Scott, y que aparece también en la «Revista de Santiago», expresa que «muchas de sus escenas están sacadas de las páginas prosaicas del libro de la vida vulgar, y sin embargo, vemos este despreciable lodo convertirse en riquísimo oro en la mágica hornilla del hábil alquimista».

Por lo general, las apreciaciones críticas de Joaquín Blest Gana tienden a las generalizaciones. Así, por ejemplo, en los estudios a que me he referido y especialmente en sus artículos «Causas de la poca originalidad de la literatura chilena» y «Consideraciones generales sobre la poesía chilena». Por eso mismo son ellos difusos; aparecen los conceptos perdidos en medio de la fronda verbal, requiriendo un trabajo de desbro-

zamiento para poner de relieve algún juicio categórico y esencial. En su estudio sobre la poca originalidad de la literatura chilena, su acento es pesimista en cuanto a lo que ya se ha escrito: pero confía en que ha de venir una reacción favorable, cuando los poetas se inspiren en las tradiciones nacionales y completen «el desenvolvimiento de las bellísimas octavas de Ercilla en su «Araucana», eterno monumento que erigiera una hábil mano a los heroicos mártires de la libertad araucana». Esta admiración sin límites a Ercilla nos prueba que el romanticismo no había prendido literariamente en su espíritu, pues «La Araucana» nada tiene de lo que es en esencia lo romántico. Vemos también que en Joaquín Blest Gana no había, como en Lastarria, una negación absoluta de las huellas profundas dejadas por España en Chile; y, por último, esta admiración a Ercilla pone de relieve su sentido nacionalista de la literatura y su concepción abstracta de la libertad. Parece que para él lo principal en la obra literaria es el hecho de que se inspire en lo nacional. Así se justifican sus entusiasmos por «El Campanario» de Sanfuentes y por los artículos de Jotabeche, prescindiendo del valor intrínseco de estos últimos.

Entre las causas que determinan la poca originalidad de la literatura chilena se debe, según Blest Gana, a que ella no es cultivada con verdadera pasión e interés y que el medio social es refractario a la exaltación de la belleza literaria, pues el escritor no merece el menor aprecio de la sociedad. Valoriza la la-

ber del crítico y su importancia en el saneamiento del buen gusto, y se lamenta de que aun no tengamos crítica literaria. «En un país—dice—donde no existe, faltará a la literatura su más poderoso apoyo, su brújula de dirección».

Sus «Consideraciones generales sobre poesía chilena» son como un complemento de su estudio anterior. Insiste en los mismos conceptos. Considera que los poetas han sido meros imitadores, que en ellos no hay «nada de nacional, verdadero e inspirado». Formula un juicio acerca de los poetas del período llamado de la Independencia y cuyas apreciaciones críticas permanecen aún vigentes. «Vera, Henríquez y sus demás contemporáneos — escribe — no son de ningún modo acreedores al título de poeta, que más de alguna vez se les ha dispensado».

Leemos también en esta «Revista de Santiago» un «Estudio histórico sobre la fundación de Santiago», escrito por Joaquín Blest Gana. Su acento es lírico, su afán es el de presentarnos un cuadro animado y vívido de la fundación de la capital de Chile por Pedro de Valdivia y su fin el de considerar a éste como un espíritu justo, que actuó con un sentimiento democrático y humano al distribuir los terrenos de la ciudad naciente entre sus soldados. Se ven claros sus propósitos de rehabilitar el espíritu de España encarnado en uno de sus capitanes más egregios.

Su discurso de incorporación a la Facultad de Humanidades, pronunciado en 1856, merece destacarse

especialmente. Estudia con él a Camilo Henríquez. Es este discurso una de las páginas más logradas de Blest Gana dándonos una idea exacta de su temperamento crítico. Su prosa de entonación oratoria se reviste de todo el sobrio lirismo que la circunstancia académica requiere. Su apreciación crítica sobre el fundador de «La Aurora» es de singular justeza; lo elogia en cuanto Camilo Henríquez fué un periodista preocupado de la aceleración del proceso revolucionario y de dar a conocer el pensamiento filosófico de los escritores ingleses y franceses de su tiempo y aun desconocidos en Chile. Para juzgar a Camilo Henríquez, no lo saca del ambiente de su época; por ello su figura está delineada sin ninguna proyección que le dé una medida distinta de la que le corresponde. Hay quienes consideran a Camilo Henríquez como un escritor de calidad.

Pues bien, Joaquín Blest Gana, sin dejarse llevar por el patriotismo, dice de él estas palabras justas y definitivas: «Camilo no escribía para la posteridad sino para su tiempo. No escribía como literato sino como servidor de una causa social, cuidándose muy poco de la fama de autor para acordarse sólo de su deber de partidario».

Las actividades forenses y políticas alejan a Joaquín Blest Gana de sus preocupaciones puramente literarias, aunque no las abandona en forma definitiva. Así, lo vemos obtener en 1859 un primer premio por un estudio acerca de la revolución de la independencia

en un concurso abierto por el Círculo de Amigos de las letras, fundado por Lastarria. En 1860, según nos informa Raúl Silva Castro en su exhaustiva biografía de Alberto Blest Gana, publica unas páginas de impresión sobre Ecuador, donde estuvo en misión diplomática en 1855. Es Diputado, distinguiéndose en tal actividad como orador de vibrante y apasionada elocuencia. Corona su carrera política como Ministro de Justicia y Educación Pública en dos ocasiones, primero en el gobierno de don José Joaquín Pérez y la segunda vez en el de don Aníbal Pinto. Murió en 1880.

Uno de sus últimos artículos de crítica propiamente literaria lo encontramos en «La Semana» de agosto de 1859. Es éste un largo estudio, publicado en dos números, sobre las poesías de don Guillermo Matta. Disentiendo de los juicios elogiosos con que éstas fueron recibidas, Joaquín Blest Gana aplica el severo escarpelo de su análisis crítico para atacar las composiciones de Matta. Las rechaza porque están inspiradas en el romanticismo alemán que considera nebuloso e irreconciliable con la naturaleza del alma chilena. Según él, en estas poesías aparece manifiesta la influencia de Byron y Shelley, a quienes niega toda calidad de poetas porque exaltan en sus poesías los goces del amor en su plena realización. Como una concesión al romanticismo, sólo reconoce como grandees poetas a Lamartine y Víctor Hugo, por la inspiración cristiana de sus versos. Estima que Matta está dominado por el panteísmo y que no existe en él ningún sentimiento de

religiosidad. Su punto de vista es el de un fervoroso creyente que no acepta ni reconoce nada que esté fuera de sus creencias. En tal aspecto, resulta como un precursor de las intransigencias críticas de don Pedro N. Cruz. «Arrancad al alma sus creencias—dice Blest Gana—, y habéis cegado el manantial de la verdadera poesía». Tal poesía sin religiosidad socava, según su opinión, el edificio de la sociedad. ¿Cómo aplaudir, se pregunta, la tendencia disolvente, el espíritu desorganizado que se divisa en la poesía de Matta?. Este punto de vista en que se coloca Blest Gana coincide con su posición política de adhesión incondicional a la coalición liberal-conservadora. Si bien es cierto que en este artículo notamos una limitación inexcusable para apreciar la obra literaria, advertimos en él una mayor claridad y rotundidad en los juicios, y su prosa adquiere una mayor riqueza y se hacen más precisas y desenvueltas las frases. Sus observaciones son más agudas y profundas, pero restringidas, como hemos dicho, por su falta de tolerancia en la comprensión de las nuevas tendencias literarias extranjeras.

El mérito principal de Joaquín Blest Gana es el de haber sido el crítico de un amanecer literario cuando la cultura era incipiente. Sus propósitos de liberación literaria se realizaron en las propias obras de sus hermanos Guillermo, poeta de no escasos merecimientos, y Alberto, nuestro novelista máximo.

Rescatamos del olvido el nombre de Joaquín Blest

Gana para unirlo al homenaje que se rinde en esta fecha centenaria a todos los escritores de su generación, que con el ejemplo fomentaron el cultivo de las letras en una época en que hacerlo era una empresa hazañosa, pues debían sacudir apasionadamente los espíritus enervados por la quietud de una sociedad que recién salía de la situación subalterna de colonia.

El siglo de Monvoisin



A historia del arte es una eterna negación. «Es—como dice André Michel—un libro en el que cada generación deja una página inédita, en donde quedan todos los pensamientos y todas las emociones que los hombres han sentido ante la naturaleza y la vida». La crítica sigue una línea zigzagueante en la cual los valores ponen las piedras miliareas que señalan el gusto de la época.

Existe una tendencia muy difundida—desgraciadamente.—a negar lo que otras generaciones hicieron en el orden de la cultura. Cuando este criterio se aplica al campo de las artes figurativas, se alcanzan las cumbres de la extravagancia.

Se suele tropezar con gentes que, so pretexto de defender las corrientes actuales de la pintura, desdeñan la obra de los grandes maestros del pasado. Lo menos que se puede decir es que esa línea en zigzag es necesaria y es útil. Desde el reno de las cavernas hasta ahora, el arte ha marchado, no por un sendero ascendente, sino por caminos siempre distintos.



Raimundo Augusto Ruinsac Monvoisin
(Auto retrato. Copia de Plaza Ferrant)

Esta modalidad negativa de crítica iconoclasta podría seguirse al estudiar al pintor francés Raímundo Augusto Quinsac Monvoisin. Pero Monvoisin ofrece una personalidad interesantísima, no tanto desde el punto de vista pictórico, como por las circunstancias de la época en que vivió en Chile y por el papel que desempeñó en su despertar artístico.

El siglo pasado fué un siglo francés, ¿por qué no admitirlo? En América se había ya iniciado la conquista de los valores nacionales. Pero no se iba a la captura de lo puramente autóctono. Se marchaba, simplemente, hacia la independencia del espíritu.

Francia irradiaba todavía las luces potentes de su genio a los cuatro puntos de la rosa de los vientos. Hugo ha entrado en la Academia el año 1841; el mundo entero parece sentir sobre sí el peso grato de este «carco de triunfo de la literatura», que ha lanzado a los ámbitos universales sus Hojas de otoño y su Leyenda de los siglos. En literatura parece como si el planeta estuviera «huguizado».

Este genio aparatoso, macizo y fuerte, tiene en pintura su equivalente frío e imperial: David, que supo de todos los eclecticismos. Anterior en unos años a Hugo, supone un antecedente necesario—a través de Guérin—en la técnica de Monvoisin, quien vino de su Burdeos natal imbuído de aquella grandeza que había palpado en la Francia imperialista.

Más que influído de una manera concreta y técnica por el autor del «Juramento de los Horacios», Mon-

voisin ha recibido el *aura vitae*, la misma atmósfera que circula en la Francia de su tiempo. Y esto, indudablemente, tiene su importancia.

El pintor francés está, por la técnica, por el dibujo y por el colorido, dentro de un neoclasicismo decadente—véanse los murales simbólicos de la hacienda Los Molles y El Columpio, de nuestro Museo—pero su pintura, que ha pasado junto a Delacroix y a Gericault, trae un prenuncio o barrunto del romanticismo.

Una liberación absoluta de aquellos moldes de frialdad que derivan de la plástica davidiana no podía producirse con Monvoisin, ya que el pintor bordelés carecía de la fuerza y vigor necesarios para lanzar la pintura hacia nuevos horizontes de idealidad. El se limitaba, como buen artesano, a seguir lo ya visto, a transitar por las rutas desbrozadas por otros. En sus retratos, tan influidos por la técnica de su maestro Guérin y por Ingres, domina ante todo, la «manera» y la atmósfera de los pintores de la Revolución, aunque se adivine levemente un deseo de romper las ligaduras que a ellos le atan.

Su estancia en Chile no fué extraña a esta rebeldía porque según Richon-Brunet, «lejos del ambiente artístico europeo y sin medios de comparación, tuvo que mirarse a sí mismo y su obra ejecutada en el nuevo mundo fué más personal y por consiguiente más original» (1).

(1) Citado por don Luis Alvarez Urquieta en el N.º 17 del Boletín de la Academia Chilena de la Historia.

Este enfrentarse con un paisaje inédito, tan lejano de aquellas dulces campiñas de la Gironda y tan opuesto a los verdes campos de la Isla de Francia, hubo de modificar su sentido plástico. Por lo menos humanizó su pintura, le quitó la pedante filosofía que traía de sus maestros. La realidad chilena, más brusca, menos hecha que la francesa, aligeró de intelectualismo su obra y la hizo más sensual. La áspera luz de los campos de Chile arrebató en cierta medida las brumas fuliginosas de la visión gala.

Hay en el arte de Monvoisin, por entonces—aparte la huella indeleble del aprendizaje, que se conserva fatalmente—una reminiscencia de las líneas clásicas, peros sus lienzos registran, en esta nueva etapa, una ampulosidad y una sensualidad a las que no es extraña la muelle existencia colonial. Para Monvoisin, estas bellas modelos de carnes vagamente elásticas con las cuales se enfrenta, tienen algo de tropical en sus maneras y en la rotundidad curva del arabesco.

Este fenómeno—menos inesperado de lo que pudiéramos creer—responde a una visión prejuiciada, a una idea común que el pintor había asimilado en su patria. Para la Francia occidental, quintaesencia de la civilización, aquellos países que se encontraban al otro lado de las columnas de Hércules eran todavía algo fabuloso y no exento de poesía. Los franceses—y los europeos en general—sentían que toda América era trópico porque aplicaban a la totalidad del Continente las visiones y las imágenes del *Journal sans*

date, de Chateaubriand. Era, a veces, un trópico visto a través de Josefina de Beauharnais, la emperatriz criolla.

Así, en los retratos que Monvoisin pintó en Chile se adivina ligeramente este aire sutil, más patente aún en su iconografía femenina. Ojos inmensos de ensoñadora y apacible mirada, de expresión bovina y tropical y con un cierto regusto sensual que viene a su vez de las nuevas tendencias que Ingres había introducido en su reacción contra el orden davidiano. Jean Cassou hablando de este factor ingreso, ha anotado con acierto: «Ingres nos induce al placer de una sensualidad especial, opuesta en absoluto a la sensualidad cósmica y lírica de un Delacroix, de un Cobeurt, de un Corot, de un Renoir, de un Van Gogh...» Palabras que nos ayudan a comprender mejor la concepción monvoisinesca del retrato, porque esta sensualidad, marcada por un aire intelectual y refinado, es fría; es, en definitiva, una sensualidad que no ha podido sacudirse la huella del siglo XVIII, tan dado a señalar la noble calidad de un paño plegado, la suavidad de la carne y la «ligereza eléctrica, felina y fría de un chal de la India».

Sin adelantar nada de lo que posteriormente había de incidir en la técnica de Monvoisin, debemos insistir en que su formación fundamental respondía a las corrientes del siglo XVIII; a lo que se ha llamado David, son école et son temps. El autor de Leónidas en las Termópilas tuvo innu-



Doña Luisa González de Echaurren
(Por Morvolstn)

merables seguidores; el pintor Monvoisin fué discípulo de uno de ellos, precisamente cuando se está gestando el romanticismo, aunque pareció no captar el movimiento que entonces comenzaba a iniciarse. No le corresponde el título de «pequeño genio» que tanto se ha prodigado entre los pintores franceses de la pasada centuria. Monvoisin es inferior, desde luego, a Gerard, a Gros y a Prud'hon.

La pintura del bordolés está más en contacto con el mundo anterior que con la aurora estética que el genio goyesco ha iniciado, permitiendo la eclosión magnífica de Delacroix y Manet. El pintor de nuestra generación del 42 es un neoclásico retrasado, aunque en su impulso ideal se encuentre alguna brizna del romanticismo naciente.

En América, por un azar que no se sabe si es debido a Paul de Kock o a las rivalidades con el pintor Vernet, en el siglo XIX tenemos con Monvoisin un representante plástico de la filosofía racionalista y volteriana de una época pasada. La revolución francesa no se limitó a legislar en materia política, económica y social, sino que llevó su rígida disciplina a las artes y a las ciencias. La Convención había fijado los cánones estéticos que pasaron de David a sus discípulos y de uno de éstos—el barón Guérin— a Monvoisin.

Los pintores habían leído las memorias de Caylus para poder reconstruir la vetustez de los tiempos clá-

sicos con mayor propiedad. El arte cae así en una lamentable frialdad constructiva y colorista.

La escuela davidiana—llamada «Academia del falso clasicismo»—aspira a la vuelta de los cánones estéticos de la antigua Hélada, y para ello se copian las estatuas de Fidias y Praxiteles; se estudian los modelos arquitectónicos de Grecia y Roma, se reproducen los dibujos de los vasos griegos y se leen las *Vidas paralelas* de Plutarco con el fin de ambientar las escenas. Lessing publica su *Laoconte* y Montesquieu contribuye a la reconstrucción de la estética anacrónica con su *Grandeza y decadencia de los Romanos*.

A esta influencia responden las obras de David: *Apolo y Diana pinchando con sus flechas a los hijos de Niobe*, *Aquiles llorando la muerte de Patroclo* y *Juramento de los Horacios*.

Monvoisin ejecutó bajo el impulso de este espíritu sus primeras obras europeas, estimadas como las más artísticas. En Chile se pueden poner de ejemplo los murales que pintó en la hacienda Los Molles: *La pureza*, *La música*, *La escultura*, *La literatura* y otra alegoría que no ha podido ser identificada—dentro todas de los más absolutos cánones académicos—, y sus telas *Filemón y Baucis* y *Orestes y Pilades*, que, inferiores a las obras de aquel maestro, tienen de común con ellas la frialdad de tonos y lo convencional de la evocación. Sin

embargo, es necesario hacer resaltar un intento, por demás curioso, del autor de *El Columpio*: el de adaptar la filosofía del neoclasicismo a las epopeyas de la Conquista en *Captura de Caupolicán*, *Fresia y Caupolicán* y *Elisa Bravo apresada por los araucanos*, en cuya tela Monvoisin evoca la fabulosa historia de *Elisa Bravo*, supuesta prisionera de un indio araucano, tras la tragedia de un naufragio. Yo no sé por qué el asunto de esta obra me ha recordado en más de una ocasión *Le radeau de la Méduse*, de Géricault.

Es evidente, sin embargo, que en su época chilena comienza a producirse la evolución de Monvoisin hacia una pintura más humana. Por lo pronto algunos títulos tomados a la Revolución y a la historia contemporánea: *9 Termidor*, *Eloísa leyendo las cartas de Abelardo*, *Doña Juana la loca* y *Los Girondinos en la prisión*, nos hacen pensar en las escasas veleidades románticas de Monvoisin; pero que éstas existieron es indudable.

Monvoisin—se ha repetido hasta la saciedad— se aparta de aquella senda que le hubiera llevado a una pintura de más alta significación ideal y pictórica, para entregarse a una labor de mejores resultados económicos. El retrato le permite organizarse con un sentido industrial, ajeno en absoluto a la pintura y estableciendo, incluso, una tarifa que aplicaba con rigor muy comercial.

La iconografía monvoisinesca, si bien no ofrece en su

totalidad un interés pictórico de radio excesivo— aunque en ella no falten las piezas maestras—, supone para el historiador una fuente inagotable de documentos de la época. Todo lo que de notable hubo en Chile pasó ante la mirada un poco ceñuda del maestro. No obstante, si el gesto era adusto, la mano fácil y segura del pintor se ofrecía propicia a las melifluidades y a los arrumacos halagüenos. Por eso abundan los clientes que sentían en la propia vanidad el elogio superficial de los pinceles. Y es que Monvoisin, educado en la escuela del más absoluto objetivismo plástico, ignoraba el mundo borrascoso del subconsciente.

Pintaba Augusto Monvoisin lo que veía su pupila, recurriendo a todas las fórmulas que en los talleres dieciochescos se transmitían de maestro a alumno, sometiendo el modelo al convencionalismo de luces y de sombras estudiadas con todo cuidado. Su fantasía se limitaba a embellecer aquellas facciones. Por eso, los retratos que se conservan del artista francés carecen de ese soplo que hace grandes las obras de arte.

Si el retrato de Mr. Bertin, pintado por Dominique Ingres, es una tela sujeta a la esclavitud objetiva, hay en su atmósfera general, en aquellas gloriosas manos gordezuelas y un poco sensuales, en la boca hermética, en los profundos ojos, un alma que se está volcando al exterior por el milagro de la psicología. Y esto es lo que faltó a las imágenes de Monvoisin, el deseo de trascendencia.

Siempre irá Monvoisin uncido al carro estético de



Doña Carmela Mackenna de Vicuña
(Por Monvoisin)

alguna admiración fuertemente sentida. Cuando hace pintura histórica sigue muy servilmente las frías lecciones de Guérin. Cuando en Chile pretende evocar el mundo fabuloso de la conquista, lo hace con el recuerdo de sus lecturas de Lessing, y al fijar en el lienzo la imagen de sus coetáneos, olvida la verdad psicológica para embellecer con falsas pomposidades y halagos a sus modelos, cuando no nos recuerda en exceso a Ingres y a Madrazo.

•••

Monvoisin fué un pintor que poseía dotes naturales y gran fecundidad. Debía tener, a juzgar por la técnica que acusa en sus obras, una mano segura y fácil al improntu pictórico. Fué un buen artesano que dominaba el «métier», como era corriente en los pintores de su generación. Se ha dicho, incluso, que el exceso de gramática y preceptiva plástica cortó las alas a muchos de estos artistas magníficamente preparados para realizar una obra perdurable.

No tuvo, desgraciadamente, la intuición de los nuevos tiempos que se acercaban para la pintura, ¡y eso que venía del Burdeos en donde había vivido y muerto Goya, el revolucionador del arte! Lo que nos da, en cierto modo, la medida de lo que va de lo mediocre a lo genial. Porque, como ya hemos visto, la comprensión de la obra goyesca es lo que hace grandes a Delacroix y a Manet. Monvoisin pasó al lado del español sin percibir el mensaje que traía su pintura.

Pero ello no nos hará desconocer la trascendencia que para Chile tuvo la llegada del autor de *Alí Pachá*.

Evocar el mundo artístico, la época o, como ahora se dice, el clima santiaguino a la llegada del pintor francés es sobremanera útil y necesario para valorizar en forma cabal su figura. Hasta él, el arte existía en forma esporádica. Haciendo abstracción de las amaneradas y melifluas telas jesuítas y de los mínimos influjos de la escuela quiteña, la pintura no existe. Sobre todo, la sociedad santiaguina no siente la necesidad ni el acuciamiento de contemplar obras de arte. El mérito de Monvoisin consiste en haber despertado el gusto por la pintura de cierto aliento estético. Este mérito es compartido con otros dos pintores: Wood y Rugendas.

La llegada de Monvoisin a las costas chilenas produjo un cierto entusiasmo en las gentes. El viajero traía con sus telas algo del mundo occidental. Para quienes no habían visitado Europa, sus cuadros eran una estupenda novedad. Ellos hablaban de ambientes entrevistos en lecturas, de genios intuídos desde lejos; recordaban a David, a Gros, evocaban la Revolución.

La prensa de la época se ocupó alborozada de las exposiciones que Monvoisin celebró a su llegada al país. En «El Progreso» de 1843 se calificaba la obra *Caída de Robespierre* de «magnífica y aterrante». Su *Colón* merecía de la «Revista del Pa-

cíficos los siguientes juicios: «...de gran efecto, de brillante colorido y de ejecución atrevida».

Monvoisin, ante el éxito de estas telas, fué muy solicitado para retratar a los personajes notables de Chile. Su labor de entonces es abundante, sobre todo en retratos. Entre estas obras algunas alcanzan gran calidad, como los cuadros del obispo Elizondo, don Manuel Montt y José Zegers Montenegro. Las alegorías murales tienen el valor de antecedente y son lo más rigurosamente neoclásico de todo lo hecho en Chile. El retrato de doña Milagros Mansenlli recuerda por más de una razón el que Ingres pintó de la condesa d'Haussonville.

El Columpio, de nuestro Museo, tiene, como las obras de aquellos idealistas que fueron Cabanel y Jules Lefèvre, una mezcla de romanticismo y clasicismo.

Se muestra siempre un excelente dibujante y sabe armonizar la composición de manera un poco teatral. Trabaja la tela con arreglo a la técnica tradicional de los pintores clásicos: empleo del claroscuro, perspectiva aérea y asunto. Los tonos calientes están rebajados siempre con grises, como exigía la austeridad republicana. Utiliza los «neutros» y va construyendo las gamas por el empleo de «glasis» hasta encontrar el color buscado. Los negros no vibran como en los impresionistas posteriores, ofreciendo las telas ese aspecto fuliginoso que tanto las caracteriza. En El Columpio las carnes están un tanto acartonadas. Su Paisaje

del Museo de Bellas Artes es una perfecta escenografía en gamas monocordes de verdes y grises-verdes pero escasa de sensibilidad; no obstante habría merecido la aprobación del crítico Fromentin porque las relaciones entre los distintos planos que marcan la profundidad son impecables.

Dejó Monvoisin algunos discípulos, entre los cuales descuellan Francisco Mandiola, cuyo colorido es más ampuloso y más rico en gamas y José Gandarillas.

Mas, aparte la significación que como maestro de otros pintores tuvo, lo más trascendental en él es precisamente el haber abierto Chile a la pintura universal.

Al venir a nuestro país Monvoisin estaba preparando el camino a un arte más profundo y de raíces en cierta medida autóctonas. La pintura del francés estaba barruntando la llegada de nuestros «clásicos». De Pedro Lira, de Alfredo Valenzuela Puelma, de Alberto Valenzuela Llanos...

Precisamente, ahora que se evoca la época en que vivió y se desarrolló la «generación del 42», tan fecunda en el orden espiritual que puede considerarse como la que da nacimiento a nuestra verdadera literatura y a nuestra pintura, no está de más tornar la visión hacia aquellos años que preside la romántica figura de José Victorino Lastarria para que esa era apacible pueda servirnos de lección en lo que de superior tenga.

Cuando contemplamos el retrato de Monvoisin con aquella expresión hispida de su mirada, con aquel aspecto un poco desmelenado de buen artesano de la pintura, sentimos la nostalgia de otras épocas que presidía el afanoso rigor de llegar a las cosas por el ademán cotinuado y esforzado.

Aunque el buen pintor bordelés no logró asir el ideal—posiblemente por no habérselo propuesto—sí está centrado en unos años en los cuales la inquietud espiritual prima sobre los acuciamientos materiales.

Significación de Lastarria (1)



EN medio del vórtice tumultuoso de las pasiones políticas, surgiendo del caos informe de la ambición personal desorbitada, irrumpe de pronto, cual cimetarra resplandeciente, la voz del espíritu. Hasta ese momento, después de la pesada y larga noche colonial, sólo el bronce guerrero, junto al colorido flamear de las banderas insurgentes, había estremecido el corazón criollo. La raza transplantada, retoño fuerte y orgulloso que surgía de la tierra nueva, no solo tenía sed de libertad, sino también de honores, de goces y prebendas que la nacionalidad irredenta, antes no le permitió alcanzar.

Diríase que una exaltación primitiva, casi animal se enseñoreaba en el ambiente. Porque la tierra daba más de lo que le pedían y así la vida era fácil y regalada. Remanso de copiosos desayunos, de pantagruélicos almuerzos, de dulces siestas sin impertinencia de tráfago urbano, epilogadas por el oloroso ronquido del mate. Gangoseo de letanías cuando el ala de la primera sombra crepuscular se columpiaba en los últimos reflejos del sol poniente y se cernía en el aire, que traía un susurro de balada, el perfume de una huerta y el recogido son de una campana.

Mas, todo este lento transcurrir de vida, era poderosa ener-

(1) Discurso pronunciado en la inauguración del busto a Lastarria en el Liceo de su nombre.

gía que se iba acumulando hasta estallar de súbito como una represa que revienta. Turbión de pasiones que llevaba en su seno, orgullo y soberbia de señores autoritarios, de crueles y duros amos que no reconocían más voluntad que la suya, en la mina o en el latifundio donde seguía imperando el régimen de la encomienda. También rebeldía de rotos y de huasos corajudos que se echaban al monte para ser bandidos, o se alistaban jubilosos bajo el trapo bastardo del motín y la revuelta. Era preciso gastar esa fabulosa energía de algún modo. El huaso galopando cien leguas, ufano de su poncho y de su lazo trenzado que laceaba animales en el campo y hombres en las batallas; y el roto que, desdeñoso de la muerte, no tenía más devoción que un potrillo de chicha y más fe que su corvo de siniestros reflejos.

En esta forma el pensamiento era como un sol tímido entre espesas nubarradas. El arte, apenas un incipiente afán imitado de lo europeo, que aparecía como planta exótica, carente de originalidad y de propia inspiración. Una espesa cortina de sombras coloniales, de prejuicios y limitaciones se oponía al vuelo creador del artista. El hombre de sensibilidad no se daba cuenta de la portentosa riqueza de temas que lo rodeaba, dedicándose a calcar, sugestionado por falsos conceptos, los moldes estéticos del Viejo Mundo.

Es en esta etapa de la vida social chilena, cuando de pronto se alza la voz de un joven maestro, que habla obedeciendo a las propias sugerencias de su espíritu. Era don J. V. Lastarria. En su silueta de perfil aquilino,—también en su mente un águila extendía las alas—en la frente amplia, en el mentón acusado y en la luz acerada de sus pupilas, advertíase la decisión de una voluntad insobornable. Aquel mozo de 25 años hablaba impulsado por una grande ilusión, poseído por un mesiánico fervor, agitado por una ráfaga de romántico ensueño. Y, no obstante su juventud, sus ideas eran claras, definidas, precisas. No jugaba con la retórica, ni dibujaba quimeras más o menos inalcanzables. Origi-

nalísimo en sus ideas, era sobrio, ponderado y certero para exponerlas.

«La naturaleza americana,—decía—tan variada, tan nueva en sus hermosos atavíos, permanece virgen; todavía no ha sido interrogada, aguarda que el genio de sus hijos explote el venero inagotable de las bellezas que contiene».

En estas palabras sugestionadoras está el sólido cimiento sobre el cual Lastarria, fundaba en mayo de 1842, la Sociedad Literaria. Era la incitación a buscar nuevos caminos que, ampliando el horizonte artístico, permitieran crear una literatura forjada con elementos propios, que reflejara el carácter y las costumbres de un pueblo. Destacar lo típico buscando en el sentimiento colectivo, sus matices emocionales. Extraer de su alegría y de su dolor la expresión más honda del alma nacional. De las escenas de costumbres y los variados accidentes del paisaje, la gracia nativa y la esencia autóctona de la tierra. Hacer desfilan, animados por el divino soplo del arte, en un ritmo de vida palpitante, seres humanos, animales, árboles, ríos, montes y llanuras con sus nombres auténticos y su sabor original.

En el ambiente oscurantista de su época, la figura de Lastarria es la antorcha que se levanta más alta para mostrar a la conciencia ciudadana los vicios y resabios de su tiempo. Habíamos obtenido la independencia política, pero el pueblo y la clase media seguían sumergidos en la esclavitud económica y doblegadas por la injusticia social. Frente a una sociedad cruel y egoísta, sorda para oír las verdades que proclamaba su talento clarovidente, la irreductible energía de Lastarria no flaqueó jamás. Su carácter era de una sola pieza y sus doctrinas, fueron para él, como dogmas de fe. Actuó en política para contener y fiscalizar los desbordes de quienes ejercían el poder. Escribió para predicar con el ejemplo, ciñéndose a las normas enunciadas en su célebre discurso con que inauguró la Sociedad Literaria.

No fué Lastarria, en modo alguno, el ideólogo inerte. En el terreno de la acción demostró su calidad de luchador. Tal vez

podiera achacársele falta de ductilidad en su sostenida brega por alcanzar los ideales que le impulsaban. Es que su moral no admitía componendas de esas que lindan casi siempre con la claudicación. En la mayor parte de sus luchas estuvo solo, pero esa soledad no le arredró. Por el contrario retempló su espíritu y le dió ánimos para atrincherarse en su rincón; para recuperarse más íntegramente a la grande, a la bella y noble intransigencia de su espíritu cuando exigía que el enemigo se rindiera a discreción.

Los escritores chilenos le deben a Lastarria la inspiración de su actitud ejemplar y orientadora. Acatando sus ideas han interrogado a la naturaleza de Chile, persistiendo en el anhelo de reflejar en el arte literario, ese venero inagotable de bellezas que contiene, y que él, fué el primero en destacar.

Yo no sé, si deseándolo, o no, siguieron su ejemplo de soledad. Porque nadie los ayudó en la realización de su arte, aliviando sus tareas y mejorando sus medios de subsistencia. Trabajaron honradamente en las labores que les tocó ejercer dentro de la colectividad, cumpliendo además, con ese imperativo que como un grito les salía desde el fondo del pecho. Jamás Gobierno alguno dió muestras de consideración y aprecio por la labor literaria que realizaron. Y es que en el concepto vulgar y generalizado, el escritor seguía siendo el bohemio, melenudo, sucio y mal oliente, que perdía el tiempo emborronando cuartillas. Sólo por excepción los Gobiernos le dieron algún cargo de honor y responsabilidad. Y casi siempre fué a aquellos que pertenecían a la aristocracia o actuaban en un partido político. No precisamente para reconocer la valía de su obra, ni la significación que ella tenía para Chile.

En estos días en que se cumplen cien años de vida espiritual en Chile, la figura de Lastarria, adquiere, por su inusitado relieve toda su magnífica significación. Vivimos una época de prueba en que la humanidad ha visto para su desgracia, cómo las más altas conquistas del pensamiento se han derrumbado y

cómo desde sus ruinas la voz de histéricos profetas se alza para escarnecer el concepto de libertad. Son muchos los pueblos que hoy gimen agobiados por la imposición de la fuerza. Atila no va ahora en un caballo cuyos cascos queman la tierra por donde pasa. Va encaramado en un monstruo de acero que vomita la muerte y el duelo por doquiera. Se trata de imponer la ley de la metralla, como único derecho sobre el mundo. Y para un pueblo, en el cual, felizmente, aún brilla el sol de la libertad, es motivo de justo orgullo rendir homenaje de admiración y gratitud, al hombre que dedicó su vida y su talento a defenderla como uno de los más altos atributos del alma humana.

Para nuestra nacionalidad, Lastarria es un símbolo permanente pues representa la voz del espíritu que bien sabemos que jamás puede morir.

Visión panorámica del movimiento literario del 42 (1)

 EN estos días desconcertantes que vive la humanidad tiene una significación moral de primer orden este homenaje tan elocuente que la Dirección del Liceo Lastarria ha querido rendir a su ilustre patrono con motivo de las fiestas recordatorias del primer centenario del movimiento literario e intelectual iniciado en Chile el año 1842.

Mi misión, en esta oportunidad, es reseñar en breves palabras las principales características de este acontecimiento histórico en las letras y en la cultura chilena. Procuraré cumplirla sin grandes circunloquios, atacando el tema desde sus ángulos críticos más importantes.

Historiadores y exégetas literarios hacen partir el notable despertar de los espíritus que advertimos en esta época, de las palabras pronunciadas por Lastarria

(1) Discurso pronunciado en la inauguración del busto de Lastarria en el Liceo de Hombres N.º 5 de Santiago, el 4 de mayo del presente año.

el 3 de mayo en el seno de la Sociedad Literaria que los alumnos del Instituto Nacional fundaran en 1843. Ahora bien, ¿qué dijo el maestro en su famoso discurso? ¿Por qué ocupa este documento un lugar privilegiado en nuestra historia literaria? Digamos, contestando a estas preguntas, que tanta admiración y tanto elogio están plenamente justificados en este caso. Las palabras de Lastarria fueron dirigidas, en primer término, a la juventud idealista de aquellos tiempos, en un llamado fervoroso para abrazar la bandera de la patria y defenderla por medio de la cultura; en segundo lugar, alienta en ellas una ardorosa defensa de la democracia, sistema político que el maestro acaricia en sus entrañas, y que jamás perdería de vista en sus largos años de existencia, por último, merece recordarse este discurso, porque de sus principales acápites irrumpen las primeras clarinadas de rebelión que en este rincón de América lanzara un hombre en nombre de la emancipación intelectual y política de todos los chilenos.

Quiere Lastarria para su patria una literatura auténticamente nacional, un país libre y soberano; un pueblo culto, laborando la grandeza de Chile en todos los órdenes de la actividad humana.

Es este hondo sentido social el que nosotros advertimos en el discurso del 3 de mayo, su levadura ideológica, la perdurable substancia interna de que está hecho.

Los escritores y los políticos del 42 no echaron al

olvido estas palabras; almas sensibles, tocadas por el gran fervor de la patria, a corto plazo demostraron estar preparadas para dar cima a la noble empresa a que los incitara Lastarria.

Advertimos en el conjunto de hechos y voces de esta época un apretado repertorio de ideas y sentimientos que los mozos del 42 interpretaron, ya sea en el vuelo ágil del verso o en la ruda gracia del ensayo o del discurso, con rara uniformidad. Destácanse entre estos sentimientos e ideas cuatro motivos culturales de hondo arraigo en los espíritus, cuyas raíces están más lejos de las simples frontesas individuales. Debemos enumerarlas en esta ocasión, aunque sea a vuelo de pájaro.

En literatura, les interesó ver implantado entre nosotros los ideales del Romanticismo literario, escuela que por estos años está dando opimos frutos en el árbol de la vieja cultura europea, y que en Argentina supo impulsar, antes que en ningún otro pueblo americano, el genio creador de José Esteban Echeverría, el maestro de la juventud cuyana del año 37, de Sarmiento, de Mitre, de Alberdi, de Juan María Gutiérrez, de Vicente Fidel López, y otros preclaros emigrados que, poco antes o poco después del año 42, están ya incorporados a los destinos de la cultura chilena. No escatimamos con argumentos superficiales la significación profunda que tienen estas innovaciones en el progreso de las ideas y en el despertar de los jóvenes espíritus. Los mozos del 42, gracias al credo ro-

mántico, resucitaron nuestro pasado histórico, cubriéndolo de un velo de poesía y encanto que aun hoy día fascina nuestras almas. Las leyendas de Salvador Sanfuentes, como *El Teudo* y *El campanario*, los poemas de Guillermo Blest Gana o de José Antonio Soffia, los cuadros costumbristas de José Joaquín Vallejos y del propio Lastarria, buscan más de una vez su inspiración en motivos cogidos de nuestra historia patria, en episodios de la era colonial o en sucesos heroicos oriundos de los días cercanos de nuestra lucha emancipadora.

Dejamos en silencio, sin hacer mayores comentarios otros escritores y otros libros en los que se advierte la influencia romántica. No olvidemos, de todas maneras, creaciones tan altas de nuestras letras como *Durante la Reconquista*, la novela inmortal de Alberto Blest Gana, ni *Los recuerdos del pasado*, de Vicente Pérez Rosales, nacidas entre ambas al calor y bajo la inspiración de las ideas románticas.

Tanto como la implantación del romanticismo literario interesó también a esta generación la lucha por imponer en el medio social los principios del liberalismo político. Es éste el segundo motivo cultural perceptible en el lenguaje empleado por estos hombres aquellos años: Se desea destruir la herencia dejada por Portales, el gobierno demasiado autoritario y centralizado, la Constitución Política del año 33, los ancestros coloniales y los fantasmas negros de los tiem-

pos despóticos y atrabiliarios. Los ideales políticos, empero, sólo se cumplen mediante la acción constante y sin desmayo. Así lo entendieron estos hombres ejemplares, y por eso crearon clubes sociales, diarios y revistas de batalla, donde preparaban sus almas para la lucha de todos los días. ¿Cuál de ellos no estuvo en las reuniones del «Club de la Reforma» o en las famosas células de la «Sociedad de la Igualdad? Difícil sería señalar una sola deserción, una claudicación o una desesperanza prematura. Eran demasiado hombres para caer en desfallecimientos o entrar en componendas culpables.

Benjamín Vicuña Mackenna nos habla en sus «Relaciones históricas», extensamente de los Girondinos chilenos, de los Brissot, de los Vergniaud, de los Barboroux chilenos, que el sentimiento liberal y revolucionario había transplantado a nuestro suelo por esta época.

Señalaron el odio a España, la aversión al régimen colonial impuesto por los españoles en Chile y en América, como el tercer motivo de creación y de vida que anima a la generación del 42 en su tránsito por la cultura chilena. Es un odio sin eufemismos, sin medias tintas, salido desde lo más hondo del pecho. Lartarria, como siempre, es el más alto representante de esta actitud antiespañola. Considera en muchas de sus obras, por ejemplo, en su memoria *Investigación sobre la influencia social de la Conquista y del sistema colonial en Chile*, céle-

bre por tantos motivos, que de la cultura española debemos aprovechar únicamente el instrumento precioso de su idioma. Para él, Chile nace a la vida como nación independiente en año 1842. Esta fecha es el verdadero 18 de septiembre de nuestra historia. Generación de nuevos Adanes la suya, de hombres recién nacidos al mundo, el sentimiento antiespañolista que la animaba fué tal vez la causa de su fecundidad y el origen del sentido social tan hondo depositado en todos sus actos.

Dentro de este pensamiento escribe Francisco Bilbao su «Sociabilidad Chilena», Sanfuentes la leyenda El Campanario, Lastarria cuentos y novelículas como Rosa y el propio Don Guillermo.

Si se negó a España, se afirmó, en cambio, el prestigio de los pueblos europeos más inquietos y maduros en materias artísticas o políticas. A este sentimiento, bien podríamos denominarlo la fascinación de Francia. En efecto, leyeron los mozos del 42 con golosa fruición los mejores frutos de la cultura alemana, inglesa, italiana, aun rusa, pero Francia alcanzó preeminencias y favoritismos especiales en este sentido. Es el último amor, por lo demás, de estos viriles compatriotas.

.....

He aquí, señores, a grandes rasgos, las principales fases del movimiento literario cuyo centenario celebramos hoy día. Correspondió en él a Lastarria un papel

de precursor y animador que nadie sería capaz de discutirle. Si no tuviera otros títulos para merecer la gratitud nacional, acaso este solo, aunque sobran muchos otros, le hacen acreedor a este busto de bronce que, redivivo, lo incorpora al sagrado magisterio de este establecimiento como el maestro de los maestros y el orientador espiritual de nuestras juventudes.

B. Vicuña Mackenna y J. V. Lastarria

Los antecedentes del movimiento literario de 1842

(Recuerdos e impresiones)



ENTRE las cosas fáciles que yo conozco, ninguna me lo ha parecido más que mostrarse erudito sin serlo. Como el Presidente de Chile, don Manuel de Amat, decía que para ser canónigo se necesitaban sólo tres cosas, de las cuales una no puedo nombrar y las otras eran «tener voz y sentarse», así para ostentar ante el vulgo sabiduría basta un poco de impavidez, un par de enciclopedias y mucho papel. Pero desde muy temprano cúpome en suerte descubrir el secreto de este género de imposturas, y las tomé en hastío. Ocurrióme esto con un infeliz manuscrito en que el texto había sido escrito antes que las notas y las citas, dejando a ambos lados de aquel ancho margen para estampar unas y otras *a posteriori*, y en seguida el autor había puesto manos a la obra, intercalando sin ton ni son cuanto latín añejo encontrara en los armarios de su biblioteca; por manera que así como hoy las notas son para los escritores de conciencia los estribos invisibles de sus libros, de igual manera para los ilustres majaderos que nuestros abuelos reconocían como admirables ingenios, los libros no eran sino el andamio de su ignorancia y su pedantería. Otro sistema recomendaba Gil Blas, y era el de cierto amigo que publicaba sus obras arrancando a la ventura una o dos hojas a un centenar de libros y poniendo a cada cual la nume-

ración y el nombre de un capítulo, dándolas inmediatamente a luz con el título de *Miscelánea* u otro parecido...

No haremos, por tanto, lo uno ni lo otro en estas humildes hojas, trazadas casi siempre a la carrera, «con el pie en el estribo» y que van ligeras más allá de los mares en demanda de benévola, pero efímera publicidad. Escribimos sólo, a medida que la tela pasa delante de nuestra pluma, unas cuantas reminiscencias, despertándolas de los rincones de la imaginación en que yacen dormidas como los pajes del obispo Villarroel en la noche del «temblor de mayo»; comunicaremos a nuestros amigos las impresiones recibidas al pasar en la locomotora de los viajes, agruparemos unos pocos nombres más o menos conocidos, y todo esto honradamente, sin intención de daño ni alabanza; como quien estando en guerra de derecho habla de trinchera a trinchera con un antiguo camarada sirviendo en opuestos pendones.

Y a fin de hacer más transparentes nuestras impresiones sobre la España literaria actual, allá en el apartado extremo del mundo a que van dirigidas, permítasenos comenzar con el recuerdo de lo que era aquella entre nosotros cuando comenzamos a tener literatura propia y aquélla a perder a girones la suya antigua y magnífica.

Por los años de 1840 a 1845 todo era español en Chile, en materia de inteligencia, de estudios, de libros, de textos; hasta las plumas de ganzo y el papel florete... El insigne literato español (que allá llamábamos *gallego* porque era andaluz) (1) don José Joaquín de Mora inició esta especie de contrarrevolución intelectual, después del trascendental trastorno de 1810, fundando por el año de 1828 el memorable *Liceo de Santiago*. Púsole remate en 1840 el famoso tipógrafo Rivadeneira (2), reim-

(1) Había nacido en Cádiz.

(2) Fué el impresor más tarde de la célebre colección de *Antares Españoles*. Residió en Valparaíso. Las ediciones de Rivadeneira constituyen la época de oro de la tipografía chilena.

primiendo en Valparaíso, con los mismos tipos que dan vida a estas cartas, en ediciones admirables de corrección y de limpieza, algunas de las obras más populares de la Península, como las de Larra y Espronceda. Todo era, en consecuencia, peninsular en el dominio de la literatura. Españoles los maestros, españoles los libreros, españoles los autores, porque se enseñaba. Eran los grandes días de Hermsilla y Gil y Zárate, de Salvá y de Balbuena.

El teatro era también eminentísimamente español. Palpita todavía dentro de mi pecho la emoción profunda con que, trémulo en la dura banca del teatro de la Universidad, vimos por la primera vez, hacia el año de 42, representar a Jiménez el *Pelayo* de Quintana. Parécenos aún ver su bruñida armadura y su penacho de negras plumas y sus manoplas y su acero. Quién no asistió entonces alguna vez a la *Conjuración de Venecia* de Martínez de la Rosa, cuando nuestro compatriota Alonso subía al patíbulo exclamando en cada grada: «¡Laura! ¡Laura!» Quién no volvía al colegio repitiendo el *Más, se engaña, vive el cielo!* del *Mazanielo* de Gil y Zárate o las trovas ardientes del *Macías* y de los *Amantes de Teruel*? ¿Quién no se llenaba la boca con las peroraciones de Olózaga en los cafés y con las arengas fulminantes de don Joaquín María López en las cortes? ¿Quién no sabía de memoria el *Adiós a Silvia* de Arriaza y los repetía en todas las ausencias? . . . ¿Quién, allá en los días del estío y del feriado, a orillas del estero, bajo la sombra de la patagua o de la higuera, no puso en alguna siesta bajo sus inflamadas sienes el *Moro expósito*, para soñar con los siete infantes de Lara y su vengador Mudarra? ¿Quién no juntaba pacientemente las *semanas* de muchos meses para comprar *La Historia del levantamiento y la revolución de España*, del conde de Toreno, que *Yuste* vendía en tres cuartos de onza? ¿Quién no habría dado un ojo de la cara por ser el amigo de Bermúdez de Castro y pasearse ufano, engarzado de su brazo, en la Alameda? Pues imberbe conocí yo al que hoy ca-

sado con hermosa y rodeada de rubios chicuelos fingió el nombre de aquel poeta para dar mayor dolor y realce a sus conquistas. Fué entonces cuando Zorrilla mereció los honores de que sus obras fuesen publicadas por entregas (gran innovación en nuestro arte tipográfico) y que, a la par, la imprenta del *Progreso* hiciese una edición de lujo del *Protestantismo* del ilustre Balmes.

En cuanto a lo que no viniera en cajones y baúles de la Península, era fruta vedada para nosotros. Recuerdo que para un curso de veinte o más alumnos de metafísica sólo había un texto de Jerusey, y de él íbamos copiando cada cual llegándole el respectivo turno.

Eran aquellos los días en que el fervoroso presbítero Irrázaval tronaba desde su púlpito popular contra Voltaire, Montesquieu y Rosseau, y también contra *Lataste*...

Ahora lo que fuera recibir la influencia de la literatura alemana, era ésta como cosa de limbo, y respecto del inglés nos hallábamos poco más o menos como en la época en que cuentan que habiendo llegado a Santiago una carta en este idioma, después de hacerla viajar por toda la costa de Copiapó a Chiloé en busca de un traductor, hubieron de devolverla a Inglaterra sin que nadie acertase a descifrarla. Antonio Nebrisis y don José de Hermosilla eran nuestros reyes, después de haber destronado a los Borbones.

Mas por esos mismos tiempos abriéronse casi a la vez dos puertas a la luz. Por el oriente llegaron los emigrados argentinos, empapados hasta la médula de los huesos en la corriente deslumbradora de las ideas francesas que hasta hoy dominan soberanas en el Plata como en caso propio. Por el poniente, (circunstancia al parecer efímera, pero en el fondo de trascendencia colosal) establecíase la carrera de vapores del Pacífico, que nos ponía al habla, breve y directa, con la Inglaterra y con la Francia.

Comenzaron entonces a llegarnos en abundancia libros extranjeros, y especialmente del último país. M. Portey abrió su librería en la calle de la Compañía y M. Gerard en la de Ahumada.

Don Narciso Cueto hizo viaje expreso para llevarnos las obras más recientes a su librería, esquina de la plaza y la Merced.

Llegó a poco Vendel Heyl, y su enseñanza acabó de adelantar la revolución literaria que había iniciado el ilustre Bello. *El Semanario de Santiago* es la aurora de esta regeneración en nuestras incipientes letras. Poblóse entonces el teatro de producciones francesas y ya no gustaba Breton por Víctor Hugo, ni Hartzzenbusch por Dumas. El mismo Bello, a pesar de su rigidez escolástica y de sus venerables canas, tradujo como un mozalbete a *Teresa* y escribía con sus imberbes discípulos en el *Crepúsculo*. La escuela romántica nacía en pañales de oro.

Vino después Bilbao, como el deslumbrador vocero de Lammenais, y su condenación por el jurado formó la aureola de la nueva secta.

Fué aquella la época de los suspiros y las palmas, del capus y de los bichos, de la sombra fatal y las melenas. Todos llevaban éstas a cual más espesas, y con sólo encresparlas los domingos ganó en tres años cien mil francos el peluquero Herau, con los que compró una hacienda de viñas cerca de Burdeos.

Dos libros grandiosos acabaron de consumir ese trastorno, porque no sólo fueron leídos, sino devorados por la juventud: el *Libro de los oradores* de Timón y los *Girondinos* de Lamartine.

Hágase una estadística de los estantes de Santiago, y sería casi seguro que esos libros no faltan ni aun en los más pobres. La revolución de 1848, hija en gran manera de las páginas sublimes del último de aquellos portentos, fué para nuestros cerebros la antorcha de aquella luz de profundas mudanzas que

desde fines del último siglo habían columbrado, más allá de las brumas del océano, algunos de nuestros abuelos.

No es posible ocultarlo: la influencia de la literatura francesa nos emancipó de la rutina. Don Andrés Bello, que no había pisado un solo día el suelo de la Península, inició esta cruzada con sus textos de enseñanza, tan brillantemente continuada por sus malogrados hijos. Lastarria siguió sus huellas y casi se puso a su altura como propagandista y como maestro. Después cada cual arrojó su piedra al edificio común. Martín destruyó con su texto de ética a los peripatéticos. Donoso puso en paz a Devoti y Cavalario, que se andaban a mojicones en la cabeza de los pobres estudiantes. Diego Barros ha escrito un nuevo curso anti-español de literatura. En una palabra, nuestra independencia intelectual estaba consumada cuando se oyó el tiro que mató a Pareja, como cuando muriera con parecido fin su antecesor dal mismo nombre, la independencia territorial entraba en su primer período de vida.

¡Y bien! Descendiendo ahora de la región de las reminiscencias a que habíamos remontado el vuelo con amor, para tocar en el terreno de nuestras actuales sensaciones, ¿qué encontramos de aquella antigua grandeza literaria de España, resplandor que iluminó los primeros albores de la nuestra? ¡Ay! sólo sombras, ruina y el más profundo cuanto melancólico desengaño.

Ya lo había dicho antes que nosotros el inmortal poeta español cuya dolorida pero sincera estrofa hemos puesto de significativo epígrafe a esta carta. Ya lo había dicho el escritor osado que sostuvo con indudable exageración que España no había tenido sino un siglo, un rey y un libro, cuyo era el Quijote. Ya lo había dicho, por último, con amarga y casi sangrienta ironía el más ilustre de los prosistas modernos de la España, cuando con su lúgubre carbón iba Larra escribiendo en la fachada de los edificios públicos de Madrid la impotencia de su suelo; y en la puerta del teatro: «Aquí yacen los ingenios es-

pañoles» y en la de los ministerios: «Aquí yace media España, murió de la otra media».

Sí: como literatura original, vivificadora, manifestación animada del genio o la virilidad nacional, y susceptible por tanto de irradiarse hacia el exterior, la literatura española está muerta y sepultada. Ha perdido su corona, su senda, sus obreros. Así como en esas portentosas vías con que los romanos surcaron todo el territorio del viejo mundo sujeto a sus águilas, sólo quedan hoy de pie sus piedras milenarias Mariana y Lópe, Calderón y Herrera, Cervantes y Rioja, Alarcón y para nosotros, humildes espumadores, el más grande de todos los escritores españoles en el presente y los pasados siglos; el que fué a su vez el Rabelais y su Voltaire; el que no ha tenido ni tendrá tal vez imitadores; don Francisco de Quevedo.

Pero yo no me refiero en mis impresiones de hoy, ciertamente, a esa España de glorias para siempre imperecederas, y que no son sólo glorias propias sino del mundo, y tan suyas como nuestras, porque son de nuestra lengua; ni siquiera al período ya de decadencia pero todavía brillante, que simbolizaban, a principios del siglo Jovellanos, Quintana y el divino Argüelles; ni tampoco a la que no ha mucho tenía por representantes a Alcalá Galiano, a Toreno y a Martínez de la Rosa, cuyas últimas soñolientas lecciones alcanzamos a escuchar en el Ateneo de Madrid, cuando ya sus labios estaban trémulos y los ojos hundidos en las canas (1859). No es tampoco nuestro propósito juzgar a ilustres si bien recientes muertos, como Donoso Cortés, don José Joaquín de Mora y el ilustre Duque de Rivas, arrebatados sucesivamente a las letras españolas en 1863, 64 y 65. Nuestro propósito, si bien superficial y de conjunto, es puramente de actualidad. Por esto no haremos sino inclinarnos delante de (a nuestro juicio) los más grandes nombres del siglo, entre los literatos españoles: Larra, Espronceda y Jaime Balmes, todos arrebatados a su gloria como esas flores que sólo lucen en la palidez del alba y se esconden o pere-

cen con la luz en la alborada lozana de su vida y de su genio. Larra tenía sólo 28 años cuando puso fin a sus días. Espronceda tenía 33. Balmes 38. Ciñéndonos, pues, estrictamente a la actualidad y penetrando en el recinto donde se albergan las más encumbradas inteligencias literarias de la Península, ¿a quiénes vemos sentados en los treinta y seis sillones de la Academia Española? Desde luego a ningún hombre de verdadero genio por la originalidad y el alcance, con la excepción escasa de Bretón de los Herreros, su secretario perpetuo pero que ya no vive sino que agoniza. Entre los otros hay hombres verdaderamente distinguidos, como su actual Presidente Roca de Togores (el conde de Molins), literato de galano decir y de vastísima erudición; como Ferrer del Río, autor de la *Vida de Carlos III* y uno de los mejores críticos a la par que el más gordo entre sus no endeble colegas; el pacientísimo escudriñador Aureliano Fernández Guerra y Orbe, cuya edición del *Quevedo*, en colección de Rivadeneira, es por sí sola un monumento de investigación y laboriosidad literaria, como Puezuela, traductor clásico del Tasso, como Hartzenbusch, en fin, cuyo pequeño cuerpecito (antítesis del de Ferrer) parécenos más apropiado a su verdadero mérito que a su fama.

Pero fuera de esos nombres, ninguno de los que alcanza a constituir una gloria tan alta que rebalse los Pirineos y sea por tanto de fama y autoridad europea, ¿con cuáles figuras se completa el cuadro? ¿Con la de don Eugenio de Ochoa, simple traductor y compaginador de libros ajenos? ¿Con la de don Patricio de la Escosura, cuyo indudable pero desarreglado y versátil talento, no le ha permitido jamás hacer nada acabado? ¿Con la de don Mesonero Romanos, que no ha escrito sino sus artículos del *Curioso Parlante* haciendo del estudio urbano de Madrid su única especialidad literaria? ¿Con el humanista Segovia, el estadista Olivar, autor de una *Cuartilla Agraria*; con el escritor de higiene y textos mil, Monlau? ¿Con los sabios de convención, en fin, que han entrado por la puerta fal-

sa de la política como Nocedal, Olózaga y el mismo González Bravo, cuyo más alto timbre literario es el *Guirigay*, periódico de inicuas e impuras desvergüenzas? Con el mejor título habría entrado en este sentido Villeragas e Igual de Izco.

Para nosotros, y aun que parezca a muchos un desacato, los asientos allí mejor ocupados son los que en los últimos años han correspondido a los más jóvenes de los académicos. queremos decir a don José Selgas y Carrasco y a don Severo Catalina. Y decimos esto porque entre los infinitos escritores de asiento en carga que pululan en España, ellos son los únicos que han roto la barrera de la rutina y escrito algo, con mayor o menor tino, pero con indisputable originalidad. Bajo este mismo concepto merecía una poltrona, con iguales títulos que aquéllos y acaso mayores, Emilio Castelar, otra de las constelaciones que sin usar telescopio pueden verse desde Chile en el nebuloso cielo de la España.

Pasemos de la academia al teatro. ¿Cuáles son sus grandes ingenios, sus maestros, sus fundadores de escuela? La misma esterilidad, igual e irremediable desaliento. En los más notables y de mayor fama se ve lucir un vívido lampo, y después denso manto de sombras vuelve a enlutar la escena. Así, García Gutiérrez, que va a tener en breve sesenta años, se ha quedado desde su magnífico estreno de 1836 con solo su admirable *Trovador*. La fama de Camprodón no ha pasado de *Flor de un día* y la de Eguiluz de la *Cruz del Matrimonio*. López de Ayala saltó del *Tanto por ciento*, su único triunfo de escena, al ministerio de Ultramar, como Catalina había recibido por su *Mujer* otra cartera. Por último una de las más floridas esperanzas del teatro español, Florentino Sanz, decorado por la pereza propia y el desmayo de todo lo que le rodea (enfermedad española como la capa) se ha escondido del mundo y olvidándose en mala hora que fué el autor de don Francisco de Quevedo.

A la verdad, fuera de Mariano Luis de Larra, que ha heredado algunas fulgurosas chispas de la centella de su padre, sobrepujando en juicio y laboriosidad, y sin unos dos o tres principiantes, más o menos de sus fuerzas, el teatro español estaría hoy entregado a las incípidas *doloras* pretenciosamente clásicas de Campoamor (la última ha sido sobre la guerra entre Francia y Prusia) y a los dramones por el estilo de *Don Juan Tenorio* de Zorrilla.

Y digamos aquí de paso que esta última pieza, según una singular costumbre, ya inveterada en España, se representa en todos los teatros en la noche del día de difuntos, a título de *drama religioso*.

Así, al menos, lo anunciaron el 2 de noviembre último todos los carteles, desde Pamplona, donde la vimos asesinar, hasta Cádiz, en cuyos cinco teatros se dió a la vez. Apuntemos también aquí que Campoamor y Zorrilla son miembros de la Academia Española, bien que el último, cuya ausencia de España ha durado dieciocho años *no ha querido* ha su vuelta recibirse.

Digamos ahora dos palabras sobre los novelistas.

Los más leídos, aquí como en Chile, son Fernández y González y Pérez Escrich, y tanto lo es este último en nuestra tierra, que hemos visto en Madrid facturas enviadas por un inteligente librero de Valparaíso, en que, a cajón cerrado, pide se le envíen por vapor ejemplares de toda obra que este autor publique.

No abriremos, empero, juicio sobre estos escritores, porque confesamos no haber visto de algunos de sus libros sino la carátula: pero personas que conocen a ambos suponen al primero ya completamente agotado por el uso de los estimulantes, el pesar de una tenaz ceguera y otras tristes dolencias...

Pérez Escrich, al contrario, vive ordenadamente en un pequeño pueblo llamado Pinto, a media hora de Madrid, y encuentra solaz y labor para sus páginas místico mundanas.

Me han asegurado que la producción suya de que vive más ufano es de la del *Mártir del Gólgota*. De igual opinión, parécenos, serían sus lectores de Chile si las llamasen a escrutinio.

J. V. Lastarria

EL ORIGEN DEL MOVIMIENTO LITERARIO DE 1842

En una de sus *Cartas de Guadalete*, he leído que usted dice «que por los años de 1840 y 1845 todo era español en Chile en materia de inteligencia, de estudio, de libros, de textos; y que el insigne literato español don José Joaquín de Mora fué el que inició esta especie de *contrarrevolución intelectual*, después del trascendental trastorno de 1810, fundando en 1828 el memorable *Liceo de Santiago*». Haciendo la historia de esta desgraciada reacción, sostiene usted que Antonio Nebrisensis y don José Hermosilla eran nuestros reyes después de haber destronado a los Borbones, y que su desaparecimiento se ha debido a la revolución literaria iniciada por el ilustre Bello, y acompañada de dos acontecimientos al parecer insignificantes, la llegada de los emigrados argentinos y el establecimiento de la carrera de vapores en el Pacífico. «No es posible ocultarlo, exclama usted la influencia de la literatura francesa nos emancipó de la rutina. Don Andrés Bello, que no había pisado un solo día el suelo de la Península, inició esta cruzada con sus textos de enseñanza, tan brillantemente continuada por sus malogrados hijos. . . »

Nada más inexacto que todo esto. Usted ha hecho una innovación a la prusiana en la historia literaria de su país, como las que ha solido hacer en su historia civil: pues precisamente don Andrés Bello es el corifeo de la *contrarrevolución intelectual*

que usted atribuye a Mora, y éste es uno de los que años anteriores habían iniciado la cruzada literaria que usted cuelga a don Andrés.

Esa cruzada literaria principia, señor Vicuña, en 1826, con M. Lozier, sabio académico francés, puesto entonces a la cabeza del Instituto Nacional. Es cierto que este sabio francés, perdió en poco tiempo su puesto porque los alumnos, acostumbrados a la férula se revolucionaron contra el Rector que venía a tratarlos con afabilidad y dulzura: pero afortunadamente en ese corto tiempo prendió la luz en las inteligencias elevadas de ciertos jóvenes distinguidos que, merced a su posición en el Instituto, pudieron realizar el movimiento impreso por el noble académico. Así es que en 1827 ya se desterraba del Instituto al Nebrisensis, y don Pedro Fernández Garfias iniciaba la enseñanza del latín por Lhomond publicando su librito de *terminaciones latinas, sacadas del Rudimento de Lhomond según el método de Ordinaire*: su traducción del método de enseñanza de las lenguas por J. J. Ordinaire, su librito de *Nomenclatura*, su *Manual del Monitor* o tabla analítica de las materias de gramática latina de Ordinaire, y su *Suplemento a la segunda parte de la gramática latina del mismo*.

Al propio tiempo, para desterrar a Lugdunense de las aulas, y el *Tractatus de relógica, metaphisica et morali, profiliis et alumnis instituti nacionalis Joacobo Politano erudicudis de don Joanes de Egaña*, don J. Miguel Varas, publicaba en 1828 las *Lecciones elementales de moral*, y a los pocos meses, en unión con don Ventura Marín, ambos profesores del Instituto, daba a luz sus elementos de ideología.

Este movimiento de la enseñanza en el Instituto, que no se limitaba al latín y a la filosofía, y que se extendía al estudio de la literatura por H. Blair, del derecho natural y de gentes por Burlamaque y Vattel, de la Economía Política por Say, etc., era paralelo con el que iniciaba en 1829, en el Liceo de Santiago, don José Joaquín de Mora, y al mismo tiempo con

el que fomentaban los franceses que fundaron en aquel mismo año el colegio de Santiago.

Para que usted se persuada de que no es Mora el autor de la reacción literaria española, no tiene más que ver el plan de estudios del Liceo, en el cual por primera vez en Chile aparecen los estudios de humanidades divididos en cinco años y basados sobre los estudios científicos que dirigía don Andrés Boreba. Al mismo tiempo que se enseñaba la gramática latina no por Nebrija sino por Mora, el francés, la geografía, la historia, la literatura francesa y la española, la gramática castellana, la filosofía por las inmortales lecciones de Laromiguiere, se enseñaban las matemáticas, desde la aritmética hasta los cálculos diferencial e integral, la física, incluyendo la óptica, que en el día no se enseña en el Instituto la química y la astronomía. Las lecciones de elocuencia y de literatura, las de gramática y de geografía, así como las de derecho se hacían por textos escritos expresamente por el mismo señor Mora, que habiendo completado su educación en Inglaterra, introducía por primera vez en la América las doctrinas de Benthan, en el derecho, y dejaba muy atrás todas las reminiscencias españolas en la enseñanza literaria.

Como no tengo el ánimo de hacer en esta carta la historia de nuestra enseñanza, me limitaré a indicar a usted que todo aquel gran movimiento de progreso y de emancipación de la inteligencia comienza a declinar con la presencia de don Andrés Bello en nuestras aulas hacia el año de 833, al revés de lo que usted asegura. Entonces aparece el derecho romano como estudio forzoso, y el señor Bello lo enseñaba por Vinnio, tal vez porque Mora había dicho que: «la preferencia dada a Vinnio en las universidades españolas prueba el perverso gusto que dirigía en ellas los estudios jurídicos. Vinnio es un disputador eterno, un compilador de mal gusto. Heinccio es un expositor claro y luminoso, profundamente sabio, pero templado en el uso de la erudición». Mora enseñaba, en su curso de derecho

del Liceo una idea exacta y compendiosa de la legislación romana, «hablando históricamente como habla Heinecio, decía él, no como otros juristas, transportando lo que fué entonces a lo que es hoy día», en tanto que Bello nos implantó el curso de dos años por la instituta y por el Vinnio, y dió la preferencia en derecho civil, al Pavorde Sala, y en literatura a don José de Hermosilla, y concluyó por inspirar aquel furor en que todos se consagraron al estudio de los clásicos españoles, y al de otros que estaban muy lejos de favorecer el desarrollo democrático y la emancipación de la inteligencia.

Así, pues señor Vicuña, esa revolución literaria que usted encontró triunfante en 1840 es la obra de don Andrés Bello y no la de Mora: y si hubo alguno que se escapara de ella fué precisamente Lastarria, a quien supone usted siguiendo las huellas de don Andrés Bello, cuando como discípulo predilecto del gallego, no ha hecho otra cosa que trabajar, como éste, en llevar a término aquel gran movimiento progresivo de 1828. La emigración argentina, cuya influencia usted falsifica se espantó entonces del retroceso de nuestra educación, y no fueron, pues, los discípulos genuinos de Bello los que vindicaron nuestras letras del desdén de los emigrados, sino los de Mora y los del Instituto Nacional, a quienes había alcanzado el impulso de Lozier.

Por ahora, basta con estas reminiscencias, que son exactas y que están comprobadas por la prensa de la época. No es posible, señor Vicuña, que un historiador venga a cambiar los papeles, como usted lo hace, ni es justo que usted venga a apoyar y autorizar las falsedades que en estos últimos tiempos han comenzado a propalarse sobre la historia de nuestra enseñanza y de nuestro desarrollo literario, atribuyendo el progreso a hombres y sucesos que, si no lo han contrariado no tienen en él la parte que se les da tan generosa, como falsamente.—
Un profesor del Instituto.

J. V. LASTARRIA.

(«El Ferrocarril»), Santiago, febrero de 1871.

Guillermo Feliú Cruz

La literatura histórica chilena

NOTAS SOBRE SU DESENVOLVIMIENTO

SUMARIO: I. La Universidad y la historia nacional.—II. La tendencia hacia el historicismo.—III. Las guerras de Arauco y la capacidad guerrera de los araucanos.—IV. La glorificación del araucano por el español. El patriotismo del criollo y del mestizo.

I.—LA UNIVERSIDAD Y LA HISTORIA NACIONAL,



UNQUE el movimiento literario de 1842 no dió vida a la Universidad de Chile por haber sido ella concebida en virtud del Decreto Supremo del Ministro de Instrucción Pública, Mariano de Egaña, de 17 de abril de 1839, es una curiosa coincidencia que la ley de su fundación sincronice con el año del despertar de los espíritus jóvenes nacionales en busca de nuevos horizontes para crear una forma, hasta cierto punto propia, de una literatura chilena.

Lastarria, en efecto, pronunciaba la oración inaugural de la Sociedad Literaria el día 3 de mayo, y en ese discurso había fundamentado los elementos que debería tener la nueva literatura, y seis meses más tarde, el 19 de noviembre, promulgábase la ley que creaba la casa universitaria, a la que debería corresponder la dirección de la enseñanza en cada uno de sus tres grados, en especial de la profesional, y la atención del desen-

volvimiento científico y literario, desde el académico. Un año más tarde, el 17 de septiembre de 1843, la Universidad abrió sus puertas y se proclamaba, de acuerdo con su estatuto orgánico, «protectora de las letras y ciencias» en Chile, atrayendo hacia su seno la corriente impulsadora del movimiento literario. Los más destacados fautores de este memorable hecho cultural, pasaron a formar parte de la nueva corporación docente y académica. Carlos y Francisco Bello, Antonio García Reyes, José Victorino Lastarria, Rafael Minvielle, Juan Ramírez, Salvador Sanfuentes, Domingo Faustino Sarmiento, Manuel Talavera, Antonio Varas, José Joaquín Vallejo y Manuel Antonio Tocornal, fueron designados miembros, los primeros, de la Facultad de Filosofía y Humanidades, y, el último, de la de Leyes y Ciencias Políticas, en 28 de junio de 1843.

Desde entonces, en la casa en que va a enseñarse el magisterio de Bello, el movimiento literario se canaliza en forma más permanente y recibe un aliento más vital que el que podía inspirarle la Sociedad Literaria, nacida de una bella y generosa iniciativa particular, debida a las ilusiones de un grupo de jóvenes de verdadero talento, y al concurso que a ese movimiento podía prestarle, para la difusión de las producciones de los nuevos escritores, un periódico como «El Semanario», que se encontraba expuesto a las contingencias de las suscripciones ocasionales de aquellos mismos jóvenes altruistas, pero ordinariamente divorciados de la fortuna y ni siquiera con el de un mediano pasar. La tribuna universitaria, en cambio, tenía más amplia resonancia, otorgaba más prestigio por su antecedente oficial y de cuerpo sabio, y los «Anales» de la corporación en que irían a vaciarse los estudios de los nuevos escritores, les prometía una expansión más allá de las fronteras nacionales. Los concursos, los certámenes, los premios por los temas designados por el Consejo de la Universidad y las Facultades, debían acrecer el brillo y la fama del escritor favorecido, y darle al trabajo literario una seriedad que lo ponía a salvo de las dis-

tinciones caprichosas de las capillas y comparsas de las letras. Así, la Universidad controló el movimiento de 1842, y a ella se debe el nacimiento de algunos géneros literarios en la literatura naciente. La jurídica, que ya tenía una tradición en la colonia, renació al impulso sostenido de este Instituto y por obra del propio Bello ensanchó su esfera; la novela se desenvolvió al amparo de sus certámenes, y la poesía, y la música, y las bellas artes, cual más, cual menos, encontraron en la corporación un soplo de vida, que las alentó en sus primeros débiles pasos. Sólo el teatro fué ajeno a las preocupaciones de la Universidad; si él no cayó dentro del rol de la influencia del docto cenáculo, indirectamente, al estimular los géneros literarios afines, le consagró rango en las letras nacionales, orientándolo por la crítica ejercida por el mismo Bello, por sus traducciones de esta naturaleza y por el aporte original que le dieran Carlos y Juan Bello y Rafael Minvielle, miembros del cuerpo. El teatro ya entonces, por otra parte, tenía vida más propia que cualesquiera de las otras categorías de la preceptiva.

Ningún género de la literatura chilena de este período iba a adquirir un desarrollo más considerable que la historia, sin embargo, fué la creación genuina de la Universidad en el siglo pasado, hasta convertirlo en el más sólido de todos, si acaso no siempre como alta manifestación de sentido artístico, al menos como trabajo de verdadero valor científico y de profunda sabiduría.

Los fundadores de la historiografía nacional fueron todos miembros de la casa de Bello: Diego José Benavente, por ejemplo, formaba parte de la Facultad de Leyes y Ciencias Políticas, y por sus años, sus antecedentes, sus servicios al país y hasta por sus tendencias, pertenecía a la generación que en los campos de combate había dado su sangre por el ideal emancipador y contribuido después a organizar la República, debatiendo los principios de la nueva aurora en el periodismo, en las asambleas legislativas, o imponiendo el credo de la reforma desde las al-

turas de un ministerio de Estado. Los otros cuatro fundadores de este género eran hombres de su generación, eran los secuaces del movimiento literario, y se iniciaban en la vida pública por primera vez como funcionarios, como políticos, profesores, periodistas, escritores y oradores, a quienes la Universidad les destinó un lugar destacado en sus tareas, Lastarria, Tocornal, Sanfuentes y García Reyes, pertenecían a la primera generación de hombres que lanzó la República, cuando ya ésta se hubo consolidado después de Chacabuco. Han nacido, precisamente, en 1817, y junto con otros, como Antonio Varas, José Ignacio, Víctor Eyzaguirre y Francisco Solano Astaburuaga, van a servir al país con la conciencia de su responsabilidad, y persuadidos de su misión histórica como hijos del primer fruto de la libertad republicana.

A partir del nacimiento de la historia nacional como creación de la Universidad, y como el nervio más sólido de la literatura chilena en el siglo XIX, la crítica va a destacar esta característica de nuestras letras. Ya Menéndez y Pelayo sintetizó así el juicio que tal hecho merecía, cuando dijo refiriéndose a ella: «No hay rincón de su historia que los chilenos no hayan estudiado, ni papel de sus archivos y los nuestros que no impriman e ilustren con comentarios. Chile, colonia secundaria durante la dominación española; tiene historias más largas que las de Roma, por Curtius y por Grote». Pero el impulso dado por la Universidad al florecimiento de la historiografía, no era otra cosa que la reanudación de la tradición colonial, es decir, iba a unir el eslabón roto de la simple crónica con una historia más depurada, más bien investigada, sometida a una severa crítica de fuente y antecedentes. Tanto en los tres siglos en que dominó el imperio de España en Chile, como en los años de la República que se alcanza hasta 1842, y en todo el resto de ellos la forma primitiva del conocimiento del pasado, la crónica, y la historia científicamente cultivada serán la columna vertebral del pensamiento chileno. ¿Cuál es el ori-

gen de esta tendencia que deriva hacia el historicismo? ¿Cuál es la causa de esta vocación? ¿El genio nacional tuvo especial aptitud para esta clase de estudios?

II.—LA TENDENCIA HACIA EL HISTORICISMO.

He aquí una materia que es previo esclarecer antes de considerar el desarrollo de la historiografía moderna, porque la base de su tradición se encuentra enraizada en la del período colonial, y es conveniente por ello puntualizar el asunto. En efecto, la crónica histórica aflora en Chile en el momento mismo en que su territorio y sus hombres entran en el escenario del gran drama de la empresa española del descubrimiento y conquista de América, casi en la primera mitad del siglo XVI. La expedición de Almagro, planeada para el descubrimiento, conquista y colonización del país de una manera definitiva, fué, por las circunstancias en que se desenvolvió, un hecho puramente transitorio, sin consecuencias. Apenas si fué un viaje de reconocimiento, que dejó una experiencia de amargura y de desaliento en cuanto al objetivo de ella, pero que hizo vislumbrar a las mesnadas de Carlos V, la existencia de un pueblo indómito más al sur del río Maule, donde el resultado de un combate, en la batalla de Reinogüelén, quedó indeciso. Los tercios de Almagro que entraron en esa acción, al mando de Alvarado quedaron humillados: era la primera vez que no vencían. La expedición, con todo, tuvo un cronista. Se llamaba Cristóbal de Molina, y era natural de Huete, cerca de Leganiel, en España. En la «Conquista y Población del Pirú», ha trazado en un cuadro enérgico, de colores muy vivos, los horrores de esa aventura. Su visión de los hechos que presencié está deformada por su espíritu cristiano y apostólico, que le hace ver en las actitudes de los castellanos, crueldades tremendas. Pero el tono de su voz es impresionante. Las penas y los sufrimientos de los soldados expedicionarios al internarse

en vastas, dilatadas serranías, al ascender las montañas de los Andes cuajadas de nieves eternas en el corazón del invierno, al paso de ríos desbordados en la época de los deshielos cuando éstos se desbocan como en una catarata loco, son dramáticas escenas que animan la prodigiosa aventura, y que confirman el temple de la psicología del conquistador. Los indios yanacunas, los de servicio, han encontrado en el cronista el apologista desinteresado de sus martirios. Ha descrito la muerte desgarradora de ellos cuando caminaban por los senderos cordilleros apenas hollados por el hombre, con las cargas a cuestras, sangrantes los pies heridos por los punzantes guijarros, entumidos por el frío, semidesnudos y enloquecidos por el dolor, la fatiga y el recuerdo de los lares que dejaban atrás. Los ha visto amarrados en sargas para que no pudieran huir, y arrastrar en la caravana a sus compañeros caídos, «porque para no mella el filo de las espadas en el cuello de los difuntos, era de más cuenta hacerlos seguir a los vivos hasta que la cabeza se desprendiera del tronco». Y mientras seguía su paso el fatídico desfile, el olor de la carne putrefacta llamaba a los cóndores desde las alturas increíbles de los picachos. Volaban describiendo círculos muy amplios al principio, luego más cerrados, hasta tocar el grupo, para huir, en seguida, despavoridos, o bien, con el trozo de un miembro humano, arrancado con un certero picotazo. Allí quedaban, a la distancia, saciándose con la presa.

He aquí un dato que revela lo que valía el concepto humano de un indígena. La hueste que se movilizaba lleva en sí las primeras formas de un pueblo futuro, todo lo más indispensable va con ella para echar la base de una ciudad rudimentaria, por entonces. El hierro es para esos hombres tanto o más apreciado que el oro: los animales, como los caballos, son la base de toda empresa de conquista. A la expedición, seguían algunas yeguas preñadas. Los potrillos que nacían en el áspero trayecto eran conducidos en hamaca por los indios yanacunas,

y se les sometía a un cuidado mucho más vigilante que aquel que no alcanzaba al pobre indio. Todavía, a veces, su cadáver servía para algo. En la noche el frío glacial cortaba las carnes en el desierto, cerca del macizo andino. Allí sopla un viento que se adentra en el cuerpo como la clavadura de miles de miles de agujas, insensibiliza los nervios hasta el punto de que un español—su nombre lo recuerda el cronista—al buscar reposo en la noche, cuando va a sacarse en su tienda los borceguíes, aterido, yerto los miembros, se le desprenden los dedos de los pies, sin darse cuenta del atroz desgarramiento. Pero este soldado tenía tienda, un abrigo siquiera. Los indios de servicio hasta de ello carecían; debían dormirse a campo raso. El viento gélido les adormecía las carnes, y para protegerse de esas fatigas buscaban refugio parapetándose en los cercos de cadáveres, que levantaban para contener el ímpetu desolador de la ráfaga.

III—LAS GUERRAS DE ARAUCO Y LA CAPACIDAD GUERRERA DE LOS ARAUCANOS

Ese es el cuadro del paso de Almagro en su expedición a Chile. Caben otros sangrientos todavía, que son ya en su especie, de un género común a los otros de la conquista de América. Sin embargo, el cronista Cristóbal de Molina debe ser considerado como un narrador aislado en la historiografía colonial de Chile, aunque participe de las cualidades y defectos de los que posteriormente deberán seguir su huella, como un impulso irresistible del sino. ¿Qué es lo que mueve, lo que decide a soldados ordinariamente incultos y a frailes presuntuosos de sabiduría teológica, con más o menos letras, a tomar la pluma para narrar la historia de la conquista de Chile? En la crónica dejan constancia, casi siempre, de la mala ventura de las armas españolas, de sus reveses e infortunios. Es como si quisieran reconocer la superioridad del indígena y la impotencia de

las orgullosas armas españolas para concluir dominando a los bárbaros. ¿Qué es entonces, lo que lleva a soldados, frailes y letrados a recordar este pasado? Es el grandioso espectáculo de las guerras de Arauco, en primer término. Sin darse cuenta del significado de ellas, de lo que en sí misma entrañaban, percibieron vagamente que en ese fenómeno había algo más que una sucesión inacabable de hechos de armas, que ellos no supieron explicar, pero que, inconscientemente, se les representaba como algo extraordinariamente superior. La intuición, sin que se expresara por un razonamiento y bajo formas sólo admirativas, comprendió el choque de las dos razas que se enfrentan en esta lucha sin paralelo en la historia de la conquista de América. La sensibilidad del conquistador, por atrofiada que la supongamos para apreciar el espectáculo de estas guerras, en las que fué generalmente actor, rebotó de nuevo al considerarlas como un hecho insólito, sin precedentes en la historia militar española, sobre todo cuando la fama de su infantería corría por la Europa como la de una leyenda envuelta en la noción de lo invencible y de la victoria. Ahora era un pueblo salvaje quien detenía su ímpetu y quien ponía a raya los designios de su misión civilizadora. Los sentimientos caballerescos de la casta militar se inflamaron de respeto hacia ese pueblo, y la hidalguía que anidaba en los letrados y frailes, fué parte a destacar el heroísmo de esa raza, hasta llegar, a veces, a desfigurar su verdadera historia, exagerando sus cualidades y transformando a sus hombres en héroes como los de Ariosto.

El pueblo mapuche, en plena vivencia de sus extraordinarias condiciones psíquicas, en el instante en que va iniciarse el duelo con el español, no era tan simplemente una horda de salvajes ni había alcanzado tampoco un grado de civilización superior. Estaba casi en un punto intermedio entre esas dos etapas culturales, y acaso en algunos aspectos, como en el militar, por ejemplo, por su excepcional capacidad para la guerra, dejado atrás a los más avanzados. La mente objetiva y

realista del castellano sorprendió en el acto lo que había de permanente en la psicología mapuche: el amor a la libertad, bajo las formas más precarias de organización social y religiosa, le hirió desde luego; del mismo modo, el cariño a la tierra por ellos conquistada, hacía por lo menos ciento cincuenta o doscientos años, no dejó de llamarles la atención en un conglomerado social donde el espíritu de familia, por lo menos en el hombre, parecía no haberse desenvuelto demasiado a causa de las preocupaciones militares y guerreras. Pero en el espacio de tiempo secular en que se habían asentado en la tierra, ya la habían hecho su patria y la sentían como tal. Habían venido de las regiones pampas, atravesando la cordillera e introduciéndose como una cuña entre el Biobío y el Toltén, quebrando la unidad cultural,—en ningún caso de la raza—que aquí en esa región existiera. Dominaron hasta la ribera norte del Maule y prolongaron su influencia hasta un poco más al sur del Toltén. No era un gran territorio ni el mejor dotado para hacer prosperar un pueblo que no hizo del trabajo una escuela sino en aquella parte que estrictamente le demandaba su subsistencia.

Luego debían observar los españoles que los mapuches a quienes generalizando ampliamente Ercilla llamó araucanos en un sentido literario antes que etnológico, poseían una imaginación militar y una voluntad guerrera, cuales hasta entonces no habían conocido. La imaginación, los hizo apropiarse de la táctica y de la estrategia española en lo que de ellas podían utilizar; la voluntad les hizo cometer prodigios de heroísmo, de resistencia física y moral. Valdivia fué el primero en percibir el genio creador del araucano en lo tocante a los asuntos militares. Su juicio, como soldado que había combatido en Flandes a las órdenes de Enrique de Nassau, y en Italia bajo las del Marqués de Pescara, es de considerable importancia. El capitán extremeño asociaba la manera de pelear de los araucanos con la de los tudescos, según lo expresaba en una carta a Car-

los V. De no haber perfeccionado su táctica guerrera después de Reinogüelén, Quilicura y Andalién, la resistencia araucana se habría derrumbado como cayeron, una a una, la de los otros pueblos de América, y el heroísmo, la fortaleza para resistir dolores y sacrificios corporales, no habrían sido más que un largo e inútil martirologio. Desde la muerte de Valdivia en Tucapel ya saben los soldados españoles que la guerra en que se encuentran empeñados es diferente de todas aquellas en que han actuado en la conquista del mundo de Colón. Por primera vez el araucano utiliza el sistema de escuadrones sucesivos, según las instrucciones de Lautaro, y el caballo entra en juego al servicio del indígena, manejándolo tan diestramente como sabían hacerlo los españoles. Cuando se convenció, que, debido a las armaduras, y frente a las espadas de los castellanos, la honda y la flecha, eran de escasa importancia en los combates, perfeccionó la lanza, permitiéndole maniobrar a una distancia que inutilizaba la obra temible de este acero y que abollaba la coraza. Para contrarrestar el poder intimidante del caballo y neutralizarlo en su extraordinaria movilidad, buscó los terrenos en que este animal no pudiera desenvolver su actividad: las ciénagas y las cordilleras escarpadas, y cuando debía luchar en terreno plano, en el cual la ventaja estaba casi siempre de parte de la caballería, ideó el bastón corto o garrote para encabritar o aturdir la bestia. Fué más lejos todavía. Contra la artillería el araucano no tenía nada que oponer. Sus disparos habrían brechas tremendas en los cuadros; pero luego se persuadió de que los cañones o culebrinas no eran tan mortíferos si se consideraba, desde el emplazamiento de la pieza, el alcance de la dilatación de los efectos de la bala. Pues, los araucanos supieron calcular y regular la acción de esta arma, y aun la contrarrestaron de otro modo. Dueños del manejo del caballo y del lazo, tiraban la cuerda sobre el arma y le arrastraban, volteándola: con los jinetes hicieron lo mismo y los caballos quedaban fuera de combate, mediante el uso de las boleadoras

que les quebraba las manos. De los españoles aprendieron la construcción de fosos, y superaron a sus maestros. Los abrían de relativa profundidad y extensión y los cubrían de un ramaje verde de manera que la caballería engañada cayera en ellos. Protegían la retirada tal como lo hacían los castellanos. Ya no pelearían más a campo raso. Las alas de sus ejércitos tendrían apoyo en elementos naturales; un río, una montaña, un bosque, de manera que el obstáculo les permitiera rehacerse después de una derrota, y esto para hacer de ella una victoria, cortándole al enemigo la retirada cuando iba en persecución del vencido. Le dejaban avanzar, internarse en el bosque, repechar la montaña, adentrarse en terrenos accidentados, a fin de irlos cercando con albarradas o fuertes destacamentos de guerreros. Las troneras movibles las perfeccionaron maravillosamente, echándolas sobre los tercios castellanos a la manera de los tanques actuales. Los españoles las usaban para hacer más mortífero el efecto de las ballestas y arcabuces en el centro mismo del grupo araucano; éstos las echaban a rodar para aplastar y reventar las fuerzas castellanos. La infantería montada fué una invención del genio militar araucano. No aprendieron el uso de las armas de fuego, sin embargo. Pero el cronista Diego de Rosales, tan particularmente informado en las cosas de las guerras de Arauco, cuenta que un arcabucero español renegado había comenzado a instruirlos en su manejo, cuando fué apresado por el gobernador Alonso de Sotomayor. Culminaron en la organización del sistema de espionaje. Es esto lo que ha permitido decir al historiador francés Claudio Gay: «La causa de la eterna lucha eran la táctica y el valor de esos hombres invencibles. El número de sus guerreros, en verdad ilustres, ilustres por hechos asombrosos, sin mezcla alguna de sofisma parece increíble; y su táctica era la de Follard, la de los mariscales de Luxemburgo y de Villars y otros autores sobre el arte de la guerra». De sus adversarios dice que «sus enemigos

eran los vencedores de Europa» y que «lo que los españoles no han podido hacer ningún ejército lo hubiera hecho en iguales circunstancias».

IV.—LA GLORIFICACIÓN DEL ARAUCANO POR EL ESPAÑOL. EL PATRIOTISMO DEL CRIOLLO Y DEL MESTIZO.

La admiración hacia ese pueblo encendió antes de mucho la imaginación española. Los más brillantes soldados, los capitanes de Flandes y de Italia, como Valdivia, Francisco de Aguirre, Alonso de Sotomayor, Alonso de Ribera y Alonso González de Nájera, levantaron al adversario a su propia altura, y llegaron a respetarlo. La ráfaga desprendida del heroísmo del pueblo araucano, de la virilidad de su alma, como hecho cierto o simple leyenda, difundióse por España rápidamente después de la publicación de «La Araucana» de Ercilla, y de ese poema épico, el mejor de la lengua, se sucederán otros, henchidos en la glorificación de esa raza extraordinaria, como el de Diego Santisteban y Osorio y Pedro de Oña; y todavía el teatro debía explotar el asunto por intermedio de la pluma de Lópe de Vega, Juan Ruiz de Alarcón y Juan Pérez de Montalvan. La crónica desbordará en la materia por boca de Antonio de Herrera, Luis Tribaldos de Toledo, Cristóbal Suárez de Figueroa y cuantos escribieron en la península, sin conocer de las cosas de Chile. Esta glorificación de la raza araucana por sus propios enemigos, es también un hecho singular, aunque no ajeno al temperamento español noble, generoso e hidalgo, dispuesto a conocer en su contrincante, cuando lo ha vencido o se ha medido con él en iguales condiciones, las cualidades de su heroísmo. El alma caballeresca de Ercilla fué la primera en rendir homenaje a la virilidad araucana y en condenar los horrores de la guerra; más tarde, simples soldados, sin la sensibilidad poética del autor de «La Araucana», harán lo mismo; y frailes y letrados no dejarán de levantar su voz para protestar de los abusos de la

guerra y de la humillación a que son sometidos los defensores de su tierra. La hidalga actitud de Ercilla ha sido considerada como contraria al pueblo español, y no ha faltado quien le haya acusado de exagerado en su apreciación de la obra de los castellanos en la conquista, y de constituir un desdoro para ellos el enaltecimiento de ese pueblo bárbaro. He aquí lo que decía Herder a este respecto en 1830: «¿A qué sentimiento obedecías tú, bravo y buen Ercilla, cuando te propusiste contar las crueldades de tus compatriotas contra los araucanos, tú que habías sido testigo ocular y que no podías desconocer el buen derecho, las virtudes y el valor de los enemigos? El orgullo nacional, una falsa noción de lo que se debe a la patria, a la religión y a la gloria de Europa, te cegaban, mientras que el sentimiento de la humanidad despertaba algunas veces tu compasión y tu simpatía. ¡Cuán borradas debían estar las reglas del derecho y de la justicia para que actos de la naturaleza pudiesen convertirse en epopeyas de la especie humana! Este frenesí duró medio siglo, y en una gran parte de la tierra se celebran aún estos productos, epopeyas en que no se respira más que codicia feroz y fanatismo arrogante».

Así se fué generando en el alma española un sentimiento de admiración hacia el pueblo araucano. Para el criollo, el espectáculo de esa resistencia, el espíritu libertario de ese pueblo, sus virtudes heroicas y su grandeza en las adversidades, lo hizo confundirse con él, creerse su heredero, su legítimo descendiente. Ser criollo o mestizo chileno, era ser hijo de Arauco, y las aptitudes militares de que dió muestras el pueblo, su vigor para sufrir las privaciones de una vida sin aliciente, su fortaleza para luchar en los combates de su historia, la astucia, la habilidad, la inclinación al alcohol y al robo, su mismo patriotismo, todas sus cualidades y defectos, eran los vestigios de la sangre araucana, el ancestro que revivía en las nuevas sábanas sociales formadas por la colonización española. Los hombres que dirigieron más tarde la gesta emancipadora cuando quisieran

exaltar el patriotismo y deseen hablar de los bienes de una República igualitaria, usarán un lenguaje en el que se evoque a la raza invencible. ¡Hijos de Arauco! dirán. ¡Descendientes de Lautaro, Caupolicán y Galvarino!, se llamará al chileno. Y la mujer va a encontrar en Tegalda, Fresia y Guacolda, la más lejana y pura virtud de su patriotismo. El nombre de Lautaro significará el emblema de la libertad.

Había una razón para estas advocaciones, como acaba de verse, y no faltaban aquellas que motivaban la admiración. El cronista Diego de Rosales escribe en su «Historia General del Reino de Chile, Flandes Indiano», estas palabras sugerentes: «el católico celo de los Reyes de España para traer al conocimiento de su Dios a las gentes bárbaras de todo este nuevo Orbe de las Indias y en particular de este Reino de Chile, en cuyos altivos naturales halló luego la predicación del Evangelio el tropiezo a las puertas, dando con ellas en los ojos a los ministros y a los primeros conquistadores y pobladores, haciéndoles fuerte resistencia sus armas y cruda guerra su osadía juzgando que los ejércitos del Rey de España serían como los del Rey Inga, monarca del Perú, que habiendo intentado su ambición el ser obedecido por los chilenos y venerado por hijo del Sol y entrado con cien mil combatientes hasta los Promancaes, no pudo dar paso adelante y le obligaron a dar muchos atrás las armas y furor chileno. Mas, la valentía española, no con cien mil combatientes, sino con ciento y sesenta, penetró toda la tierra y a costa de muchos reencuentros y reñidas batallas pobló ciudades en toda ella, enfrentando al indómito araucano, al imperial altivo y al valdiviano soberbio. Pero en altivez nativa, mal sufrida: su indómita cerviz, nunca sujeta al yugo; su natural inquieto, mal hallado con el nuevo imperio, movió siempre guerra intentando sacudir el yugo y echar de sus tierras al ejército español (aunque pequeño) como había echado de ellas al numeroso del Inga. Y en esta vaga pretensión se han consumido y han consumido más de cuarenta y

cuatro mil españoles (gran número para las Indias donde hay tan pocos) y han obligado a gastar a la Real Hacienda treinta y nueve millones, eternizando su porfía la guerra en Chile y dilatándola por siglos, pues ya ha pasado uno y se va continuando otro desde que comenzó esta guerra con el primer descubridor Almagro, año de 1535, hasta el de 1673, en la que va dando fin el gobernador don Juan Henríquez...» Desde 1673, año en que escribía el padre Rosales, hasta 1810 ¿cuánto dinero y cuántos hombres costó a España la guerra de Arauco todavía? Con razón el cronista llamaba Flandes Indiano a la región donde se desenvolvía esta lucha, y a la verdad que merecía tal nombre, porque es un hecho cierto que el sometimiento de la Araucanía, como Flandes, nunca conquistados, importaron a la corona sus más fuertes y graves desembolsos sin obtener prácticamente objeto alguno.

(Continuará).

El movimiento político de 1842

1.º Al calor de aquel movimiento político que desde 1839 sucedió al régimen letárgico de las facultades extraordinarias, había surgido en la vida social de Chile cierta expansión de los espíritus en busca de otros horizontes más plácidos y serenos que las rivalidades de los partidos. Se hablaba de grandes empresas industriales, de colonizar el sur de nuestro territorio, de abrir caminos y canales, y hasta del cultivo de ciertos conocimientos en asociaciones literarias. Todo esto era bien vago e inconsistente, pero dejaba ver los gérmenes de aspiraciones de cultura y de progreso, en medio de una general satisfacción por la paz y la tranquilidad de que gozaba la República.

Los años que habían transcurrido desde la implantación del gobierno regular, es decir desde 1830 a 1839, no habían sido favorables para este movimiento de los espíritus. Sin embargo, dadas las condiciones del país, la falta casi absoluta de estímulos y de ambiente, no habían sido estériles esos años en ese orden de manifestaciones, en ese período en que el célebre hidrógrafo Fitz Roy levantaba la carta de nuestras costas y daba a conocer en sus libros una buena parte de la geografía de nuestro país, otro naturalista de menos poder, pero de una incansable actividad, don Claudio Gay, recorría por encargo del gobierno todo el territorio chileno y recogía los materiales para la obra que lleva su nombre y que constituye un monumento de perseverancia discreta y bien dirigida. Ese era también el

tiempo en que don Andrés Bello, a la vez que preparaba el código civil escribía sus notables *Elementos de derecho internacional*, y sus sabios estudios de prosodia castellana (ortología y métrica), y excelentes estudios críticos. (1)

Pero ni esos, ni otros libros de menos valor, escritos y publicados en aquellos años, bastan para pretender dar a éstos el carácter de un período de producción literaria. La actividad periodística que siguió a la suspensión de las facultades extraordinarias, vino por otra parte a demostrar el estado de atraso en que a este respecto se hallaba todavía nuestro país. En los numerosos periódicos que se publicaron en los dos años que precedieron a la elección de 1841, es raro encontrar algunos artículos de cierto valor literario por su fondo y por su forma.

Pero ya se dejaban sentir los primeros gérmenes de aspiraciones de esta clase. En algunos de los periódicos de estos años se lee uno que otro artículo sobre la pobreza de la biblioteca nacional en libros modernos y útiles, y se pide al gobierno que la dote convenientemente. Los profesores del Instituto Nacional acordaron, en abril de 1839, celebrar reuniones periódicas para leer memorias científicas o literarias, escritas por ellos mismos; pero esos ensayos, muy modestos, se sostuvieron sólo unos pocos meses. Otra asociación proyectada por los mismos profesores con un objeto más preciso y determinado, no tuvo mejor éxito. Proponíase el estudio de la historia nacional, muy desconocida entonces, a pesar de estar todavía vivos muchos de los principales actores de los grandes acontecimientos de la revolución y se proponía, además, coleccionar relaciones y documentos relativos a nuestro pasado. (2)

Aquella asociación, cuyas diligencias por la recolección de materiales históricos tuvieron muy poco efecto, desapareció sin dejar más huella que la afición por esos estudios que se desarrolló en algunos de los asociados. Como manifestación de este movimiento de los espíritus, recordaremos que en 1839 se construía en el gran patio de la Universidad de San Felipe,

condenada a desaparecer, un teatro que aunque provisional, fué lo mejor que en su género haya tenido Santiago hasta entonces, y subsistió trece largos años en constante servicio,

2.º La absoluta tranquilidad que siguió a la elección presidencial de 1841, vino a favorecer este movimiento de los espíritus. (3)

Entre los numerosos emigrados que las discordias civiles de los otros estados hispanoamericanos arrojaban a nuestro país, había algunos de cierta instrucción que cultivaban, o que podían cultivar las letras con cierto lucimiento. Hemos hablado antes de don Domingo Faustino Sarmiento, argentino originario de la provincia de San Juan, que con una preparación literaria irregular e incompleta, se hizo escritor en Chile, y alcanzó más tarde una alta y justa nombradía. Ligado a éste estuvo don Vicente Fidel López, joven abogado, originario de Buenos Aires e hijo del poeta más celebrado de la revolución argentina. Dotado de una inteligencia fácil, de cierta imaginación y de variada lectura, le había procurado ésta conocimientos extensos, pero superficiales, que hacía valer en su conversación y en sus escritos. Instalado en Valparaíso, comenzó a publicar, con la colaboración de otros compatriotas, desde el mes de febrero (1842) un periódico que tuvo muy escasa circulación y que sólo alcanzó a contar seis números. *La Revista de Valparaíso*, así se llamaba ese periódico, trataba muchas materias, principalmente literarias, con gran suficiencia y dogmatismo, con referencias a la historia literaria no siempre exactas y con la persuasión de superioridad sobre sus lectores. Un juez muy competente, juzgando uno de los artículos de esa revista, lo caracteriza en los términos siguientes, que son igualmente aplicables a muchos otros escritos que ella dió a luz: «Era uno de los primeros casos de los embrollos metafísicos, de que después hemos tenido que soportar tantas repeticiones, en que se desenvuelven las mayores vulgaridades y aun necedades sin arte ni lógica, sin claridad y sin respeto a las reglas gramaticales, con frases hue-

cas y altisonantes, que hacen revivir un culteranismo de nueva especie, pero tan insoportable como el de Góngora y sus discípulos». (4)

No faltaron en aquel tiempo quienes se formaron el mismo concepto de esos escritos, en que, sin embargo, se descubría talento y cierta instrucción general, pero de poco fondo.

De diversa procedencia era otro emigrado político de más alto renombre, y escritor también, pero de un mérito sobresaliente. Era éste don Juan García del Río, cuya carrera política desde los días de la independencia, es una cadena de los más variados accidentes, que daría materia para un estudio histórico o biográfico tan instructivo como interesante. (5)

García del Río, después de haber desempeñado altos puestos en otras Repúblicas, y después que en Chile mismo había servido con lucimiento en los días más gloriosos de la lucha por la independencia, volvía a este país batido por la desgracia, casi desterrado de todas partes. En vano el gobierno del Ecuador, con la más notoria falta de tacto político, había querido revestir a García del Río del carácter de su representante en nuestro país. El gobierno de Chile, por medio de una comunicación de ministro a ministro, datada el 25 de febrero de 1842, había explicado al del Ecuador, las razones que tenía para no reconocer a aquél como encargado de negocios. La circunstancia de haber servido a Santa Cruz como ministro de la confederación Perú-boliviana, y de haberse mostrado en ese puesto decididamente hostil a Chile, si bien autorizaban al gobierno para no reconocerlo en ningún cargo público, no le atrajo, sin embargo, la enemistad popular; y García del Río habría podido vivir tranquilo en este país, y aun considerado por su talento, si sus conexiones políticas en otros países no hubieran venido a suscitarle cuestiones y dificultades de diverso orden, que tendremos que recordar más adelante.

Buscando en el cultivo de las letras una ocupación honrada que le procurara su sustento, García del Río inició en Val-

paraíso, el 1.º de abril de 1842, la publicación de un periódico o revista semanal con el título de *El Museo de ambas Américas*. El objeto de esa publicación era divulgar, por medio de artículos claramente escritos, conocimientos de cualquier orden, interesantes particularmente para los pueblos americanos, y que por estar consignados en obras voluminosas, difíciles de procurarse, no se hallan al alcance de todos. El resultado, sin embargo, no correspondió a ese propósito. *El Museo de ambas Américas* publicó una gran variedad de escritos, traducidos unos, extractados otros, y pocos verdaderamente originales, en su mayor parte extraños a la América, y sobre todo a Chile. Acerca de la historia de estos países, casi no hay más noticias que algunas notas cronológicas, o efemérides de muy poco valor. García del Río, que habría podido dejar páginas de gran mérito con sólo reunir sus recuerdos sobre algunos de los hombres o de los hechos de la época de la lucha por la independencia, no hizo nada de eso. Por lo demás, no tuvo colaboradores. Estaba obligado a llenar el periódico, escribiendo o traduciendo cuanto contenía. Ese periódico, que tuvo en su principio una regular circulación y que alcanzó a publicar tres volúmenes de cerca de quinientas páginas, fué decayendo poco a poco, hasta desaparecer a fines de ese año, casi sin dejar recuerdo, y sin haber ejercido influencia en el movimiento literario que nacía en Chile. (6)

3.º Se ha solido atribuir influencia a esos periódicos, particularmente a la *Revista de Valparaíso*, en la primera aparición de cierto movimiento literario que se hizo sentir en Chile. Todo nos hace estimar aquella opinión como una simple quimera. Aquel periódico, que tuvo muy escasa circulación y muy corta vida, no tenía las condiciones para ejercer tales influencias. *El Museo de ambas Américas*, mucho mejor escrito, más interesante y más instructivo, no sirvió tampoco a aquel objeto, desde que las materias que trataba tenían muy poca atinencia con las cosas de Chile. El nacimiento de aspiraciones literarias

entre nosotros en 1842, era el resultado de la paz interna, de la época de conciliación, de tolerancia y de contento en que pudieron creerse extinguidas para siempre las discordias civiles y hasta las polémicas ofensivas y ultrajantes que habían solido ocupar la prensa. La aparición de los primeros síntomas de un movimiento literario casi al mismo tiempo que aparecían esos periódicos exóticos, es una simple coincidencia de dos hechos que tenían una causa común, el estado favorable de la opinión para exitar los ánimos hacia un orden de ideas más elevado.

En efecto, en los mismos días en que se comenzaba en Valparaíso la publicación de esos periódicos, se organizaba en Santiago una sociedad literaria, compuesta en su mayor parte por jóvenes que hacían en el Instituto Nacional sus últimos estudios. Buscaron para director a uno de sus profesores más prestigiosos, a don José Victorino Lastarria, que desde febrero de 1839 desempeñaba con lucimiento las clases de legislación universal (introducción a la ciencia del derecho), y de derecho de gentes, haciéndose notar por su espíritu liberal y por una elocuencia, que era rara en el profesorado. El 3 de mayo, cuando aquella sociedad contaba sólo dos meses de existencia, celebró una solemne y aparatosa reunión, en que Lastarria leyó un extenso y bien elaborado discurso para aplaudir el amor a la literatura de que daba muestra la juventud, y para recomendarle el estudio de los buenos modelos y sugerirle algunas observaciones conducentes a preparar los espíritus al cultivo de las letras. Ese discurso, impreso esmeradamente a expensas de la sociedad, aplaudida por la prensa de Chile y reproducido con elogios en otros pueblos hispanoamericanos; así como las piezas poéticas o en prosa premiadas en un certamen abierto por la misma sociedad en septiembre, dieron cierto lustre a aquella asociación de estudiantes, que poco más tarde iba a producir no poco ruido, y casi podría decirse una tempestad. (7)

Una publicación aparecida un poco más tarde vino a manifestar más evidentemente aun aquella tendencia de los espí-

ritus a exitar un movimiento literario. El 14 de julio de ese mismo año se iniciaba en la capital un periódico semanal titulado *El Semanario de Santiago*, que alcanzó desde el primer momento más circulación y mayor crédito que los dos que acabamos de recordar. Era la obra de varios jóvenes que en su mayor número habían terminado recientemente sus estudios forenses, algunos de los cuales, don Antonio García Reyes, don Manuel Antonio Tocornal, don Salvador Sanfuentes y don José Victorino Lastarria, adquirieron poco más tarde gran renombre en la política o en las letras. Otros jóvenes escritores, como don José Joaquín Vallejo, que estaba establecido en Copiapó, acudieron también con su colaboración. *El Semanario*, aspiraba a ser un periódico político, afecto al gobierno existente, pero con derecho de guardar su independencía para condenar todo lo que mereciese censura, y con el propósito de tratar de todo aquello que, a su entender, interesase al bien público y fuere susceptible de mejora. «No creeríamos llenar nuestro propósito, agregaba el prospecto, si en esta publicación no diéramos una parte no pequeña a la literatura. Chile, apenas salido de las tinieblas en que permaneció por espacio de tres siglos, Chile, que al comenzar su vida política, debió contraer exclusivamente sus desvelos a aquellas exigencias de más vital importancia para las naciones principiantes, no ha podido dispensar hasta ahora a las bellas artes toda la atención que merecen. Pero, cuando a beneficio de algunos años de paz y de independencía, ha logrado entrar tan prósperamente en la carrera de la civilización, cuando las ciencias han comenzado a extender su bienhechor influjo sobre su suelo, en fin, cuando un vasto comercio lo pone en contacto con todas las naciones del universo, men-
gua sería que Chile no hiciese también algunos esfuerzos para formarse una literatura». (8)

Aquel periódico, repetimos, obtuvo desde su primer número una gran popularidad. En ese tiempo en que todas las publicaciones de ese género solicitaban, y muchas obtenían, la pro-

tección del gobierno, que estaba autorizado para gastar anualmente en ese objeto hasta 9,000 pesos, *El Semanario* no pidió nada, deseando sufragar todos los gastos sólo con el producto de la suscripción y de la venta. El éxito de esta publicación no era el resultado de la novedad. Los escritos de *El Semanario* son, como debe suponerse, de muy distinto mérito; pero muchos de ellos, aunque primeros frutos de jóvenes principiantes, dejaban suponer cierta superioridad, y se distinguían de la generalidad de los artículos de los periódicos que habían circulado antes en Chile, por mejores formas literarias, por mayor estudio y conocimiento de los asuntos tratados, y ordinariamente también, por la rectitud del juicio. Cuando se tiene noticia de la limitación y de la superficialidad de la instrucción que se daba en esa época, sorprende hallar en algunos de los artículos de ese periódico ideas suficientemente claras y fijas, en asuntos en los que la opinión corriente, mucho menos discreta y menos ilustrada, iba por muy diverso camino. Esto era, por ejemplo, lo que sucedía respecto de la proyectada sociedad de «industria y población» de que hemos hablado antes, que había recibido centenares de adhesiones, muchas de ellas prestigiosas y caracterizadas, y que se proponía regar, cultivar y poblar los terrenos baldíos del sur con capitales, con industria y con pobladores chilenos. Con una gran moderación de la forma, pero con firmeza y sin temer contrariar de frente las quimeras sustentadas por un patriotismo estrecho y vulgar, *El Semanario* demostraba que Chile no podía llevar a cabo tales empresas, ni estaba en su interés acometerlas, apartándose del camino práctico y racional que consistía en atraer la inmigración extranjera, más laboriosa y más preparada para ese efecto. (9)

Las previsiones de ese periódico, como se sabe, se vieron pronto realizadas. La sociedad de industria y población fracasó al nacer, puede decirse así; y la colonización extranjera, acometida pocos años más tarde, aunque no en la extensión que habría convenido, produjo los más felices resultados.

En otro orden de materias se encuentran algunos artículos de *El Semanario* la misma fijeza de ideas y la misma rectitud de juicio. En materias literarias solían verse en esa publicación las muestras de un buen sentido que casi no podía esperarse de la deficiencia de los estudios. Las producciones más exageradas de la literatura denominada «romántica», circulaban en manos de los jóvenes que tenían afición por la lectura. En el teatro eran aplaudidos los dramones más extravagantes de esa escuela. *El Semanario* las emprendió contra ellos, sin desconocer el valor de las buenas producciones de ese género, y dejando ver un recomendable criterio literario. (10)

Sus escritos sobre este asunto provocaron una ardiente polémica (a que se refería don Miguel Luis Amunátegui en unas líneas que hemos copiado más atrás) y en ella el buen sentido estaba al lado de *El Semanario*. Los artículos humorísticos de Vallejo son, bajo las apariencias ligeras, fruto de la razón. Por fin, la poesía que hasta entonces no se había revelado con mucho éxito entre los escritores chilenos, tuvo entonces dos representantes que dejaban ver recomendables condiciones, don Salvador Sanfuentes autor de un poema narrativo titulado *El Campanario*, del género de las *Leyendas Españolas* de don José Joaquín de Mora, entonces muy populares en Chile; y don Hermógenes de Irizarri, autor de algunas piezas líricas de creación y de ejecución esmeradas y correctas. Debemos, además, advertir que en esta rápida reseña no tomamos en cuenta sino las muestras de ese periódico que merecen recomendarse.

El Semanario era también, como ya dijimos, un periódico político, pero en condiciones bien diferentes a las de los otros que lo habían precedido. Si bien por su filiación de familia o de afecciones, algunos de los escritores de ese periódico eran contados entre los partidarios del gobierno existente, y si bien estimaban en todo su valor la marcha tolerante y conciliadora adoptada desde la elevación del general Bulnes, sin querer hacerse aplaudidores de todos los actos gubernativos y mucho me-

nos los adversarios sistemáticos de ningún partido, conservaban su independencia; y como lo anunciaron en el prospecto de su periódico se reservaban el derecho de desaprobado todo lo que juzgaban vituperable en la administración del Estado. Al discutirse en el Congreso las enmiendas de la ley electoral, y particularmente al tratarse de la calidad de saber leer y escribir para conservar el derecho de sufragio, *El Semanario* se pronunció abiertamente en contra de las ideas sostenidas por los ministros; y esta misma actitud observaron sus colaboradores en otros negocios, según veremos más adelante. Esta actitud de aquellos jóvenes escritores anunciaba un espíritu de resistencia a los golpes de autoridad, a las leyes restrictivas y a todos los actos que de alguna manera significasen atentados o amenazas contra la libertad. (11)

Con la publicación de ese periódico coincidió un hecho que merece recordarse, como muestra de un espíritu nuevo que comenzaba a hacerse sentir. Fué éste la representación de dos dramas originales que obtuvieron un gran éxito, debido en parte a su mérito, pero más aún al propósito de estimular la producción de ese género de obras. El primero de éstos, titulado *Los amores del poeta* (representado el 28 de agosto 1842), tenía por autor a don Carlos Bello, el hijo mayor de don Andrés, que a la posesión de algunas dotes literarias reunía una gran inexperiencia en el arte teatral. El segundo era *Ernesto*, drama representado el 9 de octubre, escrito por don Rafael Minvielle, literato español que hemos nombrado antes. La prensa de esos días aplaudió exageradamente el valor de aquellas dos piezas. Más tarde, una crítica muy juiciosa, ha venido a asignarles el lugar que les corresponde en la historia de nuestros primeros ensayos literarios. (12)

NOTAS

NOTA 1.—Por vía de nota, recordaremos además como producción literaria de esa época la *Gramática de la lengua latina* (1838) por don Francisco Bello, adaptación inteligente a nuestro idioma de los trabajos de la filología moderna, y los *Elementos de la filosofía del espíritu humano* por don Ventura Marín, libro de enseñanza, fundado sobre todo en los tratadistas franceses de principios del siglo. Como producción histórica, en todo ese período sólo hay un libro que señalar, *El chileno instruído*, por el Padre franciscano fray José Javier Guzmán, libro destituído de todo valor histórico y literario.

NOTA 2.—Se encontrarán algunas noticias documentadas sobre estos hechos en la *Historia del Instituto Nacional* por don Domingo Amunátegui Solar, tomo II, capítulo IX. Nosotros recibimos hace muchos años informaciones verbales sobre esas sociedades literarias, de boca de don Antonio García Reyes, que era uno de los principales promotores; pero los recuerdos que conservamos no tienen suficiente interés para darles cabida en estas páginas.

NOTA 3.—No entra en nuestro propósito, y menos en el plan de este libro el dar noticia detallada de los hechos e incidentes que contribuyen a explicar este movimiento y por lo tanto nos limitamos a recordar los rasgos capitales y más característicos. Por vía de nota, consignaremos los pormenores siguientes: El 6 de noviembre de 1841 comenzó a publicarse la *Gaceta de los Tribunales*, que poco más tarde agregó a ese título estas palabras y de la *instrucción pública*, por cuanto publicó por algún tiempo los decretos y demás documentos concernientes a esta materia. El promotor de esta publicación fué don Antonio García Reyes, que la dirigió uno a dos años; pero como éste era un abogado muy joven se buscó, para presentarla más autorizada, el nombre del doctor don José Gabriel Palma, que había sido ministro de Corte y que luego volvió a ese cargo.

Valparaíso era entonces la única ciudad, en toda la República, que tuviese un diario *El Mercurio*, que databa de 1827, pero que al principio fué sólo periódico bisemanal. El 1.º de febrero de 1842 se comenzó a publicar en esa misma ciudad otro diario, *La Gaceta del Comercio*, que llegó a contar cuatro años de existencia.

Santiago no tenía entonces, ni había tenido nunca diario alguno. Sólo el año 1840, el 10 de noviembre, se publicó el primer número de *El Progreso*, diario que alcanzó a contar más de nueve años de vida.

La única ciudad de provincia, fuera de Valparaíso, que hubiera tenido periódicos antes de esa época era La Serena. Concepción, donde se trató también de fundar una sociedad literaria en 1842, tuvo este año su primer periódico, *El Telégrafo*, que se publicaba dos veces por semana, a contar del 15 de diciembre de ese año.

NOTA 4.—Miguel L. Amunátegui, *Biografía de don José Joaquín Vallejo*, pág. 188 del tomo III de los *Ensayos biográficos*. El juicio de Amunátegui, fundado en un conocimiento cabal de los antecedentes, está además comprobado por los fragmentos de la *Revista de Valparaíso* que se reproducen en seguida del trozo que copiamos en el texto.

NOTA 5.—Don Juan García del Río es una de las figuras más curiosas y singulares de la revolución hispanoamericana. Por su talento, por su ingerencia en grandes acontecimientos, por los altos puestos que desempeñó en Chile, en el Perú, en Colombia y en el Ecuador, merecía de sobra que su vida hubiese sido estudiada con alguna prolijidad. Sin embargo, ese estudio no se ha hecho; y aun las notas biográficas que han solido darse son del todo deficientes y de ordinario llenas de errores. La razón de esto, es la dificultad de estudiar la vida de García del Río en tan diversos lugares, y en medio de peregrinaciones y de los más variados accidentes. El mismo, con todo, dió un hilo conductor para seguirlo en todas las peripe-

cias. En septiembre de 1843, se presentó en Santiago ante un jurado como acusador de un escrito de un ministro boliviano, don Casimiro Clañeta, en que se le hacían las más tremendas acusaciones. En su discurso, que lo que les oyeron calificaban de modelo de la más conmovedora elocuencia, García del Río tuvo que hablar de sí mismo, e hizo una reseña de su carrera pública. No conocemos ese discurso en su forma íntegra; pero el resumen hecho por un diario de la época (*La Gaceta del Comercio de Valparaíso*) contiene no pocas noticias.

No nos sería difícil coordinar aquí los numerosos datos biográficos que acerca de García del Río tenemos a la mano; pero como nos fuese necesario llenar muchas páginas, y como ellas serían extrañas en este libro, nos limitamos casi en algunas referencias o indicaciones bibliográficas que podrán servir al que acometa un trabajo más o menos completo.

Don Juan García del Río nació en Cartagena (Nueva Granada) en 1794. Su padre, que era un comerciante español de crecida fortuna, lo mandó a estudiar a Cádiz; y allí, al paso que adquirió conocimientos que no habría podido recibir en su ciudad natal, contrajo relaciones con otros americanos que mantenían en su trato el odio a la dominación española. De vuelta a su patria, cuando ya estaba rebelada, fué nombrado, a pesar de su corta edad, en 1814, secretario de una comisión que iba a Londres a comprar, y a otras agencias revolucionarias. El jefe de esa comisión era don Agustín Gutiérrez Moreno, que más tarde estuvo asociado a don Antonio José de Irisarri en los enredos consiguientes a la contratación del empréstito chileno de 1822. (Véase «Historia General de Chile», tomo XIV, págs. 520 y sig.).

1817, la revolución de Nueva Granada había sido dominada por las armas españolas, García del Río se encontró en Inglaterra sin ocupación y sin recursos; se vino a Buenos Aires y desde allí pasó a Chile el año siguiente. En otra parte nos hemos referido extensamente a su actuación en Chile como pe-

riodista y como subsecretario de relaciones exteriores, y en el Perú como Ministro de San Martín, y después como su agente en Europa para entender en los quiméricos proyectos de monarquía. (Véase «Historia General de Chile», tomos XI, XII y XIII). En Londres, asociado con don Andrés Bello, publicó en 1823 *La Biblioteca Americana*, y en 1826 y 1827, *El Repertorio Americano*, dos periódicos destinados a la difusión de conocimientos útiles en estos países. Puede verse lo que acerca de ellos ha escrito don Miguel Luis Amunátegui en su *Vida de don Andrés Bello*. En 1823, además publicó en Londres (bajo el anagrama de Ricardo Gual y Jaen) una corta pero muy bien escrita *Biografía del General San Martín*, muchas veces reimpressa y traducida al inglés.

A la vuelta de Europa, en 1828, García del Río pensó establecerse en México, pero el Gobierno de esta república, movido por el conocido patriota guayaquileño don Vicente Rocafuerte, no le permitió llegar a ese país, por cuanto profesaba ideas monárquicas. Sobre este mismo asunto publicó ese mismo año en Nueva York un opúsculo de 16 páginas, titulado *Documentos relativos a la denegación de pasaporte para México a Juan García del Río*.

Habiendo determinado regresar a Colombia, desempeñó allí un importante papel como diputado, como ministro y como escritor, en el último tiempo de Bolívar y bajo la presidencia del general Urdaneta. Sobre estos hechos se hallan noticias en los últimos capítulos de la *Historia de la revolución de Colombia* por don José Manuel Restrepo, tomo IV, Besanzón, 1858; y en las *Memorias del general Rafael Urdaneta* (Caracas, 1888). Inmediatamente después de la muerte de Bolívar (1830), dió a luz una extensa y notable necrología de éste, publicada entonces en los periódicos y reimpressa en varias ocasiones. El lector puede hallarla casi íntegra en el último capítulo de la *Vida de Bolívar* por don Felipe Larrazábal (Nueva York, 1875).

En los *Apuntes sobre Bibliografía colombiana* por don Isidoro Laverde Amaya (Bogotá, 1882), página 22, se habla de García del Río y se le da por autor de un libro titulado *Meditaciones colombianas* (Bogotá, 1829), sin indicarse cosa alguna sobre lo que trata ese libro. Nunca lo he visto en esa edición; pero tengo motivos para creer que fué hecha en 1831. Conozco sí la reimpresión que de ese escrito se hizo en la colección titulada *Documentos para la historia de la vida pública del Libertador*, tomo XIII (Caracas, 1877), donde ocupa 70 grandes páginas a dos columnas. Es un examen detenido de la situación política de Colombia a la época de la muerte de Bolívar, y del remedio de esa situación por una monarquía constitucional.

García del Río preparaba además otra obra titulada *La América en el siglo XIX, considerada en su población su cultura y su riqueza*. En *El Museo de ambas Américas*, publicó algunos fragmentos de ella.

Expulsado de Nueva Granada, después de la caída de Urdaneta en 1831, García del Río se acogió a la nueva República del Ecuador. Allí fué bien recibido por el general don Juan José Flores, que lo hizo su ministro de hacienda. Expulsado también del Ecuador en 1834 después de una revolución contra Flores, se acogió García al Perú. Don Domingo Amunátegui Solar, en un artículo publicado en los *Anales de la Universidad* (1897) con el título de *Mora en Bolivia*, dió a luz algunas cartas de García del Río, referentes a esa época, que dan a conocer en gran parte su carácter moral muy poco ventajosamente. En el Perú fué ministro de hacienda de Orbegoso, y desempeñó una misión a Quito, prestando sus servicios a la confederación Perú-boliviana.

Destruída ésta en Yungay, el general Flores, Presidente del Ecuador, confió a García del Río la representación de ese país cerca del gobierno de Chile. Venía en un buque mercante chileno que fué detenido en el Callao, lo que le ocasionó no pocas molestias. Por lo demás, el gobierno chileno no podía ni

debía reconocerse como agente de un gobierno amigo al hombre que acababa de estar al servicio de los enemigos de Chile en un puesto muy respectable.

En el texto de esas mismas páginas referimos la tentativa periodística de García del Río y su fracaso, y más adelante daremos una reseña del célebre jurado de septiembre de 1843, en que obtuvo un espléndido triunfo y se conquistó la reputación de orador eximio.

Los últimos años de García fueron muy tristes. Vivió en Copiapó en condición muy modesta, pero gozando de consideración de muchas gentes que estimaban en él su notable talento, y la amenidad instructiva y atrayente de su trato. En ese tiempo cobraba al Perú ciertas sumas, que, según él, se le debían por sueldos atrasados. Hay muy pocos recuerdos sobre el resto de su vida. Sólo hemos visto la noticia de que falleció en México en 1856, a la edad de 62 años.

En mayo de 1837, el capitán Abel du Petit-Thouars, más tarde almirante, llegaba a Lima y pasó a ver a Santa Cruz. «El general protector, dice el marino francés, me habló mucho del rey (Luis Felipe) y de la familia real, en los términos de una alta estimación, dignos del jefe de una gran nación a que tenemos el gran honor de pertenecer. Vi también a algunos miembros del gobierno, y más particularmente al señor García del Río, ministro de hacienda, que yo había encontrado ya en Guayaquil, cuando visité ese puerto en 1833. A la época de ese viaje, este ministro estaba encargado de la cartera de relaciones exteriores de la República del Ecuador, bajo la presidencia del general Flores. Antes había sido el amigo y el consejero del general Libertador Bolívar. Estos antecedentes me dispensan de hacer un elogio. Me acogió con amistad—poseía ya toda la mía—y este encuentro inesperado fué para mí de un agrado infinito».—Du Petit-Thouars, *Voyage autour du monde sur le frégate la Venus*, París, 1840, tomo I, pág. 293.

Al terminar estas notas, recordaremos que García del Río tenía la condecoración de la legión de mérito de Chile y la de la orden del sol del Perú.

NOTA 6.—*El Museo de ambas Américas*, dado el tiempo en que se publicó, es una empresa que honra a su editor. Era éste don Manuel Rivadeneira, tipógrafo español, originario de Cataluña, que, fugitivo de su patria por las revueltas políticas, había pasado a Buenos Aires y después a Chile para ocuparse en trabajos de imprenta. Ocupábase en Santiago como compaginador de *El Araucano* cuando lo conoció mi padre, don Diego Antonio Barros, y lo estimuló a que comprase la imprenta de *El Mercurio*, facilitándole los recursos para ello, a fin de hacer servir la imprenta y el diario en la contienda electoral de 1841. Rivadeneira, que desde luego obtuvo buen resultado en esa empresa, introdujo muchas mejoras tipográficas y dió a luz una reimpresión en dos volúmenes de los artículos de don Mariano José de Larra (Fígaro), que puede considerarse lo mejor que hasta entonces habían producido las prensas chilenas como trabajo tipográfico.

García del Río acudió a Rivadeneira para la publicación de su periódico, que debía costear el editor. *El Museo de ambas Américas* llegó a contar 230 subscripciones, número muy considerable para esa época, pero que se esperaba aumentar. No sucedió así, sin embargo. Pocos meses más tarde ese número estaba reducido a 88 en Santiago y 51 en Valparaíso. Don Manuel Rivadeneira, deseando regresar a España para acometer grandes empresas en su arte, vendió la imprenta de Valparaíso a don Santos Tornero, recomendable comerciante español, que en el ramo de imprenta y librería prestó en Chile muy buenos servicios a la difusión de las luces. puede verse un curioso opúsculo o libro escrito por el mismo Tornero con el título de *Reminiscencias de un viejo editor* (Valparaíso, 1889). A pesar del empeño que éste tuvo siempre por sostener las publicaciones destinadas a fomentar la cultura, le fué forzoso poner término

a *El Museo* en diciembre del mismo año 1842. García del Río, falto de colaboradores, se había visto obligado a escribir, traducir o extractar casi todo lo que se publicaba en ese periódico. El mismo dice que de 251 artículos que dió a luz *El Museo* en los nueve meses corridos de abril a diciembre, 230 eran obra suya. Don Andrés Bello, cuya colaboración solicitó García del Río, sólo pudo suministrarle dos piezas poéticas. Cuando este último habla de sus colaboradores se refiere a los individuos que le comunicaron alguna noticia verbal o que le prestaron un libro.

NOTA 7.—«La Sociedad de Literatura», éste era su nombre, comenzó a formarse a mediados de febrero, al abrirse las clases en 1842, es decir, en los días inmediatos al miércoles de ceniza (según la práctica de entonces) que ese año ocurrió el 9 de febrero. La sociedad se reunía en una sala de la casa en que estaba establecida la imprenta de *La Opinión*, de propiedad de don Ramón Renjifo, y que éste prestaba generosamente. Los asociados, que pasaban de treinta, recaudaron entre ellos mismos algunos fondos, que sirvieron principalmente para hacer una esmerada edición del discurso de Lastarria, que fué ejecutada en Valparaíso en la imprenta de don Manuel Rivadeneira. Esta edición, que hace honor a la tipografía chilena de esa época, es ahora muy rara; pero Lastarria reprodujo este discurso en sus *Recuerdos Literarios*, págs. 96 y siguientes, al consignar sobre aquella sociedad algunas noticias, que no están exentas de errores de detalle. Los socios presentaban y leían composiciones en prosa y verso, que no siempre pudieron publicar; pero el año siguiente tuvieron a su disposición el periódico titulado *El Crepúsculo*, según contaremos más adelante.

NOTA 8.—Más adelante, el prospecto, queriendo exponer el objeto de este periódico, señala las afinidades que tendría con los otros que se publicaban en Chile; y anuncia que se propone hacer algo más nacional que *El Museo de ambas Amé-*

ricas. Allí no nombra, ni siquiera la *Revista de Valparaíso*, que había tenido escasísima circulación y que por lo tanto no le sirvió de estímulo y mucho menos de modelo. *El Semanario* declara que el tipo de periódico que había tenido en vista y que quería imitar era uno de Caracas, titulado *El Liceo de Venezuela*, que don Andrés Bello había dado a conocer en *El Araucano*. El autor de ese proyecto fué don Antonio García Reyes.

NOTA 9.—«Desengañémonos, decía *El Semanario* el 18 de noviembre de 1842. No tenemos recursos para poblar los baldíos de Arauco y las provincias del sur (Valdivia y Chiloé), ni los tendremos en muchos años. Es preciso que venga población europea, si aquellas hermosas regiones no han de estar condenadas por siglos a la disolución en que hoy se encuentran. Esta obra es fácil, es lucrativa para los europeos; es violenta, es imposible para nosotros, y arruinará precisamente a toda empresa que se proponga arrostrarla. Si esta sociedad (la de industria y poblaciones) fuese capaz de vivificar nuestro suelo, en horabuena convendríamos en que recogiese ella los provechos de la colonia; pero si en vez de vivificar, va a mantener en estagnación las tierras por falta de recursos y de auxilios, vale más que el provecho sea en favor del extranjero de quien recibimos el beneficio».

NOTA 10.—La líneas siguientes, que extractamos de un artículo publicado el 21 de julio, hará conocer las doctrinas profesadas por *El Semanario* sobre este asunto. «Esperemos, decía, que al fin desaparecerá ese desenfreno de las imaginaciones... Pasará el influjo de esa escuela (la romántica) que ha amenazado invadirlo todo, y le substituirá una nueva, ni clásica ni romántica, ni tan extravagantemente libre como la de Víctor Hugo, ni tan servilmente esclava como la de La Harpe. La razón y la buena filosofía, esas supremas reguladoras del pensamiento, serán sus únicas legisladoras; y entonces nosotros, sobre la tumba del romanticismo podremos gravar este epifafio:

«fuiste el nuevo cometa del siglo XIX. . . Pero de repente desapareciste sin que nadie hubiese podido comprenderte» Sorprende encontrar en un escrito chileno de 1842, conceptos tan claros, tan fijos y tan exactos. El autor de este artículo fué don Salvador Sanfuentes, uno de los más asiduos colaboradores de aquel periódico.

NOTA 11.—Don Antonio García Reyes, que ordinariamente escribía en *El Semanario* los artículos que podían llamarse de fondo, daba a luz en el número 24, de 15 de diciembre, un artículo titulado *Política*, dirigido a descargarse de los reparos que en otras publicaciones se hacían a aquél por no tratar más frecuentemente esta materia. «Si por política, decía García Reyes, hemos de entender la discusión de los intereses de partido, la impugnación abierta o la defensa sistemática de los que ejercen la autoridad, desde luego, debemos declarar que no ha sido nuestro ánimo, ni lo será jamás, el ocuparnos de política. Demasiado tiempo la prensa periódica ha sido entre nosotros el instrumento manual de los odios y de los rencores de partido, el campo de batalla en que las pasiones violentas que engendran las querellas de gobierno, ejercitan la táctica odiosa de hacer llover las facciones enemigas sospechas maliciosas, acusaciones falsas, sarcasmos y dicterios envenenados. Época de escándalo que no se puede recordar sin dolor, y que afortunadamente ha quedado atrás, a una distancia en que nuestros ojos no alcanzan a distinguirla. No será *El Semanario* quien la haga renacer. Nosotros no pertenecemos a ninguno de los bandos que han dividido la República y no reconocemos gobierno nuestro que sostener, ni partido contrario que combatir. Otro objeto más noble, más puro, más desinteresado debe ocupar la mente de los ciudadanos; el de ir promoviendo la mejora de nuestra condición social. . . No por eso hemos mirado con indiferencia la administración de los pueblos, ni la defensa de las instituciones. Tan lejos de eso, hemos sido los únicos que de un tiem-

po a esta parte, han recordado sus deberes a los funcionarios subalternos, y tomando parte activa en las cuestiones sobre nuestro derecho público».

NOTA 12.—Miguel Luis Amunátegui, *Las primeras representaciones dramáticas en Chile*. (Santiago, 1888), cap. XII y XIII.

Hombres de 1842

LS la época en que Santiago continuaba con todo el sello de los años coloniales. La iluminación era la misma de 30 años atrás. Cada dueño de casa debía encender un farol de vela de sebo que, ordinariamente duraba hasta las diez o las once de la noche. Después, reinaba la obscuridad. Santiago hasta entonces, no había sido favorecida por el progreso del país. En esta época, es digno de recordar, no había aparecido en la capital ningún diario. Sólo en Valparaíso se había fundado «El Mercurio», en 1827, y la Gaceta del Comercio, en 1842, además dos revistas o periódicos: El Museo de ambas Américas, y la Revista de Valparaíso, las dos de 1842.

Santiago vino a tener su primer diario, El Progreso, en 1842, que alcanzó a contar 9 años, y El Semanario de Santiago, aparecido en la misma fecha, que tenía un carácter especialmente literario.

El desarrollo cultural de la época hasta 1842, era deficiente. La circulación de los libros muy atrasada. El gusto de la lectura vino a manifestarse a raíz de la fundación de la Sociedad Literaria, 1842, sin embargo, los libros continuaban vendiéndose en los almacenes, como los demás artículos de consumo, o se rifaban al menudeo por boletos de suerte.

Los ciudadanos durante esta época, sentían frescos los sucesos ocurridos por la dictadura de Portales, con su rígida autori-

dad y despotismo. Ahora, desde el primer quinquenio del General Bulnes, que pasó a ser el ídolo del país, se entraba a una nueva vida de tranquilidad y de esperanza. Y una nueva era, principiaba para Chile.

Se crea en 1842, la Universidad de Chile, la Escuela Normal de Preceptores, la Escuela de Agricultura, la de Artes y Oficios, la de Bellas Artes, etc. El progreso comienza desde 1842. Llegan sabios, maestros, poetas pintores etc.; Lozier, Domeyko, Lavaisse, Cicarelli, Dejardin, Phillippi, Ruggendas, Monvoisin, y otros. Llegan también emigrados argentinos, colombianos, uruguayos, etc.

Al calor de la vida apacible, y del progreso nacional, el espíritu buscó otros horizontes. Y entre conversaciones sobre empresas industriales, o sobre colonización, surgen los diarios, revistas, se fundan sociedades literarias. El desarrollo político se engrandece, la enseñanza se amplía. Los poetas, estadistas, e historiadores inician sus tareas en 1842. He aquí, algunos hombres, con sus rasgos esenciales, itinerario de sus vidas, maestros y discípulos, que figuran y continuarán, en la historia de Chile.

ALBERDI

Trajo, Juan Bautista Alberdi, a nuestro país, experiencias recogidas a través de sus viajes, por América y Europa. Colabora en diferentes diarios, y publica algunas obras a su paso. En su propio país, Argentina, da a luz numerosos libros y funda varias revistas.

Apenas llegado a Chile, participa poderosamente en la caldeada atmósfera de las polémicas de la generación del 42. En Valparaíso obtiene su diploma de abogado, pero se entrega al periodismo. Enemistado con Sarmiento, publica en contra de éste, sus famosas «Cartas quillotanas». Da a la luz una «Biografía del General Bulnes», numerosos panfletos, y libros valiosos,

relacionados con la vida de nuestro país. «De la Magistratura y sus Atribuciones en Chile», «Legislación de la prensa en Chile», «Manual de Ejecuciones y Quiebras», etc.

Habiendo tomado parte en las polémicas, entre chilenos y argentinos, y en su calidad de periodista avanzado, y de publicista meritorio, su permanencia en Chile fué fructífera, tanto para nuestro periodismo como educación y literatura.

Alberdi ha sido uno de los pensadores más eminentes de América. Por su talento y larga carrera intelectual formó parte como miembro correspondiente de varias Sociedades y Academias americanas y europeas.

ASTABURUAGA

Francisco Solano Astaburuaga, desde niño demostró ser de un espíritu vivo y alegre. Discípulo de Lastarria. Mantuvo con él una larga y estrecha amistad. Siendo joven cultivó la literatura, como la mayoría de sus compañeros. Jacinto Chacón, cuenta en una carta, que por 1838, se reunían varios de su edad, de donde salió un periódico «político-literario», que se repartía manuscrito. Entre ellos estaba Francisco Solano. Además, nos dice de él, que fué uno de los fundadores más entusiastas de la Sociedad Literaria. Astaburuaga, durante su período juvenil, escribió y tradujo numerosas poesías, también una tragedia «Leocato o la muerte de P. de Valdivia», y un drama «Lucía». En El Progreso, publicó varias composiciones en verso, entre ellas: «Las dos palmas», y «El Minero». En El Crepúsculo, «La Flor del Carmelo», y «A la memoria de don Miguel Barazorte»; además, dos trabajos en prosa. De esta manera Astaburuaga pasó a tomar parte entre los escritores de 1842. Más tarde, continuó escribiendo poemas y artículos en diferentes diarios y revistas.

Desde 1842, en que se le nombra Oficial de Partes del Ministerio del Interior, inicia Astaburuaga su carrera administra-

tiva. Ocupa varios cargos diplomáticos y políticos: Secretario de Legación en Estados Unidos, Diputado en 1852, y en 1855. Intendente de Coquimbo, Director General de Correos, Diputado en 1858, Encargado de Negocios en Perú, en Wáshington, en México.

Vuelto a Chile, 1881, es Director de la Oficina de Estadística, Senador en 1888, y en 1891.

Publicó numerosos libros de interés nacional; Diccionario geográfico de Chile, Curso elemental de agricultura, etc. Cientos de artículos y poesías, en diarios y revistas.

Francisco Solano Astaburuaga fué un ciudadano distinguido, hombre ejemplar, tanto por su civismo como por su probidad pública.

ANDRES BELLO

Don Andrés Bello es considerado, con justicia, como el maestro y sabio más eminente, que ha producido América Española en el siglo XIX. Autodidacta. En su juventud fué maestro de Bolívar. Enviado a Londres en misión Diplomática, permanece 18 años. Estudia con apasionamiento. Adquiere una cultura sobresaliente.

Don Andrés Bello, antes de llegar a Chile, sirve a nuestra patria como Secretario de Legación en Londres, 1822. Contratado por el Gobierno de Pinto, se establece en Chile, 1829, hasta su muerte, 1865.

Bello comienza su labor pedagógica dando clases en su propia casa. Siendo un hombre de talento superior es llamado a servir algunos cargos administrativos, los que desempeña con brillo, especialmente el de Oficial Mayor del Mnisterio de Relaciones Exteriores, y el de Director de El Araucano, órgano oficial del Gobierno. Le cupo ser también el primer Rector de la Universidad de Chile, donde realizó una enorme labor, reconocida por todos los chilenos.

La influencia del maestro y del escritor en la juventud es notoria. Tuvo como alumnos a J. V. Lastarria, S. Sanfuentes, M. A. Tocornal, Fco. Bilbao, M. A. Matta, etc. todos ellos llegaron a ser grandes figuras, ya como políticos, estadistas o escritores. Es Bello, el que formó una generación de grandes valores para nuestra historia. Consejos disciplinarios, generosidad, ilustración tenían los jóvenes en el maestro. Toda su obra, como escritor, jurista y pedagogo, se distingue por la moderación, profundidad e independencia. América no ha tenido otro humanista más insigne ni un educador intelectual como él.

Ocupa Bello como jurista un lugar honroso en América, por su redacción del Código Civil Chileno, verdadero monumento de sabiduría legislativa. Sus obras de Derecho Civil, o de Derecho Internacional han servido a varias generaciones chilenas y sudamericanas.

En cuanto a su labor periodística, fué intensa. Sus artículos consolidan la reputación de su amplia cultura. Entre ellos: «La Araucana de Ercilla», «Modo de escribir y estudiar la historia», «Juicio crítico de los principales poetas españoles de la última era»; además sus numerosos ensayos filosóficos, lingüísticos y sus críticas sobre teatro que son de sumo interés. Como poeta, sus composiciones son perfectas, de buen gusto, discretas y elegantes para ese período de clasicismo americano: Canto elegíaco al incendio de la Compañía, La agricultura de la zona tórrida, etc. Sus imitaciones: Egloga, de Virgilio, La oración por todos, de V. Hugo, etc. Bello, en sus artículos generalmente exhortaba a la juventud chilena, para que se dedicasen a los estudios literarios, y daba él ejemplo con sus publicaciones poéticas.

Como filólogo fué un revolucionario, por las innovaciones que llevó a cabo en su «Gramática Castellana», «Análisis ideológica de los tiempos de la conjugación castellana», «Lecciones de ortología», etc. Por todas estas obras se le ha tributado debida justicia.

El prestigio que ha adquirido Chile como un país de historiadores, se debe sin duda, a don Andrés Bello. El Maestro y Sabio Rector de la Universidad de Chile, fué el que impulsó esta clase de estudios. Por acuerdo de la Universidad se impuso a los miembros presentar una Memoria sobre historia nacional cada año. La primera fué presentada por don J. V. Lastarria. Luego siguieron otras que han servido para conocer períodos históricos de nuestra patria.

Veamos ahora, su sabia posición de crítico ante las polémicas literarias de 1842, relacionadas con el romanticismo: «Yo no abogaré jamás por el purismo exagerado que condena todo lo bueno en materia de idioma. Creo que hay un arte fundado en las relaciones impalpables, etéreas, de la belleza ideal; relaciones delicadas pero accesibles a la mirada de lince del genio completamente preparado; creo que hay un arte que guía la imaginación en sus más fogosos transportes; creo que sin arte la fantasía en vez de encarnar en sus obras el tipo de lo bello, aborta esfinges, creaciones enigmáticas, y monstruosas. Esa es mi fe literaria. Libertad en todo, pero no veo libertad, sino embriaguez licenciosa en las orgías de la imaginación». Su posición era ecléctica. Tomaba del clasicismo todo aquello que tuviera de permanente, dentro del lenguaje, y de la escuela romántica, la libertad, para dar libre expresión al pensamiento y a la fantasía.

CARLOS BELLO

Desde joven manifestó una inteligencia precoz. Era de porte distinguido, elegante y sociable. Por su brillo señorial en los salones era considerado el Brummel criollo. Melancólico, de apariencia novelesca.

Desempeñó el cargo de Oficial Auxiliar del Ministerio de Relaciones Exteriores, 1836, y más tarde el de Secretario de la

Gobernación de Valparaíso, al que renunció para irse a Atacama, donde conquistó gran fortuna como industrial.

Desde Copiapó, trajo su drama original «Los Amores del Poeta», el que fué dado a conocer primero, a un grupo de sus amigos. El drama se estrenó el 28 de agosto de 1842, con gran éxito. García del Río, escribió un artículo con amor y delicadeza, tributándole sentidos elogios.

Carlos Bello escribió algunas poesías. Tanto en ellas como en su drama, se encuentran las emociones de su vida de soñador y de mundo. En 1843, publicó una novela que fué muy bien recibida: «El loco». Más tarde una biografía de Agustín Vial Santelices. Sin embargo, dejó las letras para convertirse en viajero. Recorre Francia, Italia y España. Estando ausente fué elegido diputado por La Serena, en 1849. Tres años más tarde como Encargado de Negocios de la República en Ecuador, alcanzó gestiones diplomáticas con gran éxito. Por enfermedad regresa a Chile. Reside algún tiempo en Quillota. Luego en casa de su padre, rodeado del amor familiar, entre cuadros artísticos, bellas estatuas, colecciones primorosas de libros, muere en 1854.

Dejó un recuerdo amable y fino: su participación destacada en la iniciación del teatro y la poesía chilenos.

FRANCISCO BELLO

Uno de los fundadores de la Sociedad Literaria, y principal colaborador de El Semanario de Santiago. Con él se contó para propagar el buen gusto literario, y en especial, para que diera a conocer la literatura inglesa, que conocía bastante. Su educación era clásica, eminentemente británica. Serio, modesto. Siempre su conversación era en voz baja. Tenía una memoria privilegiada. No alcanzó a dar los frutos de su madurez. Sólo vivió 28 años.

A los 18 hacía clases de latín en el Instituto Nacional. Compuso con propósitos educacionales, una «Gramática Latina».

que fué elogiada como la mejor, hasta la fecha de su publicación 1838. Después se hicieron varias ediciones. Publicó también «Prosodia y Métrica Latinas».

Se recibió de abogado en 1839. Desempeñó el cargo de Secretario de la Cámara de Senadores, y fué Miembro de la Facultad de Humanidades, como también de la de Leyes y Ciencias Políticas de la Universidad de Chile.

Como colaborador de «El Museo de ambas Américas», y de «El Semanario de Santiago», dejó algunos trabajos de valor: «Análisis de los métodos de lectura usados en Chile», algunas poesías que denotan una delicada sensibilidad. Romántico. Dejó en sus versos el alma ensombrecida por la muerte que se le acercaba. «Tristeza».

Gratos días que volásteis
con lo mejor de la vida,
¿por qué tanto apresurásteis
vuestra temprana partida?

Cuántas el hombre saca de la cuna
las mira disiparse una a una
al soplo de la edad,
y con cada ilusión que desvanece,
más tétrica a sus ojos aparece
la fría realidad.

Y de cuando el morir llegue el momento,
¡pueda exhalar el postrimer aliento,
y hallar algún solaz,
viendo en mi ardiente fe desde esta vida
que un plácido señuelo me convida
al reino de la paz».

JUAN BELLO

De los tres hermanos es el de vida más interesante. Tuvo una actitud revolucionaria ante su época, por ser un defensor apasionado de la libertad. Tuvo participación descollante en la política chilena. Orador de palabra impetuosa, dialéctica singular, y estilo elegante.

Colaboró en *El Semanario*, en *El Crepúsculo*, y otras revistas posteriores. Fué otro de los fundadores de la Sociedad Literaria del 42, y uno de los premiados en el Certamen abierto por dicha Sociedad.

Tuvo pasión por la enseñanza. Hizo clases de Literatura Latina, de Filosofía, de Literatura e Historia Moderna. Pero la política lo atrajo, y es donde sobresale con más éxito. De fuerte personalidad. Hombre de imaginación y espíritu generoso. Dentro de su carrera política es la justicia lo que persigue. Siendo diputado por Laja, pronuncia fogosos discursos porque se declarasen disueltos los Mayorazgos. Era un político de oposición, un revolucionario que conquistó abundantes aplausos en la tribuna. Por uno de sus discursos políticos, fué perseguido, y luego confinado a Copiapó, por las autoridades. Más tarde fué desterrado a Lima, destituyéndosele de su cargo de Oficial Primero de la Oficina de Estadística, y de su cátedra del Instituto Nacional.

Pasados algunos años, volvió a la patria, dedicándose a su profesión de abogado. Se le nombró Miembro de la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad.

Por enfermedad determinó trasladarse a Europa. Se estableció en París, y ocupó un puesto en la Legación Chilena. En 1860 se le nombró Encargado de Negocios en Estados Unidos, lugar donde murió a poco de haber llegado.

Su labor literaria no es escasa, a pesar de los cargos que tuvo que desempeñar. En *El Semanario*, y en *El Progreso*, versos y folletines teatrales. En *El Crepúsculo*, *Elena* y *Eduardo*, leyenda

en verso; en *Revista de Santiago*: *Rápido bosquejo de un paralelo entre O'Higgins y Carrera, Instrucción primaria*, etc. Algunas traducciones: *Lorenzino o la libertad de Florencia*, de Hugo; *El alquimista*, de Dumas; *Historia Moderna de Michelet*, *Economía Política*, de Seneuil, etc. Escribió tres biografías. Bernardo O'Higgins, Manuel Balmaceda, Pedro de Valdivia: Y entre otras cosas, citaremos su narración en verso: «*La espada de Felipe el atrevido*».

BILBAO

A Francisco Bilbao se le considera filósofo y escritor revolucionario.

Siendo niño acompañó a su padre en los dolores del destierro. En 1839 inicia sus estudios en el Instituto Nacional. Lee a Homero, Dante, Béranger, Byron. Los primeros escritos lo revelan un artista delicado, tanto por el pensamiento como por el estilo. En 1842, es un asiduo concurrente a la Sociedad Literaria, lee varios trabajos en ella, por ejemplo: «*Relación de la psicología con la soberanía del pueblo*». En el Certamen abierto por la Sociedad, obtiene un premio. Se dedica con pasión al estudio de la Historia, y de la Filosofía. Se dió a conocer como un analista sutil y profundo. En 1843 traduce «*La Esclavitud Moderna*», de Lamennais, para el pueblo chileno, en favor de su libertad social. Lee a Michelet, Renan, Quinet. El espíritu de Bilbao se vigoriza. En junio de 1844 publica en *El Crepúsculo*, «*Sociabilidad Chilena*», produciendo una enorme agitación en la vida santiaguina. El escrito fué condenado por blasfemia, sedición e inmoralidad. Bilbao debía pagar una gruesa suma de dinero, o sufrir la pena de 6 meses de prisión. El público numeroso que había asistido a ver el fallo pagó la suma. Bilbao fué sacado en andas entre vítores y aplausos. Era un triunfo indiscutible, colmándolo de popularidad. La publicación fué quemada, y El

Crepúsculo, clausurado. Desde entonces Bilbao fué un ídolo del pueblo chileno.

En su afán por el estudio parte a Europa en 1844. En Francia tiene amistad con Michelet, y con Quinet, filósofos y cate-dráticos franceses. Existía entre ellos una relación espiritual: Amor sincero por la humanidad. Bilbao, poseído por la avidez intelectual estudia materias de diversa índole. Visita otras ciudades europeas. Vuelve a Chile en 1850. A fines de este año, funda la «Sociedad de la Igualdad»; para servir al proletariado en lo político, y social. Verdadera escuela de Derecho y de Cultura para el pueblo. Tuvo el concurso de algunos diarios. En la misma fecha publicó «Boletines del Espíritu», el Arzobispado y la prensa católica lo combatieron encarnizadamente. La Sociedad de la Igualdad, fué atacada con el propósito de ultimarla. Hubo víctima y sangre. Se forman otras sociedades dependientes de la Igualdad. Se conspira contra el Gobierno. Nace el golpe revolucionario de 1851. Bilbao huye a Lima, milagrosamente. Publica Mensajes del Proscrito. Va a Ecuador, siempre con sus ideales de regeneración social. Vuelve al Perú, y luego se va a Europa, en 1854. Llega a Londres. Visita París. Quinet, desterrado; Lamennais, muerto. Desolación. Escribe y publica «El Dualismo de la Civilización Moderna», 1856. Va a Bélgica en busca de su amigo Quinet. Vuelve a París. En 1857 regresa a Buenos Aires, para reunirse con su madre. Escribe en Revistas y Diarios. Conquista triunfos populares. Encontrándose en Río de la Plata, salva a una mujer que cae a un río; en sus esfuerzos, se daña interiormente, muriendo el 28 de agosto de 1862. La prensa de América y de Europa le rindió sus homenajes.

Este es el itinerario de Francisco Bilbao, que por su ideal de regeneración de la sociedad, se le simboliza con el nombre «El Apóstol del Pueblo».

CHACON

Jacinto Chacón es otro de los fundadores de la Sociedad Literaria. En una de sus sesiones leyó, «Canto a O'Higgins». Repetidas veces insertó poemas en El Semanario, luego en El Crepúsculo: El pobre y el rico, Brindis a la patria, La primavera, y traducciones de Lamartine, Hugo y Metestasio. Colaboró más tarde en La Revista de Santiago, El Mercurio de Valparaíso, y otras revistas. Dentro de sus estudios jurídicos sobresalen, sus dos extensos volúmenes: «Exposición razonada y estudio comparado del Código Civil Chileno». Algunos años después, se distingue por sus numerosos opúsculos. La Iglesia y el Estado La Quinta Normal de Agricultura, Estudios de la Ley de Elecciones, etcétera.

Fué diputado. Su palabra era correcta, patriótica, elevada.

Sostuvo una polémica con don Andrés Bello, sobre la manera de escribir la historia, a raíz de la publicación de «Bosquejo histórico de la Constitución», de Lastarria. Demostró poseer una cultura jurídica vigorosa.

Chacón, como poeta destacado de su época ha sido estudiado en el Tomo I, de la Biblioteca de Escritores de Chile, de él nos dice su autor: Chacón, fué fiel a las letras, y más todavía a las musas. Conquistó una reputación sólida de poeta. Facilidad espontánea, versificación elegante, sobria y correcta. Un ingenio felizmente dotado para el cultivo de la verdadera poesía.

ESPEJO

Periodista, orador. Juan N. Espejo nace en Talca. A los 16 años se enrola en el Ejército para combatir en el Perú. Un año después, estudia en el Instituto Nacional.

En 1842, forma parte de la Sociedad Literaria. Lee en una de sus reuniones un ensayo literario. Escribe para El Crepúsculo. En

1844 es Redactor de *El Siglo*, junto a su amigo Fco. de Paula Matta. Funda dos periódicos populares. Perseguido por su independencia de carácter, y acción revolucionaria, es encarcelado. Puesto en libertad, lucha nuevamente, como periodista y político, en las elecciones de 1846. Se le reduce otra vez a prisión. Puesto en libertad, un año después, toma la redacción de *El Progreso*. Escribe artículos llenos de seducción, y vehemencia doctrinaria. Idealista, lleno de impetuosidad reformadora. El año 49, junto a V. Pérez Rosales, va a California. Vuelve en 1854. Se dedica al periodismo. Es diputado en los años 64 y 70.

Juan N. Espejo, soldado en el Perú, político encarcelado, aventurero en California, periodista ingenioso, es un hombre que despierta simpatía y admiración.

FRIAS

Publicista y diplomático argentino. Tuvo Félix Frías, gran participación en los pronunciamientos de la opinión contra la dictadura de Rosas. Como emigrado llegó a Chile en 1842. Se dedicó al periodismo. Fué redactor de *El Mercurio*. Regresó después de algunos años a su patria, donde, junto a Fco. Bilbao, redactó un diario. Como periodista y escritor, Félix Frías, demostró vivaz talento y distinción literaria entre los intelectuales chilenos de la época.

Más tarde fué Ministro de su patria en Chile. Una vez vuelto a Buenos Aires, agitó la prensa y la opinión pública en contra de Chile, con motivo de la cuestión de límites con la República Argentina. Desde esa época fué considerado como un enemigo de nuestro país.

GARCÍA DEL RÍO

Colombiano. En España adquirió una gran cultura. Allí se relacionó con don José de San Martín. Estuvo en Inglaterra.

Pasó a la República Argentina donde sirvió de Secretario de Estado a San Martín. Más tarde colaboró en el Gobierno de Bolívar, de Santa Cruz, de Flores. En Chile puso su talento y su ilustración en El Mercurio de Valparaíso. Fundó El Museo de Ambas Américas, desde donde recibió como un acontecimiento el discurso de don J. V. Lastarria, a raíz de la fundación de la Sociedad Literaria. García del Río, después de estudiar la importancia que tienen esta clase de sociedades en el desarrollo intelectual, aplaude el espíritu chileno que a *la sombra de la paz se dedican al cultivo de las letras*. García del Río, fué uno de los impulsores más fuertes de la cultura en Chile.

García del Río, ha sido una de las figuras más interesantes y singulares del período de la revolución hispanoamericana. Por su talento preclaro, y su ingerencia en los acontecimientos de nuestro Continente, por los altos puestos que desempeñó, tanto en Chile, Perú, Colombia y Ecuador, ocupa García del Río, un lugar prominente entre los hombres ilustres de América.

Publicó una Biografía del general San Martín, y otra sobre Bolívar. Además «Meditaciones colombianas. En Londres con don Andrés Bello, fundó La biblioteca Americana, y El repertorio Americano. García del Río, tuvo dos decoraciones: de la Legión de Mérito de Chile, y la de la Orden del Sol del Perú. Sin embargo sus últimos años fueron tristes. Vivió en Copiapó en condiciones muy modestas. Murió en México a los 62 años.

GARCIA REYES

Político, estadista, orador y publicista fué Antonio García Reyes.

Amigo inseparable de M. A. Tocornal, y S. Sanfuentes, que por una casualidad de la naturaleza nacieron en el mismo año.

García Reyes, sin duda, formó parte de la Sociedad Literaria, o bien estimuló a los jóvenes que pertenecían a ella, porque es uno de los que subscriben el «Informe de la Comisión

encargada de calificar el mérito de las composiciones» presentadas al Certamen Literario de 1842. Y es indudable que también colaborara en El Semanario de Santiago, como lo hizo Sanfuentes, y otros jóvenes de su época.

García Reyes, participa más en otras actividades que como escritor. Desde 1843 a 1850, su nombre adquirió inmenso prestigio por la espontaneidad, elegancia, y agudeza extraordinaria de su oratoria. En el Parlamento era respetado, aun por sus adversarios políticos. Tal era su expansión emotiva, su nobleza y el brillo de su palabra.

En 1845 fué nombrado Miembro de la Universidad de Chile. Al año siguiente presentó su memoria histórica «La primera Escuadra Nacional», conquistando fama de escritor correcto. Al incorporarse en la Facultad de Leyes, hizo un estudio y biografía de «Fco. Bello», 1853. Con su firma, hay también una biografía de «José Ignacio Zenteno», en la Galería Nacional de Hombres Célebres por N. Desmadryl. Confeccionó Proyectos de Ley, entre ellos, uno sobre la Organización de la Instrucción Primaria, y otro sobre Procedimientos en el Juicio Civil ordinario. Junto a un discurso de M. A. Tocornal, publicó «Mayorazgos» en contestación a los dichos por Juan Bello en la Cámara.

García Reyes siendo Ministro de Hacienda, reorganizó la Casa de Moneda, fomentó la colonización en la Provincia de Valdivia, etc. En 1850 fué Fiscal Superior de la Corte Suprema de Justicia, en 1852 redactó el Código Penal, etc.

Le sorprendió la muerte en Lima, yendo como Diplomático a Estados Unidos. Sus restos fueron repatriados. Una de nuestras calles de Santiago lleva su nombre.

GOMEZ

Juan Carlos Gómez, figura entre los emigrados que llegaron a Chile buscando descanso. Poeta y periodista uruguayo. Valparaíso fué para él como su Montevideo. Contaba 25 años.

Desde sus comienzos periodísticos demostró sólida versación en materias de diferente índole. Razonado, elegante en la forma, era un escritor distinguido. En política opone enérgica resistencia a las medidas represivas de la libertad de prensa. Conquista honrosas victorias desde *El Mercurio*. Su prestigio de periodista democrático se confirma por su apostolado en la emancipación sudamericana. La libertad de prensa, de reunión, de comercio, de profesiones, de sufragio fueron sus temas periodísticos e intelectuales.

En cuanto a su acción en Chile, escribe: Ni gobierno, ni partidos me impusieron, pues en Chile obedecí a convicciones sinceras y nobles. Amaba la libertad para Chile, como la amaba para el Río de la Plata y para el Mundo Entero». Su paso por nuestra patria fué fecundo. Un homenaje popular que se le diera a su partida, señala el aprecio y la admiración que se le tenía. Fué un guía de la juventud, y un defensor del pueblo que le hospedaba.

GUTIERREZ

Juan María Gutiérrez, como la mayoría de sus compatriotas argentinos, fué un eminente publicista. Perseguido, y luego desterrado por Rosas. Viaja por varios países sudamericanos. Luego va a Europa, pasando por Italia, Suiza, España, etc. Vuelto a América, llega a Chile en 1844. En Atacama, publica un poema delicado «A las Copiapinas». Establecido en Valparaíso, es nombrado Director de la Escuela Naval. En 1845 da a la luz una recopilación del poeta uruguayo, Olmedo: *Obras Poéticas*, y un canto a la Independencia de Chile; en 1846 su famosa obra de selección lírica, «América Poética», luego vienen: *El Lector Americano* y *Elementos de Geometría*.

En Santiago, se hace cargo del diario *La Tribuna*, reimprime el poema nacional «Arauco Domado», del poeta colonial Pedro de Oña. Esta publicación le mereció el aplauso de todos los chi-

lenos. Gutiérrez dió a la luz otras obras, con lo que refuerza y estimula la afición a la literatura.

Gutiérrez vuelto a su patria, después de visitar Perú y Ecuador, es nombrado Rector de la Universidad de su país. Publica numerosas obras, y revistas conquistando un puesto de honor entre los escritores ilustres de América.

LASTARRIA

José Victorino Lastarria, ocupa un lugar distinguido entre nuestros escritores más sobresalientes. Hombre de gran cultura. Revolucionario de las ideas de su tiempo. Carácter independiente. Amor propio. Personalidad intelectual indiscutible. Es el primero que lleva la filosofía a la historia, provocando entusiasta polémica sobre el método de escribirla. Con él comienza la oratoria parlamentaria en Chile, y es el primero que mezcla la política a la literatura.

Nace en 1817. Tuvo por maestros a Mora y Bello. A los 20 años es Secretario de la Academia de Leyes, a los 22 abogado, y Catedrático de Legislación; a los 26 Oficial Mayor del Ministerio del Interior, a los 32 Diputado, durante 7 períodos, a los 45 Ministro de Hacienda. Después de esta edad, Lastarria continuó sirviendo en la Administración, repetidas veces: Plenipotenciario en varias Repúblicas Americanas, Ministro de la Corte de Apelaciones, y de la Corte Suprema, Senador de la República, Ministro de Estado, Decano de la Facultad de Leyes, etc. Estos cargos darán una idea, de su acción dentro de la política, y vida chilena.

Para nosotros, donde reside la importancia de Lastarria, es en su papel de escritor, e impulsador de las letras nacionales.

El 3 de mayo de 1842, pronuncia Lastarria, el Discurso de inauguración de la Sociedad Literaria. Es esta la fecha que marca el acontecimiento de la iniciación de nuestra verdadera literatura. Sus palabras indicaron el rumbo de los escritores de

su generación, jóvenes que comenzaron a dar sus producciones, basadas en la naturaleza o vida nacional. Lastarria dijo en aquella reunión: «Fundemos nuestra literatura nacional, en la independencia, en la libertad del genio. Despreciemos esa crítica menguada que pretende dominarlo todo; sus dictados son las más veces propios para encadenar el entendimiento; sacudamos esas trabas, y dejemos volar nuestra fantasía, que es inmensa la naturaleza». «Fuerza es que seamos originales, tenemos dentro de nuestra sociedad todos los elementos para serlo, para convertir nuestra literatura en la expresión auténtica de nuestra nacionalidad». En otra parte volvía a insistir: «Nuestra literatura debe sernos exclusivamente propia, debe ser enteramente nacional». De esta manera reveló, Lastarria, su vigorosa mentalidad de 25 años, y su visión brillante. Hubo consagradorios elogios para el joven maestro, y hubo también desagradable silencio. El Discurso dió popularidad a la Sociedad Literaria, que poco más tarde iba a ser el centro de la renovación de las ideas literarias y políticas.

De la Sociedad nació, El Semanario de Santiago, desde donde comenzó la juventud a publicar sus primeras manifestaciones literarias. Después vino El Crepúsculo. Una falange de hombres de gran figuración política e intelectual nace desde las columnas de estos dos periódicos: La Generación de 1842.

En 1844, Lastarria, como miembro de la Universidad, debía presentar una memoria histórica, la hizo con el título de Investigaciones sobre la influencia social de la conquista y del sistema colonial de los españoles en Chile— En 1846 es premiado por la Facultad de Humanidades, por otra obra histórica: Bosquejo histórico de la Constitución de Chile durante el primer período de su revolución. Ambos libros le dieron popularidad de escritor, por las innovaciones que llevó a cabo, en cuanto «a la manera de escribir la historia», dando origen a una polémica sobre este género.

Escribió, Lastarria, además: Elementos de Derecho Público Constitucional, 1846; Juicio histórico sobre don Diego Portales, 1861; La América, 1865; Lecciones de Política Positiva, 1874; Recuerdos Literarios, 1878, obra clásica de nuestra literatura, donde historia el movimiento de 1842; Antaño y Ogaño, 1885, etc.

Lastarria contribuyó, además en el desenvolvimiento literario de Chile, fundando: El Círculo de amigos de las letras, 1859; y la Academia de las bellas letras, 1873. Es digno de recordar también, su Revista de Santiago, 1848.

IRISARRI

Don Hermógenes de Irisarri se educó en el Instituto Nacional. Formó parte de la Sociedad Literaria, y colaboró asiduamente en El Semanario, y en El Crepúsculo, donde aparece su Apólogo Oriental, Pensamientos, A Lice, «A...», y una traducción, Sara en el baño, de Hugo.

Fué redactor de El Comercio de Valparaíso, La Tribuna, Revista de Santiago. En El Ferrocarril aparecen algunos folletines traducidos por él, del francés y del inglés.

Como crítico publicó una serie de Cartas sobre el teatro moderno, en la Semana. Escribió la biografía de Juan Mackenna, que aparece en Galería Nacional de Hombres Célebres, por N. Desesmadryl. Desempeñó varios cargos diplomáticos.

Irisarri, conocía bastante bien la literatura francesa, inglesa e italiana. Tuvo predilección por Hugo, Musset y Vigny, a quienes tradujo e imitó. Se ha dicho de él, que se distingue más como traductor que como autor original. Sin embargo, sus poesías: Al Sol de septiembre, Anacreónica y sus sonetos: La España del siglo XV, y Lágrimas, han sido elogiadas, y aprendidas, tanto por su arranque patriótico como por su emotividad. A. Valderama, en su Bosquejo histórico de la poesía, dice del poeta:

«Fácil, conciso, elegante, sus versos tienen una magia singular y una dulzura encantadora».

LILLO

Eusebio Lillo, fué uno de los cooperadores más entusiastas de la Sociedad Literaria, y uno de los premiados por su «Canto al 18 de septiembre», en el Certamen que abriera, para celebrar el aniversario de la patria. Se reveló luego como poeta inspirado de aquella época, por su elegía a la muerte de don José Miguel Infante, 1844. Desde entonces comenzó a colaborar en diarios y revistas, con versos y prosas. En 1846 ocupó algunos puestos públicos, sin dejar la poesía. En 1849 publica su leyenda «Loco de amor» y otras composiciones que le dieron fama de poeta elegante, y armonioso.

Lillo participó en la política. Formaba parte de la «Sociedad de la Igualdad». Se encontraba entre los jóvenes que luchaban por la libertad en la agitación revolucionaria de 1851. Sentenciado a muerte, huyó a Lima. En 1858 va a Bolivia. Dedicado a empresas industriales reúne considerable fortuna. El poeta durante todos esos años continuó escribiendo y publicando sus producciones. Regresa al país en 1871. Es Alcalde de Santiago en 1878, luego Intendente de Curicó, desempeña otros cargos, y en 1882 es Senador. Después viaja por Europa. 1889. A su vuelta se consagra a la literatura y a la pintura. Sus poesías se publicaron en volumen sólo en 1923.

Fué Eusebio Lillo llamado el «poeta de las flores», y también el «ruiseñor de la poesía chilena». El autor de nuestra «Canción Nacional», sobresalió principalmente por la gracia delicada y flexible de su estrofa, por la melodía suave y dulce de su expresión esencialmente musical y armoniosa, y por la melancolía voluptuosa y tierna de sus inspiraciones, así nos lo presenta un crítico de su época.

LINDSAY

Escritor y servidor público, fué Santiago Lindsay.

Es uno de los primeros que figura en el impulso literario de 1842. Componente de la Sociedad Literaria. Colaborador de El Crepúsculo, aparecen dos cuentos suyos: Jorge y don Martín Gómez. Una poesía, la mujer del soldado, que es una leyenda chilena. En el primer Certamen literario abierto por la Sociedad Literaria, con objeto de celebrar el aniversario patrio, obtuvo Lindsay, el primer premio en poesía.

El poeta se dedicó más tarde al periodismo, y luego a la política, terminando como diplomático.

Como periodista demostró ser un hombre culto, cortés, polemista en que rivalizaba la elegancia de su estilo con su poderosa habilidad dialéctica.

Como político ocupó un puesto de diputado en el Congreso.

En la Diplomacia fué Ministro en Bolivia. A su regreso de La Paz, 1873, es nombrado Jefe de la Oficina Central de Estadística. Sirviendo al país, en sus funciones, fallece en Constitución.

LOPEZ

Vicente Fidel López, como los demás emigrados argentinos llegó a Chile huyendo de la tiranía de Rosas. Como redactor de la Revista del Valparaíso, 1842, dió algunos artículos literarios de sólida validez. Contribuyó de esta manera a despertar en la juventud la inclinación hacia las letras. Fué así como su estudio crítico «Clasicismo y Romanticismo», en la citada revista produjo una intensa polémica literaria, levantando los ánimos de los intelectuales en Chile. Siempre tuvo López un afán de estímulo literario.

López participó en el periodismo asociado con Sarmiento. También hizo clases de Historia y de Literatura. Ocupó el sitio

de Fco. Bello, en la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad de Chile. Por encargo del Gobierno preparó dos libros elementales para la enseñanza.

Por sus artículos literarios, especialmente el titulado «Clasicismo y Romanticismo», López contribuyó de una manera plausible al movimiento intelectual de 1842.

Otro artículo importante es el que escribió en la Gaceta del Gobierno, a raíz del Discurso de Lastarria en la inauguración de la Sociedad Literaria. He aquí una parte: «La publicación del discurso del señor Lastarria es, en esta República, algo más que la impresión de un escrito. Nosotros lo clasificamos como un *suceso social*, sin pretender rebajar en lo más mínimo el alto elogio que envuelve esta palabra. Este discurso es la primera voz que alza la generación nueva. El señor Lastarria es el primero, entre los jóvenes chilenos, que ha tocado, con sus ideas y sus estudios, las cuestiones que debieran ocupar el pensamiento nacional, y las ha tocado de un modo bello y claro».

MATTA

Francisco de Paula Matta comenzó sus estudios en el Liceo de Santiago, que dirigiera don José Joaquín de Mora. En 1844 se recibe de abogado.

En El Semanario de Santiago, se inicia como escritor, continuando en El Crepúsculo. En la misma fecha que se recibe de abogado, funda El Siglo, diario de oposición al Gobierno, tribuna de preconización democrática, y de defensa de los derechos del pueblo. Desde sus columnas aboga con abnegación y entereza en favor de Fco. Bilbao, correligionario, amigo y condiscípulo, en la acusación que se le hizo por su célebre ensayo «La Sociabilidad Chilena». Fco. de Paula Matta, fué su abogado legal en favor del acusado. Sólo la lealtad le dictó tan noble rasgo de compañerismo. En esos tiempos esta acción significaba levantar las iras a la aristocracia. Después de esta tempestad po-

lítica y social. Matta, emprende viaje a Europa. Durante 4 años recorre Francia, Italia, España, Alemania, etc. A su regreso toma a su cargo La Revista de Santiago, 1850, donde redacta ardientes páginas políticas, artículos de diversos géneros y algunas poesías.

Fco. de Paula Matta, es considerado como uno de los escritores más originales y valientes de su tiempo. Espontaneidad y nobleza eran sus características, más una bella elevación espiritual.

MINVIELLE

Hijo de padres franceses, nace en España. Huérfano. Es enviado a estudiar a Francia. Vuelve a su patria. Se ve obligado políticamente a partir para América. Se establece en Buenos Aires. Dedicase a la enseñanza. Colabora en varias revistas literarias. Llega a Chile en 1837. Participa en varias actividades. En 1842 se representa su drama «Ernesto», que obtuvo aplausos calurosos del público. Anteriormente había dado a la escena las traducciones de Antony y Hernani.

Minvielle en 1843 es nombrado miembro de la Facultad de Filosofía y Humanidades. Publicó después textos de enseñanza: Manual de Preceptores, El Libro de las Madres, y de las Preceptoras, Aritmética mercantil, etc. Por sus publicaciones dedicadas a la enseñanza, traducciones y artículos literarios que firmó con el pseudónimo El Duende, Minvielle, cooperó al movimiento intelectual de la época.

Murió en 1887 en La Serena, como Rector de Liceo de esa ciudad.

Dejó una biografía sobre Manuel Rengifo.

MORA

Poeta y educador, José Joaquín de Mora, nace en España. Lucha en la batalla de Bailén, y cae prisionero. Es trasladado a Francia. Viaja por Inglaterra, y regresa a España. Escribe en

diarios y revistas literarias. Compone obras dramáticas. Se le nombra miembro de sociedades y academias. Nuevamente va a Inglaterra, se relaciona con Andrés Bello, y García del Río. Publica artículos, poesías, y libros, ensayos sobre América. Traduce obras francesas e inglesas. En 1827 viene a América. En Buenos Aires es redactor de algunos diarios. Llega a Chile en 1828.

La labor realizada por Mora en nuestro país, fué de positivo valor, y trascendencia. Consagrado a la enseñanza, funda el Liceo de Chile, con que reforma nuestro sistema educacional. Con él estudiaron niños, jóvenes, que más tarde van a ser ciudadanos distinguidos, ya en las letras, ya en la política: Vallejo, Lastarria, Tocornal, Chacón, etc.

Durante su estadía, colaboró en los diarios chilenos con estudios y poesías. A él se debe exclusivamente nuestra Constitución Política de 1828. En 1829, se nacionaliza chileno, y en 1831 es deportado por Portales. A él se deben, también, las simientes democrática que fructifica años más tarde en Chile. Sus leyendas Españolas, fueron muy leídas. Indudablemente, ejercieron influencia en los poetas que más tarde comenzaron a dar a la luz «leyendas chilenas», y poesías nacionales.

NUÑEZ

José María Núñez, se distingue entre los hombres de 1842, como un educador ejemplar. Discípulo de don Andrés Bello. En 1837 da lecciones de Gramática Castellana, y de Literatura en el Instituto Nacional. Compuso un extenso trabajo sobre Análisis lógico de algunas proposiciones de Don Quijote.

Fué componente de la Sociedad Literaria, en su propia casa se realizó la primera reunión. En El Semanario publicó diversos artículos, poesías y una semblanza de don José Domingo Amunátegui.

En la enseñanza fué Director y propietario del Colegio de Santiago. En 1850 funda el Liceo de Valparaíso, en dicha ciudad, plantel que tuvo gran prestigio en el país. Colabora continuamente en El Mercurio, y en El Diario, de la localidad. Un recuerdo permanente hay de José María Núñez, la estrofa que luce el frontispicio del Cementerio General de Santiago, se debe a su inspiración de poeta:

«Esta que llamas tumba de los hombres
 porque en ella descansan sus cenizas,
 es la cuna sagrada donde empieza
 a renacer el alma a mejor vida».

OVALLE

Ramón Fco. Ovalle, tuvo por condiscípulos, en el Instituto Nacional, al selecto grupo compuesto por Bilbao, Lillo, Matta, y otros de su generación. Ovalle desde niño reveló talento admirable, y nobleza. Siendo muy joven, es nombrado Secretario de la Sociedad Nacional de Agricultura. Años más tarde, se consagra a las labores agrícolas. Después establece una Fundición de Metales. En sus nobles tareas de industrial, Ovalle, contribuye a la riqueza de Atacama y del prestigio del país. Fué un hombre sin egoísmo. Su generosidad fué reconocida por su pueblo, eligiéndolo diputado en varios períodos.

Ramón Fco. Ovalle en la época de sus estudios, perteneció a la Sociedad Literaria, y en el certamen literario que ella abrió a la juventud, obtuvo el segundo premio. El poeta que había en el hombre dedicado a la industria, siempre persistió. En sus momentos de descanso escribió poesías, tradujo Canto a Nerón, de Hugo, y la tragedia Cayo Graco, que Amunátegui publicó en la Revista Chilena, con elogio. Se ha sabido que durante 20 años, Ovalle, trabajó en la traducción de la Eneida de Virgilio, dejándola inédita. Esta obra fué sustraída durante la Revolución del 91.

PIÑERO

Abogado, periodista y viajero argentino. Miguel Piñero llega a Chile en 1840. Se hizo cargo de la redacción de *El Mercurio de Valparaíso*, en 1842, en cuyo puesto sucedió a Sarmiento. Publicó diversos trabajos de sumo interés, entre los cuales se pueden citar: *La Marina Nacional*, *La política y la prensa en las Repúblicas Americanas*, *Cuestiones ortográficas*, *Organización de la Enseñanza Pública*, etc. Sostuvo varias polémicas en los diarios de la época dándose a conocer como un periodista de mérito sobresaliente.

Piñero fundó la Secretaría y la Intendencia Marítima. Murió en nuestra tierra.

PINTO

Aníbal Pinto, político, estadista, senador y Presidente de la República.

En las Actas de la Sociedad Literaria, aparece registrado como socio Aníbal Pinto, además figura entre los que presentaron trabajos en dicha Sociedad.

La obra literaria de Pinto es bastante reducida. Sin embargo dedicó bastante tiempo a la literatura. Escribió algunos artículos, y ensayos en diarios y revistas, entre ellos «El método en Filosofía».

Repetidas veces fué diputado, senador, y Ministro de Estado. Por su aporte en el adelanto nacional, en 1876, el pueblo en reconocimiento, lo elige Presidente de la República.

El nombre de Aníbal Pinto, trae a la memoria un grato recuerdo, a todos los ciudadanos que conocen el brillante período histórico de su Presidencia.

RAMIREZ

Juan Enrique Ramírez, dice el Diccionario de P. P. Figueroa, y más o menos lo mismo el de J. D. Cortés, lo siguiente: «Industrial y agricultor. En una época en que todavía notable influencia en el país los diversos sistemas rutinarios de la Colonia, planteó la fabricación de tejidos de cáñamo, la Empresa de la Compañía de Gas, y la de Ferrocarril Urbano de Valparaíso. Ha dejado un grato recuerdo en la historia y en el país, por su consagración a las industrias y a la agricultura de la República».

Manuel Blanco Cuartín, en sus Artículos escogidos, le dedica 12 páginas, donde da detalles sobre la vida intelectual de Juan Enrique Ramírez, en la época de la generación literaria de 1842. Dice que: escribió algunos artículos que se distinguían sobre todos por el lenguaje perfectamente castizo y el giro donoso de los modismos». «A más de varios artículos de notable fuerza satírica y de polémica, publicó un folleto que, según recuerdo, hizo gran sensación en Santiago». «Pues bien, entre los memorables precursores de la literatura chilena, a quienes se debe bendecir todos los días, se hallaba Juan Enrique Ramírez».

SANFUENTES

Salvador Sanfuentes, se ha distinguido en nuestra historia como poeta, político y magistrado. Su dedicación al estudio desde joven, hizo de él, un hombre de amplia cultura, lo que le sirvió para desempeñarse con lucimiento en diversas funciones administrativas. Conocía el inglés, francés, italiano, latín, etc.

Elegido diputado en 1846, fué el primero en abogar por la libertad de cultos. Su honradez y su talento lo demostró en varias ocasiones. A raíz de la Reglamentación del Estado de Sitio, y de las Facultades Extraordinarias, lanzó sobre el despotismo de los gobiernos estas palabras: «Señores, desde el momento que un Gobierno tenga que valerse de medios violentos para

sostenerse, desde ese momento está pronunciada su sentencia de muerte: que se verifiquen más tarde o más temprano, poco importa; pero se verificará». Este rasgo indica su valentía, y su amor por la libertad.

Abogado en 1842. Desempeñó los siguientes cargos: Oficial de nuestra Legación en el Perú, 1836; Oficial Mayor del Ministerio de Justicia, 1837; Secretario de la Universidad de Chile, 1843; Intendente de Valdivia, 1845; Diputado, 1846; Ministro de Instrucción Pública, 1846 y 1855; Ministro de la Corte de Apelaciones de Santiago, 1855; Decano de la Facultad de Filosofía, 1856; Ministro de Corte Suprema, 1858. Durante todo su período de funcionario escribió poesía, hizo pintura, y tradujo varias obras literarias.

Como miembro de la Universidad hizo su memoria histórica sobre «Chile desde la batalla de Chacabuco hasta la de Maipo», donde dió a conocer sucesos con amenidad y precisión histórica. Pero el prestigio de Sanfuentes está como poeta, con sus poemas y leyendas. Y es principalmente considerado porque fué el primero que demostró a los emigrados, que había poetas en este país. Publica su leyenda El Campanario, en El Semanario de Santiago, lo que le dió aplausos y prestigio. Participó también, en la polémica sobre Clacisismo y Romanticismo. Pero El Campanario, fué puesto por las nubes, y desde entonces Sanfuentes, ha sido siempre citado por esta leyenda. Para nosotros, por hoy, tiene un valor circunstancial. Sin embargo hay descripciones logradas de tipos y costumbres de la época colonial. Tras esta leyenda, aparecieron otras, dándole una reputación de poeta innegable. Entre ellas: Inami o la Laguna de Ranco, Ricardo y Lucía, Teudo o las Memorias de un Solitario; El Bandido, Huentemagu, etc. Salvador Sanfuentes fué fecundo en su labor de poeta, y no podía dejarla, a pesar, de los trajines políticos, forenses y administrativos. Fué siempre el hombre acompañado por la poesía.

SARMIENTO

Don Domingo Faustino Sarmiento, que más tarde llegó a ser Presidente de la República Argentina, dejó en nuestra patria un recuerdo perdurable, como educador, publicista y diplomático.

Sarmiento, dotado de un talento poderoso, fué un valioso innovador en el apostolado de la educación de la juventud americana. Llevado por sus deseos de difundir la cultura, encaminó sus ideales hacia la literatura y la política. Como reformador de los sistemas educativos populares, se valió del libro y de la prensa. Es considerado como el espíritu más revolucionario de América. Después de realizar una meritoria labor en su patria, fué desterrado por la tiranía de Rosas. Llegó a Chile en 1841. Refugiado en Copiapó, trabaja de Mayordomo en la mina Colorada de Chañarillo, el más rico centro industrial de Atacama y del Pacífico durante esa época. Trasladado a Santiago, se encuentra con Lastarria, quien le proporciona algunos recursos, además lo relaciona con el editor español Rivadeneira, que editaba *El Mercurio* de Valparaíso. Sarmiento publica entonces su primer artículo escrito en Chile, relativo a la batalla de Chacabuco, logrando gran éxito. De esta manera comenzó el eminente escritor en Chile. Después fué nombrado Director de la Escuela de preceptores, para formar los primeros maestros que debían difundir la instrucción primaria en Chile. En 1842 se hizo cargo de la Redacción de *El Mercurio*, desde cuyas columnas inició una vigorosa campaña literaria, suscitando vivas polémicas con la intelectualidad chilena. Ningún emigrado tuvo una actuación más destacada como Sarmiento, en el progreso literario y político de 1842. Aconsejaba Sarmiento: «Cambiad de estudios, y en lugar de preocuparse de las formas, de la pureza de las palabras, de lo redondeado de las frases, adquirid ideas, de donde quiera que vengan, nutrid vuestro pensamiento con las manifestaciones del pensamiento de los más

grandes luminares de la época». «Escribid con amor, con corazón lo que se os alcance, lo que se os antoje que será bueno en el fondo aunque la forma sea incorrecta, será apasionado aunque a veces sea incorrecto, agrada al lector aunque rabie Garcilaso. No se parecerá a lo de nadie, pero bueno o malo será vuestro, nadie os lo disputará». Sarmiento acusaba de no haber poesía en nuestro país, y daba como causa de la esterilidad literaria, la mala dirección y tendencia de los estudios. Así, picando en el amor propio, los jóvenes se lanzaron a probar con producciones, que había poetas en Chile. Pero ellos surgieron a raíz de sus artículos, de sus polémicas con don Andrés Bello, José María Núñez, José Joaquín Vallejo, Rafael Minvielle.

Dentro de la educación se debe a Sarmiento, por sus reformas, el poderoso avance de la educación primaria y secundaria, de ese tiempo. Escribió algunos textos didácticos, y dirigió revistas con fines educativos.

Durante su estadía en Chile, dió a la luz varias obras como «Facundo», que es la epopeya popular argentina, y «Recuerdos de provincia», libro autobiográfico.

La permanencia de Sarmiento en nuestro país, contribuyó eficazmente al florecimiento de las letras nacionales. Se le recuerda hoy día con cariño y admiración. Una estatua en su homenaje se ha inaugurado últimamente, en una de nuestras plazas públicas de la capital.

TOCORNAL

Manuel Antonio Tocornal. Abogado, estadista, escritor. Tuvo por amigos inseparables a García Reyes, Lastarria y Sanfuentes.

Desempeñó un papel importante dentro de nuestra historia política. Hombre de inteligencia, caballeroso, culto. Abogado a los 22 años. Memoria privilegiada. Su correspondencia solía dictarla a tres secretarios a la vez.

El año 45 va a Europa, en viaje de estudio. Recorre Francia, España, Inglaterra, Bélgica, etc. A su vuelta llegó con una experiencia y un bagaje de cultura, y una amplitud de criterio que no poseían muchos de sus contemporáneos.

Se le elige diputado en 1846, dándose a conocer como orador sobresaliente. Conquistó notable prestigio, sobre todo, en la discusión de una absurda ley de Imprenta, que atacó con apasionamiento. En 1840 se le elige diputado por Valparaíso, siendo este triunfo, uno de los más populares habidos en el país. Era el candidato de la oposición. El año 50 se le ve como Ministro de Justicia y Educación, el 62 como Ministro del Interior y Relaciones Exteriores, el 64 es nuevamente diputado y Presidente de la Cámara, el 66 se le nombra Rector de la Universidad, el 67 como senador, ocupa la Presidencia de la Cámara. Esta es más o menos, la carrera política de uno de los ciudadanos más notables que han pasado por el Parlamento. Su labor de Estadista, y de Rector de la Universidad, es de grandes méritos.

Publicó algunos libros, entre ellos, su bosquejo histórico: El primer gobierno nacional.

VALDES

Abogado, orador, economista, Cristóbal Valdés es el iniciador de los estudios económicos en Chile. En la «Revista de Santiago», apareció en forma de artículos su obra «Estudios Históricos-Económicos», 1848, ocupando más de 200 págs. de dicha Revista. «Valdés, muestra en estos Estudios una erudición nada común, en un joven americano». Lastarria. Conocía el francés, inglés e italiano, idiomas de que se sirvió para consultar obras en dichas lenguas. La personalidad de este culto escritor, dentro de los estudios económicos de su tiempo, es excepcionalmente original. Valdés, merece también, especial recuerdo por su «Colección de leyes y decretos», que comprenden los períodos de 1810 a 1823, obra de gran utilidad. Desde 1849 hasta 1852 fué

diputado. En el foro, obtuvo celebridad. En cierta ocasión el propio Presidente del Tribunal, lo felicitó por su elocuencia, no ha habido otro caso semejante.

Cristóbal Valdés, fué fundador de la Sociedad Literaria, y colaborador de *El Crepúsculo*. Leyó en una de sus sesiones su estudio: el espíritu feudal y aristocrático en Chile. En la revista publicó entre otras cosas, su cuento: *Los dos puñales* y la biografía: Manuel Rodríguez. En el movimiento intelectual de 1842, el concurso de Valdés, «merece un recuerdo especial», dice Lasterria en sus *Recuerdos Literarios*, consagrándole varias páginas como homenaje.

VALDES

Rafael Valdés, cubano, figura entre los destacados personeros, que formaron fila por la Independencia Americana. Colabora en el Estado Mayor del Ejército de Bolívar, Desterrado de su país, llega a Chile. Realiza continuos viajes entre Santiago y Valparaíso. En su diario personal se encuentran anotaciones de sumo interés. De un paseo que hace a Renca, recoge impresiones, y escribe con soltura lo que es una chingana. Refiere que don Diego Portales, va dos veces por semana a estas fiestas. Por su Diario personal, demuestra que es obligado a dejar su residencia entre Valparaíso y Santiago. Por otra parte, no podía vivir bajo un régimen que no estaba de acuerdo con sus ideas de libertad y democracia. Se va a Copiapó. Colabora en la prensa. Sostiene algunas polémicas sobre política y moral. Sus artículos y composiciones poéticas, dan la impresión de una amplia cultura. En forma satírica corrige vocablos que pertenecen al lenguaje popular:

«El que diga «meliciano»,
«flaire», «endivido», «vistuario»,
«Alifonso», «pulimario»,
«mesmo», «vide», y «siudadano»
meta al bolsillo la mano
y entregue media onza de oro,
pues, es punible desdoro
hablar con tanto descaro
y hacer que el hombre sea guaro
cuando Dios no lo hizo loro».

Muchas producciones como estas se registran en la prensa. Además, Rafael Valdés, tuvo participación destacada en algunas asambleas políticas. El escritor espiritual, e ingenioso, el compañero y amigo de Bolívar y Sucre, fué asesinado por su criado, en 1866. Su nombre se recuerda en Copiapó por un plantel educacional que lleva su nombre: Escuela Rafael Valdés».

VALLEJO

Desde sus primeros artículos, políticos o literarios, José Joaquín Vallejo, sorprendió a los lectores por su agresividad e ironía. Así, en forma repentina conquistó la celebridad, como periodista y escritor.

Había nacido en la humildad. El Municipio de La Serena, interesado por la precoz y fuerte inteligencia del niño, lo educa en Santiago. Liceo de Chile, que fundara don José Joaquín de Mora. Cerrado el colegio por el destierro de su Director, trabaja como dependiente de una tienda, al mismo tiempo concurre irregularmente a clases del Instituto Nacional. Más tarde es nombrado Secretario de la Intendencia de Maule, 1835. Es aquí donde comienza a prepararse como escritor de artículos de costumbres. Enemistado con el Intendente vuelvé a la capital. Por desacuerdo de la política administraviva de sus jefes, apa-

recen en forma apasionada y sarcástica, sus primeros artículos, en *El Mercurio de Valparaíso*, en *Guerra a la tiranía*.

Después de algún tiempo se va a Copiapó, donde trabaja como tinterillo, y luego en el mineral de Chañarillo, como minero. En 1846 es poseedor de una gran fortuna.

Vallejo se había dedicado durante su estadía en Copiapó al periodismo, conquistando un lugar prominente, como autor de artículos de costumbres, en las letras chilenas. A su vez se hizo popular, tanto que el pueblo lo eligió diputado en 1849. En 1852 va a Bolivia como Encargado de Negocios. Muere en su tierra copiapina en 1858.

Vallejo está íntimamente ligado al movimiento intelectual de 1842, por las polémicas literarias que sostuvo con los emigrados argentinos. Fué Vallejo uno de los que paladinamente demostró con sus artículos literarios, que había escritores en Chile. Con altivez y violencia, mandó desde su rincón provinciano, sus famosas cartas, con el pseudónimo de Jotabeche. Ellas se publicaron en el *Semanario*, *Revista de Valparaíso*, etc.

Son de inestimable valor sus artículos de costumbres, y algunas de sus narraciones históricas como: *El último jefe español en Arauco*, y *el Coronel Montero*, Jotabeche es el iniciador del artículo de costumbres, y no ha habido otro en nuestras letras que lo haya sobrepasado.

He aquí lo que escribió sobre Romanticismo, en una de sus polémicas. «No te canses, querido amigo, decía la Carta a un amigo de Santiago, no pierdas tu tiempo en resistir al romanticismo, al torrente de esta última moda que es la más barata». «Hazte romántico, hombre de Dios, resuélvete de una vez al sacrificio mira que no cuesta otra cosa que abrir la boca, echar tajos y reveses, hablar de independencia literaria, escribir para que el diablo te entienda». Así escribía a los argentinos en 1842, fecha en que se inicia nuestra auténtica literatura.

VARAS

Antonio Varas. Abogado, orador, estadista.

Como abogado, repetidas veces, dió muestras de desinterés remunerativo, no tuvo ambición lucrativa en su profesión. En 1845 fué Ministro de Justicia e Instrucción Pública; y el 51, Ministro del Interior. Durante la administración de don Manuel Montt, período de diez años, permaneció frente al Gobierno como Ministro de Estado, realizando una fructífera labor en beneficio del país. Siendo Ministro en 1861, rehusó el ofrecimiento de su candidatura a la Presidencia de la República, acto de patriotismo que probó su ninguna ambición política.

Elegido diputado en 1862, preside la Cámara. Después, por varios años fué Senador, y presidente de la Cámara. Fundó la Caja de Crédito Hipotecario, en 1855. Más tarde fué su Director durante 30 años.

En la Enseñanza, Inspector, Vice-Rector y Rector del Instituto Nacional. Perteneció a la Facultad de Leyes de la Universidad.

Varas, como orador fué vehemente, desordenado, hábil. Poseía una profunda y honrada pasión por la causa del bien público. Era «una espada tajante con que se cortaban las grandes dificultades parlamentarias».

Antonio Varas perteneció al movimiento literario de 1842. Formó parte de la Sociedad Literaria. Su obra es escasa como escritor, pero animó el círculo de jóvenes, que más tarde sobresaldrían como poetas, historiadores o estadistas eminentes, como lo fué él.

BIBLIOGRAFIA

- 1.—Arteaga Alemparte (Justo y Domingo): *Los Constituyentes de 1870*. Stgo. 1910.
- 2.—Amunátegui Solar Domingo): *Las Letras Chilenas*. Stgo., 1934.
- 3.—Amunátegui Solar (Domingo): *El Instituto Nacional bajo los rectorados de don Manuel Montt, don Francisco Puente y don Antonio Varas*. Stgo., 1891.
- 4.—Amunátegui (Miguel Luis): *Ensayos biográficos*. Stgo., 1893-1896. 4 vols.
- 5.—Amunátegui (Miguel Luis y Gregorio Víctor): *Juicio crítico de algunos poetas hispanoamericanos*. Stgo. 1861.
- 6.—Barros Arana (Diego): *Un decenio de la historia de Chile*. Stgo., 1913. 2 vols.
- 7.—Bello (Andrés): *Obras Completas*. Stgo. 1881-1893.
- 8.—Blanco Cuartín (Manuel): *Artículos Escogidos*. Stgo. 1913.
- 9.—Coester (Alfred): *Historia Literaria de la América Española*. Madrid, 1929.
- 10.—Gutiérrez (José María): *América Poética*. Valparaíso, 1846.
- 11.—Cortés (José Domingo): *Diccionario Biográfico Americano*. París, 1875.
- 12.—Cruz (Pedro N.): *Estudios de la Literatura Chilena*. 3 vols.
- 13.—Donoso (Armando): *El pensamiento vivo de Bilbao*. Stgo. 1940.
- 14.—Eliz (Leonardo): *Musas Chilenas*. Stgo. 1889.
- 15.—Edwards (Agustín): *Cuatro Presidentes de Chile*. Stgo. 1932.
- 16.—Figuroa (Pedro Pablo): *Antología Chilena. Prosistas y poetas contemporáneos*. Stgo. 1908.
- 17.—Figuroa (Pedro Pablo): *Diccionario Biográfico de Chile*. Stgo. 1897-1901. 3 vols.
- 18.—Figuroa (Pedro Pablo): *Diccionario biográfico de extranjeros en Chile*. Stgo., 1900.
- 19.—Fuenzalida Grandón (Alejandro): *Lastarria y su tiempo*. Stgo. 1893.
- 20.—Guerra (J. Guillermo): *Sarmiento: Su vida y sus obras*. Stgo. 1901.
- 21.—Huneeus Gana (Jorge): *Cuadro histórico de la producción intelectual de Chile*. Stgo. 1910.
- 22.—Lastarria (José Victorino): *Recuerdos Literarios*. Stgo. 1885.
- 23.—Lillo (Samuel A.): *Literatura Chilena*. Sexta edic. Stgo. 1941.
- 24.—Mandiola (Rómulo): *Artículos Escogidos*. Stgo. 1911.
- 25.—Melfi (Domingo): *Dos hombres. Portales y Lastarria*. Stgo. 1927.
- 26.—Menéndez y Pelayo (Marcelino): *Historia de la Poesía hispanoamericana*. Madrid, 1911. 2 vols.
- 27.—Orrego Vicuña (Eugenio): *Don Andrés Bello*. Stgo. 1940.
- 28.—Polanco Casanova (Rodolfo): *Ojeada crítica de la poesía en Chile*. Stgo. 1913.
- 29.—Rocuant (Miguel Luis): *los líricos y los épicos*. Madrid. s. a.
- 30.—Rojas (Ricardo): *Historia de la Literatura Argentina*. B. Aires, 1917. 4 vols.
- 31.—Silva Castro (Raúl): *Antología de poetas chilenos del siglo XIX*. Stgo. 1937.
- 32.—Solar Correa (E.): *Escritores de Chile. Siglo XIX*. Stgo. 1932.
- 33.—Suárez (José Bernardo): *Rasgos biográficos de hombres célebres de América*. Stgo. 1872.
- 34.—Suscripción de la Academia de Bellas Letras a la Estatua de don Andrés Bello. Stgo. 1874.
- 35.—Torres (José Antonio): *Oradores Chilenos*. Stgo. 1850.
- 36.—Torres Caicedo (J. M.): *Ensayos biográficos*. París, 1863. 2 vols.
- 37.—Valderrama (Adolfo): *Obras Escogidas en Prosa*. Stgo. 1912.
- 38.—Vicuña Mackenna (Benjamín): *Los girondinos chilenos*. Stgo. 1902.
- 39.—Iñiguez Vicuña (Antonio): *Historia del período revolucionario en Chile*. Stgo. 1906.
- 40.—Zañartu (Sady): *Lastarria. El hombre solo*. Stgo. 1938.

Poesía de Chile en 1842

PERSPECTIVA DE HECHOS



UNQUE Lastarria, en sus «Recuerdos Literarios», piense que la médula de 1842 «sobrevino como una reacción casi individual», estamos ciertos que en este movimiento confluyeron muchas circunstancias que le prepararon y le vializaron el camino. En «Lastarria y su Tiempo», Alejandro Fuenzalida reconoce que este aserto de Lastarria se engendró en su exagerada visión de sí mismo (1). Sin duda que en 1842 la actividad de los hombres, su valentía, decidieron la marcha. Pero en comprensión total, fué la unidad de los acontecimientos con los varones de ese tiempo lo que hizo posible un movimiento que era el 1810 de nuestra frente. Pensamos que generalmente es la mano de un hombre la que escribe la historia y que esa mano entinta la pluma en la sangre de los sucesos que le rodean, en la sangre de los hombres que le sirven de cerco palpitante. En el movimiento del 42 las cosas no excepcionaron la regla. A no mediar unas cuantas causas de diferentes órdenes, dura, o casi imposible, habría sido la realidad de un sueño libertador en los escritores de aquel año. Ellos fueron la gota de agua que rebalsó el vaso.

A manera de simple información, y porque juzgamos que aún en el caso particular de nuestro trabajo es impropio no consi-

derarlas, enunciaremos algunas causas que, a nuestro parecer, ejercen dominio esencial.

El triunfo de Yungay, sobre la Confederación Perú-Boliviana, (1839), nos enorgulleció de sangre y pólvora, abriendo risueños cauces políticos: Bulnes traía la banda presidencial terciada al pecho como un símbolo de creación nacional. Había confianza en la patria. Y el horizonte se podía tocar con manos propias.

El plano social y el plano económico se levantaban armónicamente. Se trataba de ganar altura, de rescatar lo perdido en las batallas. Chile había conocido el tamaño de su alma y era preciso emplear positivamente este conocimiento (2).

Un decreto, de 17 de abril de 1839, firmado por Prieto y Mariano Egaña, paralizando a la Universidad de San Felipe (3), dejaba expedito el rumbo para una Universidad más acorde con el flujo democrático que andaba en nuestra historia. Los términos del decreto eran concluyentes: «Queda extinguido el establecimiento literario conocido con el nombre de Universidad de San Felipe». En esta casa había crecido un fuerte pensar amarillo, colonial, y la República debía desterrarlo: «Eran los elementos de selección social que pugnaban por sacudir el yugo con que la Colonia había atenzado a las inteligencias» (4). Entre los 5.000 libros de esta Universidad no sólo se acentuó «la gestación de ese espíritu colonial», sino que, también, (hay que decirlo), germinó la llamarada espiritual de los hombres de 1810. Lo irregular del decreto de 17 de abril era el no proponer ninguna nueva fuente de cultura en reemplazo de la descalificada Universidad de Tomás de Azúa. Los que en ella habían recibido sus herramientas de sabiduría, salieron en su defensa. Y más que sus palabras, la defensa partió de la misma Universidad: de la substancia ideológica que formara. Donde queda limpia su ejecutoria es en las palabras de Luis Galdames, puestas en el «Bosquejo Histórico» que nos informa: «Valorizó el estudio y la profesión intelectual entre gentes extrañas al clero y en el clero mismo;

fomentó la lectura, la única permitida en la Colonia, pero lectura al fin». Bastarían estas labores para honrar su eficacia.

Andrés Bello, llegado a Chile en 1829, trabajó durante 1841 en un Proyecto de Ley Orgánica de la Universidad. Se promulgó el 19 de noviembre de 1842. Y el 17 de septiembre de 1843, incendiando la modorra de un entonces demasiado lento, se instaló la Universidad de Chile, siendo su primer Rector el canónigo Meneses, por prudencia de Bello, y su primer Secretario General, un poeta, el autor de «El Campanario», Salvador Sanfuentes. Nuestra Universidad sería una hoguera progresista. Bello trazaba una pauta honorable y candente al señalar en su discurso inaugural: «Que los grandes intereses de la humanidad os inspiren» (5). Y la poesía no quedaba al margen de sus consejos, pues llamó la atención contra las «orgías de la imaginación». La Universidad de Chile era, desde ese momento, más que bandera, sangre en marcha.

Mas, si aparecía en gracia de venturosas posibilidades, sus hermanas menores, las escuelas primarias fiscales, alcanzaban apenas en el territorio a 56, (en la Capital funcionaba una sola). Manuel Montt redactaba por aquellos años nuestra primera Ley de Instrucción Primaria.

La Escuela Normal de Preceptores era fundada el 14 de Junio de 1842.

Y para una fiesta de saber, agrandaban nuestros impulsos los emigrados argentinos, (Sarmiento, Vicente Fidel López, Mitre, Alberdi, Gutiérrez, Piñeiro, Peña, etc.); ya Chile había henchido su destino cultural con José Joaquín de Mora; con Sazié y Gay, un médico y un naturalista franceses; con Blest, un médico inglés; con Gorbea, un matemático español. Bello era el timonel moral de nuestra juventud y se prolongaba en la vivacidad de Ventura Marín y José Victorino Lastarria. Un uruguayo, (Juan Carlos Gómez), y un colombiano, (Juan García del Río), cerraban este círculo de internacionalidad en el ascenso cultural chileno.

Sarmiento fué el ciego que alzó las capas de silencio con que nos cubríamos el alma. Con terquedad sostuvo que nuestra poesía no existía por dos razones terribles: porque no había ideas, y porque vivíamos sujetos a la cadena de una locura de lengua, maniatados por un lenguaje de almidón. Tales afirmaciones tuvieron la virtud de aguijonear el orgullo nacional, y la respuesta se dejó sentir, de inmediato, con la publicación de «El Semanario de Santiago» y, a poco andar, con «El Campanario», de Sanfuentes.

«El Semanario de Santiago» es la repercusión altísima de «La Aurora» de Camilo Henríquez. Juega su mismo altivo rol liberador. El Prospecto de este semanario apareció el 27 de junio de 1842. Y su primer número, el 14 de julio de 1842, (simbolismo de fecha con la sombra sangrienta de La Bastilla como tutela); se vendía a dos reales y circulaba los jueves. Se publicó hasta el número 31, (3 de febrero de 1843), contando con la colaboración de Lastarria, Jotabeche, Hermógenes Irisarri, Sanfuentes, Jacinto Chacón, García Reyes, Manuel A. Tocornal y otros valores, e imponiendo moralidad de lanzas humildes: la supresión de firmas al pie de los trabajos (6).

Seguramente, la polémica que abrió la acusación de Sarmiento, es el origen más agudo del florecer literario de 1842. Y en especial a ella nos referiremos más adelante.

Antes es preciso consignar una ley a la que nosotros atribuímos clara importancia en el desarrollo del avance cultural nuestro: la primera ley chilena de Propiedad Intelectual. Era la de 1834. Los escritores encontraban en sus disposiciones la custodia de sus obras en lo más vivo: en su economía (7).

Pareja a la obra escrita de Lastarria, finalmente, se destaca su Sociedad Literaria. Fundóse el 3 de mayo de 1842 y en su discurso de apertura Lastarria habló con brillantez solidaria: «Hemos tenido la fortuna de recibir una mediana ilustración; pues bien, sirvamos al pueblo, alumbrémosle en su marcha social para que sus hijos lo vean un día feliz, libre y poderoso». Esta

Sociedad abre el primer concurso poético chileno en septiembre de 1842—certamen que necesita de rubro aparte por sus resonancias.

SARMIENTO O LA TEMPESTAD

Adolfo Valderrama, en su «Bosquejo Histórico de la Poesía Chilena», (1866), la clasifica en los siguientes períodos:

- a) Período del coloniaje;
- b) De la Independencia; y
- c) contemporáneo.

Este último comprendería dos etapas: una de 1842 a 1854, la otra de 1854 a 1865.

«Sueño de la Poesía» llama él al instante que se extiende más allá del período de la Independencia, (1838-1842), y se lo explica para la justificación urgente del mutismo de nuestros poetas: «Las causas de tal silencio de la poesía deben buscarse en nuestro carácter positivo, y en las circunstancias que rodeaban al país en aquella época». Se acababa de romper el cordón umbilical con la Madre Patria. Más que cantar era menester organizar. Y en esa tarea depuradora se empeñaban todos. La poesía, flor de calma, aunque surge tras el vértigo de nuestros cataclismos, no podía echar al aire su rodaje celeste. Era necesario esperar un clima desposado con el éxtasis. Y para conseguirlo se trabajaba.

Sarmiento, haciendo de «El Mercurio» de Valparaíso una trinchera romántica, censuraba a los chilenos su enraizamiento en las simas de un estilo engrillado, proclamando la expresión desnuda y espontánea, libre y como directa emanación del corazón: «En lugar de ocuparos de las formas—decía—, de la pureza de las palabras, de lo redondeado de la frase, de lo que dijo Cervantes o fray Luis de León, adquirid ideas». La técnica la entregaba de este modo: «Escribid con amor, con corazón, lo que os alcance, lo que se os ocurra».

Salvador Sanfuentes polemizó con el argentino y en el número 2 de «El Semanario de Santiago» publicaba un artículo sobre «Romanticismo». Sanfuentes no sólo se conformó con esto. En el número 5 empezó a entregar el Canto I de «El Campanario», (llegando hasta el 7). Valderrama elogia a Sanfuentes porque «ha tenido siempre la originalidad que consiste en el colorido local»; a una ofensa de ceguera nacional, era natural que se contestase con una poesía olorosa a patria:

«Pero se también chilenos,
que si nunca comenzamos,
campo vastísimo damos
a los dicterios ajenos».

Sanfuentes permanece en el resplandor de nuestro afecto por su coraje:

«Si no sabemos hablar,
inventemos un lenguaje».

Y el lenguaje lo extrajo del color maravilloso de la tierra chilena, adentrándolo y amándolo, hasta llenarse de la gloria de su gracia:

«Ya sabéis lo que nos dice
un periódico perverso,
que no ha producido un verso
nuestro caletre infelice».

Se había quebrado el cetro de vidrio de «la hispana monarquía». Sanfuentes entendió que era inminente también desligarse de su cuidado interior:

«¿Por qué en literatura
sufrimos un yugo exótico?»

Y dió alas a su pluma. Sarmiento recibía, con «El Campanario», un ardiente desmentido, y nuestra poesía encontraba la clave de su propia belleza.

CERTAMEN LITERARIO DE 1842

La Sociedad Literaria, que dirigían los 25 años de Lastarria, llamó a un Certamen Literario en 1842. En «El Semanario de Santiago», número 11, de 18 de septiembre de 1842, viene el fallo, firmado por Lastarria, García Reyes y Carlos Bello, alabando el poema premiado. Pertenece a Santiago Lindsay y se llamaba «A la Libertad de Chile». El fallo aludía a «una imaginación fecunda, germen de ideas nuevas y de atrevidos pensamientos».

El *accessit* correspondía a Ramón Ovalle; el tercer premio, a Francisco Bilbao; y el cuarto, a Javier Renjifo. El premio en prosa lo obtuvo Juan Bello, con «El Dieciocho de Septiembre».

Los poetas inauguraban recién su adolescencia. El tímido bigote, (en la felicidad de un alba viril), los emparentaba a las viejas fotografías de los románticos de lejos. Santiago Lindsay era el mayor, (20 años), y sus palabras agitaban un tricolor ingenuo:

«¡Oh, noble Chile, salud!
A ti Natura te dió,
cual nunca jamás se vió,
alto valor y virtud».

Su poema se componía de 69 estrofas. El epígrafe que le orlaba era el siguiente:

«El sol brilla en el cielo: Chile
en la América del Sur».

Lindsay, Ovalle, Bilbao y Renjifo son, estrictamente, los verdaderos poetas de 1842. Semilla, flor y ceniza de este movimiento. Aparecieron por él y bebieron en sus manos. La muerte, la tinta de imprenta, la redención de los humildes, y las quebraduras de la vida, siguieron a estos cantos (8).

LA PRECURSORA

La muerte de Portales, (1837), despertó la voz de una gran mujer: Mercedes Marín del Solar. Una elegía es aurora de nuestra canción:

«Despierta, musa mía,
del profundo letargo en que abismada
yaces por el dolor».

Mercedes Marín del Solar es la llave de mundo para el desarrollo intelectual de la mujer chilena. En cierta ocasión, hablando a las alumnas de un Liceo de Santiago, estampó esta frase, pauta e impulso: «Nuestra inteligencia, que no cede en viveza y penetración a la del hombre», aventando prejuicios y tonificando posiciones. Esta inteligencia la llevó a escribir; y si confesaba que «Mis versos son como un lujo de mi vida privada», en virtud de su emoción, lograron la eternidad de otros oídos, cuando la República lloraba a la víctima de Florín:

«La sacrílega mano
quedar debiera al punto yerta y fría».

Retrata literariamente a Mercedes Marín del Solar esta apreciación de Valderrama: «Sirve para establecer el punto de unión entre la poesía de la Independencia y la de la época contemporánea».

Es una poesía con bordes azules. El cielo le obsequia cítaras. Y Chile es un aroma en el límite de sus labios:

«Sólo al hombre, ser libre, inteligente,
Dios reveló su nombre y su grandeza...
¡Y el necio huye de Dios, ciego y demente!».

.....

«Un día, lanzó Chile hondo gemido
que resonó en tu pecho generoso,
y de Maipo en el campo polvoroso
el casco se imprimió de tu corcel».

En 1874, un hijo suyo, el novelista Enrique del Solar, ordenó la obra de Mercedes Marín del Solar, de quien nos recuerda Armando Donoso, en su «Parnaso Chileno», (1910), «su noble inspiración, sus sentimientos patrióticos y humanitarios» (9).

Insistir en el valor moral de la señora Marín del Solar no es vano esfuerzo. El hecho de haber descubierto su vocación literaria con una elegía política la muestra valiente y preocupada de problemas que excedían el marco familiar en que languidecían las mujeres de entonces. Estela Miranda no repara en que esta fuga del «recinto emocional exclusivamente suyo» es, acaso, la más luciente virtud de esta mujer, pues contrariamente a lo que ella estima, no lo hacía por «la mordaza con que ahogaran su sinceridad aquellos convencionalismos torpes», sino que porque a la deleitación de un arte de espejos particulares, prefería el vario y tumultuoso de su época.

Las mujeres chilenas deben reconocer en la señora Marín del Solar, precisamente, a su libertadora espiritual. Es la madre de la mujer nueva en Chile. Vial Solar la ha descrito en sus tertulias de cultura: contra los límites de incienso de su medio, lanzó los primeros gestos de una mujer dueña de sí, en el entendimiento de una más verdadera y valiosa realidad humana.

JACINTO CHACÓN: PUENTE DE PLATA

José María Gutiérrez, autor de «América Poética», impresa en 1846, en Valparaíso, y con una «Alocución a la Poesía», de Andrés Bello, alude a «las miras elevadas» de su estro. Y le antologa 4 composiciones:

I. «El 18 de Septiembre», fechada en 1843.

II. «El Verano», fechada en 1844.

III. «A mi amigo H. I., (Hermógenes Irisarri), en su matrimonio», fechada en 1843, y

IV. Fragmentos de un poema titulado: «La Mujer», fechada en 1843.

Podría asegurarse que Chacón es el enlace que anuda el tiempo lírico de Chile. Sus poesías rasgan velos de brumas espirituales. En «El Verano», encontramos esta expresión fresca y que hoy firmaría cualquier poeta de altas torres:

«naranja de escarlata y verde».

«La Mujer» es un poema en que se biografía a la hija, a la amante, a la esposa y a la madre: loor henchido:

¡Mujer! ¡Oh, gota pura
del cáliz divino!
Calmar con tu dulzura
al hombre es tu destino,
el amargoso líquido
del vaso del dolor;
tú eres mujer la urna
que encierra su consuelo;
la antorcha eres nocturna

que le platea el cielo;
y en fin en turbio piélago
su estrella eres de amor».

En 1850, Chacón dedicó al Doctor Don Francisco Javier Luna Pizarro, Arzobispo de Lima, su poema «La Fe sobre los Montes», publicado «por la Comisión de Premios del Gobierno».

Los códigos ahogaron en Chacón la rosa que le bailaba en los dedos.

SALVADOR SANFUENTES, ABOGADO DE NUESTRAS MUSAS

«Grave asunto es escribir
para el público un poema:
cosa difícil un tema
que a todos guste, elegir».

Es el punto de partida de «El Campanario». Salvador Sanfuentes deplora la herida que le mana a Chile en su corazón de guitarra: injustamente cruel ha sido Sarmiento para acercarse a su misterio. Y es preciso vengarse. Venganza de poeta, revancha sutil: un poema. Este es el génesis de «El Campanario», en cuyo prólogo Sanfuentes es capitán de espada azul:

«A vuestra cabeza salgo
deseoso de redimiros».

3 Cantos integran este poema, que en edición de Biblioteca Chilena, publicada bajo la dirección de los señores Luis Montt y José Abelardo Núñez, en 1885, es complementada con «Inami, o la Laguna de Ranco», (en Valdivia), y «El Bandido», cuya «Escena es en una de las provincias del Sur y en el Siglo XVIII»; el título conocido de la obra de Sanfuentes es el de «Leyendas

Nacionales», que en otras ediciones trae, además, «Teudo o Memorias de un Solitario», (10).

Sanfuentes ostenta un blasón de conquista: halla a Chile. Escribe Domingo Amunátegui Solar. («Bosquejo Histórico de la Literatura Chilena», 1920): «Hasta entonces ningún poeta chileno había descrito las bellezas naturales de nuestro país»; «Inami» inicia la poesía descriptiva en nuestra patria. El que imitaba a Mora en «El Campanario», en la segunda leyenda, hunde sus ojos en el paisaje nacional para la hermosura del hallazgo:

«Si anheláis del mundo
en su infancia admirar la imagen bella,
penetrad por su bosque más profundo
donde el rayo del sol no halla cabida
y alto silencio a meditar convida!».

La realeza de nuestra tierra crepitaba en la pureza de esta lengua. Sanfuentes es el Bautista de nuestra noble poesía actual.

Sanfuentes peca por aquella largura de su anécdota pobre: «Pero no he de aburrir a los lectores», se disculpa. Habla y no se divide en canto alguno su perfil. En «El Campanario» está su poema maestro: «Del Coloniaje». Y al describir a Leonor brilla la entraña de esta imagen que diseña su boca:

«donde las perlas y el coral relucen»,

Samuel A. Lillo le critica a Sanfuentes su «falta de inspiración». Pero, como nosotros ahora, le ensalza su valor de adalid de la poesía chilena. Sanfuentes rompe lanzas por ella. Es el aventurero de nuestra naturaleza. El que argumenta con su sangre, (11).

HERMÓGENES IRISARRI Y LOS POETAS

Rodolfo Polanco Casanova, autor de «Ojeada Crítica sobre la Poesía en Chile», (1840-1901, publicada en 1913), imagina a Irisarri como «un poeta de frac y guante blanco».

El hijo de Antonio José Irisarri poseía, según Donoso, «Notable delicadeza y exquisito buen gusto». Escribió sin derroche: «Tuvo fama de perezoso» (Lillo); sus poesías más celebradas son: «A una mujer», «El Poeta», «A Lice», «A San Martín», «Amor», y «Pensamientos», canto sáfico dedicado a D. J. V. L. (D. José Victorino Lastarria).

Irisarri pinta con sutileza:

«Cuando por puertas de nácar,
apareciendo la aurora» (12).

En «El Poeta» tiembla el Prefacio de «Las Flores del Mal»:

«Al mundo vino un ser por su desgracia
y enviado por la mano de Dios mismo,
marcado con el sello de su gracia
y colocado al borde de un abismo».

El verso último es de una formidable intuición. El poeta vive «al borde de un abismo» efectivamente. A orillas de espadas, de quemantes desfiladeros, corre su vida. La poesía no es sino un tránsito por un filo de fuego. Irisarri que se prosterna, rezando casi:

«Grata poesía, celestial encanto»,

sabe que el poeta «en todas partes ve un camino». De ahí su desacuerdo con todos. El poeta descubre las entradas más íntimas de la Creación. Sus ojos existen en vigilia de rutas.

EUSEBIO LILLO EN SU POESÍA FRAGANTE

Con Lillo creemos, nosotros, que se debe cerrar la plana de poetas de 1842.

18 años tenía cuando su garganta se afilió al oficio de muerte de la poesía. Fué en la de don José Miguel Infante, (el 9 de abril de 1844).

Lillo encarna un destino encendido y vibrante: revolucionario de corazón, acompañó a Bilbao en la Sociedad de La Igualdad; en la revolución de 1851 estuvo contra Manuel Montt, y la derrota de su bando le significó una condena mortal; conmutada por el destierro, viajó por Perú, y Bolivia, haciendo, en esta última República, su fortuna. Balmaceda le confió la formación de su primer Gabinete y fué «el Depositario de su testamento político», honor que lo define, (13).

Bulnes ya le había distinguido, encargándole que compusiera nuestro himno nacional, en reemplazo del de Bernardo Vera y Pintados. Los 20 años de Lillo dieron espléndida satisfacción. El 18 de septiembre de 1847 se le cantó por vez primera, con la música de Ramón Carnicer, «salvo ligeras variantes», conservándose del antiguo únicamente el coro.

La vida turbulenta de Lillo contrasta con la placidez de su arte. «El poeta de las aves y las flores» le llamaron, es decir, de los guiones del firmamento y los cabellos de la tierra.

Nascimento, en 1922, editó sus «Poesías», con una Introducción de Carlos Silva Vildósola, fechada en septiembre de 1905. Allí es posible comprender el fondo de cristal de este poeta. No anhela que se le tome como cosa de museo; desea alcanzar la muerte en una silenciosa actitud de flor vencida. Nada le interesa entonces. Su jardín le sirve de refugio.

Y es en este jardín donde Lillo, en su ancianidad, constata la delicadeza de su herbario ideal: «A la Violeta», «A una Resedá», «A una Madreselva», «A un Junco».

Su poema «Las Flores» compendia su vocación de confidente de los aromas:

«Tal vez en un lenguaje misterioso
en el jardín donde yacéis unidas,
os mandáis con el viento voluptuoso
pensamientos de amor, flores queridas».

Y es la profesión de fe de su vida y su arte. A la hora en que el reloj marca la medianoche en nuestro corazón, Lillo debía fugarse del círculo de políticos para comenzar su diálogo con las corolas. Y como éstas algo esconden del poeta, Lillo supo que la poesía es un caer en atmósferas de angustia, («El Poeta y el Vulgo», «El Poeta y el Picaflor», «El Ángel y el Poeta», una fantasía).

Las cuartetos de «Deseos» exponen su corazón—miel en cápsulas de barro:

«Si fuera un pensamiento audaz, profundo,
que conmoviera al orbe en un instante,
desdeñaría de ocupar el mundo
por ocupar tu corazón amante».

Nauta de sueños, el poeta no hereda de los dioses sino el tesoro de las manos desnudas. Pero es con estas manos que restaura el mundo.

BALANCE, AUGURIOS

Con Lillo clausuramos nuestra inspección a la poesía de 1842. En algunos estudios se categorizan como integrantes de este movimiento a los poetas: Matta, Blest, Rodríguez, De la Barra y Soffía. Las fechas de nacimiento de ellos nos llevan a considerarles sucesores de los que nosotros hemos revisado.

Matta nació, al igual que Blest, en 1829. Rodríguez en 1838. De la Barra en 1839 y Soffía en 1843.

Mercedes Marín del Solar es el anticipo de los poemas que agrandarán nuestro pulso en América. La poesía de Jacinto Chacón anuda los años de un despertar incierto con un porvenir que es apenas punto de luz en los premiados en el Certamen de 1842, quienes, justicieramente, son los poetas matrices de este movimiento. Salvador Sanfuentes permanece como la columna fundamental de la poesía chilena en aquella hora de negación y de esperanza. Y si Irisarri es la voluta graciosa, Lillo queda como una guirnalda.

Tras de los esfuerzos de estos poetas, nuestra poesía sube y fructifica, se incrusta en el tiempo con firmeza, destacando su legado de rubí y de estrella.

Valderrama la bendecía por el programa que le adivinaba en un futuro de dignidad: «Sublime programa en que figuran todas las grandes aspiraciones de la especie humana, en que la belleza es un bien, en que la libertad es un derecho, la razón una virtud y el progreso una ley inviolable».

Este plan luminoso lo debemos repetir nosotros.

NOTAS

(1) Lastarria nació en Rancagua el 17 de marzo de 1817, de Francisco Solano Lastarria y de Carmen Santander.

«Lastarria y su Tiempo» se publicó en 1893 y fué obra premiada en el Certamen Varela de 1889.

(2) El decenio de Bulnes, (1841-51), es calificado por Luis Galdames como de «política de conciliación y de trabajo».

(3) La Universidad de San Felipe surgió a influjos del abogado de Concepción Francisco Ruiz de Berecedo, nacido en 1674. En 1713 propuso solicitar del Rey de España la fundación de una Universidad de Chile. Se atribuye al licenciado Tomás de Azúa este honor. Azúa solamente abogó por la idea en Madrid, 21 años después, (1734). La Universidad se llamó de San Felipe como homenaje a Felipe V.

(4) «Bosquejo Histórico de la Universidad de Chile», 1843-1934. Prensas de la Universidad de Chile.

(5) «Memoria Sobre la Producción Intelectual en Chile», 1900, de Benjamín Vicuña Subercaseaux.

(6) El 1.º de junio de 1843 apareció el número 1 de «El Crepúsculo», Periódico Literario y Científico: su lectura es elemental.

(7) La ley es de 24 de julio de 1834. Ver artículo del autor en el número 90 de «Acción Social», julio de 1940.

(8) Ver «Certámenes habidos en Chile», de Miguel Luis Amunátegui, (Anales de la Universidad de Chile, Tomo II, pág. 209 y ss., 1884). Sobre el Certamen de 1842 escribe a propósito de los poetas: «Había sido para ellos una revelación que había abierto ante sus ojos esferas desconocidas».

De Lindsay podemos señalar los siguientes trabajos: en verso, «El Comulgatorio» y «La Mujer de un Soldado», (en «El Crepúsculo», números 2, 9 y 10 respectivamente). «La Mujer de un Soldado» es leyenda chilena. En el mismo periódico publicó dos novelitas: «Jorge», (en el número 1), y «D. Martín Gómez», (en el número 4). En 1848, en la «Revista de Santiago», dió a la publicidad unas «Escenas de la Guerra de la Independencia». De Ramón Francisco Ovalle citaremos: «Un Canto de Fiesta a Nerón», «Revista de Santiago», (1872, pág. 615), y una traducción de la tragedia italiana «Cayo Graco», («Revista Chilena», 1875, II, pág. 377).

(9) En «La Alborada Poética de Chile», (Después del 18 de septiembre de 1810), Miguel Luis Amunátegui le dedica un extenso ensayo a Mercedes Marín del Solar, (de la pág. 477 a la pág. 556); en éste aparece un juicio de Bello sobre la poetisa que «sólo presta su voz a los afectos generosos». Amunátegui le publica el último poema a la señora Marín, un soneto a su hija Matilde, («¡Último resplandor del claro día—de mi felicidad!»).

En «Canto Fúnebre a José Romero», publicado en 1858, la poetisa fijó su línea de conducta:

«Amad la patria bella,
amad al mundo entero.
Explotad el venero
de amor que hay en la cruz».

(10) Ver «Crónica Mínima de una Gran Poesía», pág. 16.

(11) «Literatura Chilena», de Samuel A. Lillo.

(12) Un hábito cervantino sopla en estos versos: ver pág. 33 de la Parte I, Capítulo II, de «El Quijote», (Luis Tasso Serra, editor).

(13) La actividad revolucionaria de Lillo se acentúa en la dirección del diario «El Amigo del Pueblo», aparecido el lunes 1.º de abril de 1850.

bajo un epígrafe bíblico: «Bicentaventurados los que han hambre y sed de justicia porque ellos serán hartos». Duró esta diario hasta el 3 de junio de ese año. (53 números); continuó «El Amigo del Pueblo», prácticamente, en «La Barra», puesto en circulación al día siguiente. «La Barra» dejó de aparecer el 31 de diciembre de 1850, para reanudar su lucha el 10 de marzo de 1851 hasta su desaparición.

En el número 19 de «El Amigo del Pueblo» se critica acremente el gobierno de Bulnes: en la edición del 25 de abril de 1850, (núm. 22), los *igualitarios* se defienden del mote de anarquistas con que los enemigos les designaban; el 29 de abril, (núm. 25), aparece una fantasía llamada «La Visión», firmada por L. B. T.; en este diario—como en «La Barra»—, encontramos frecuentes tiradas de versos intencionales, de versos políticos, que indudablemente se deben a Lillo.

«La Barra», Diario Político Popular, contenía, al igual que «El Amigo del Pueblo», la novela de Alejandro Dumas «El Collar de la Reina». En el número de 7 de septiembre, (núm. 81), José Romero solicitaba pública ayuda; en la edición de 18 de septiembre, (núm. 89), aparece un «Himno a Chile», firmado por Un Republicano. Además: «Al Pendón Chileno», por R. S. Y «Al Soldado de la Libertad», por R. Un Republicano publicó en el número 100, (3 de octubre), un poema: «El Pasado y el Presente». En el ejemplar que revisamos hay una nota manuscrita que, puesta al pie de este pseudónimo, dice: *Lillo*.

La poesía de linaje popular más acentuado de Lillo es «La Igualitaria», himno de la Sociedad de la Igualdad, publicado en «La Barra» de 26 de octubre de 1850, (núm. 120):

LA IGUALITARIA

Coro

*¡Naciste patria amada
gritando libertad!
¡Por tí morir sabremos,
o triunfa la Igualdad!*

I

De independenciam el grito
mézclase en las batallas,
de silbo de metrallas
y al tiro del cañón.

¡Al centro de su morada
cayó despedazado,
su ejército domado
pidió nuestro perdón!

Coro

II

¡Independiente Chile,
somos ya ciudadanos,
pero hay nuevos tiranos
y triunfa la maldad!
¡Venid, chilenos todos,
unidos combatamos,
triunfemos o muramos
vivando a la *Igualdad!*

Coro

III

¡Qué viva la república,
qué viva la reforma:
sea nuestra norma
y el símbolo de unión!
¡Qué caiga el despotismo
de la pandilla infame
y que este voto inflame
de Chile el corazón!

Coro

IV

¡La sangre de los libres
no ha sido derramada
para ser ultrajada
con nuestra esclavitud:
corrió esa sangre pura
y nuestra *Libertad* .
qué se alce la *Igualdad*,
qué triunfe la virtud!

Coro

En «La Barra» se publicaron otras colaboraciones que consignamos por su interés: «A mis amigos y compañeros de la Sociedad de la Igualdad», proclama que circuló manuscrita en Santiago, firmada por Bilbao, (17 de diciembre de 1850); «Chile desde la batalla de Chacabuco hasta la de Maipo», por Salvador Sanfuentes, (iniciada el 28 de diciembre de 1850); «una traducción de Bilbao a una obra de F. Laménais, «De la Esclavitud Moderna», (núm. 151 a núm. 158); en el núm. 151, (19 de marzo de 1851), se destaca una poesía «A la República Francesa»; en la edición de 29 de marzo, Bilbao entregó unos fragmentos de su trabajo «La Ley». La Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano se publicó el 31 de marzo. En el núm. 163 y ss. se insta a solidarizar con el militante Martín Orjera, encarcelado y vejado. Y firmada por A., el 9 de abril, leemos una «Canción Patriótica».

Curioso es marginar que «La Igualitaria» fué escrita a dos años de distancia de «El Manifiesto Comunista» y que en 1848 nació el obrero Pedro Degeyter que colocaría música a «La Internacional», un poema que escribiera el proletario parisién Eugenio Pottier 28 años después que el himno de Lillo, (1878); en 1888 recién Degeyter musicó el poema de Pottier, combatiente de la Comuna.

(1) *Bibliografía:*

Domingo Amunátegui Solar: «Bosquejo Histórico de la Literatura Chilena».

Miguel Luis Amunátegui: «La Alborada Poética en Chile». «Certámenes habidos en Chile».

José Domingo Cortés: «América Poética».

Jacinto Chacón: «La Fe Sobre los Montes».

Armando Donoso: «Parnaso Chileno».

Alejandro Fuenzalida: «Lastarria y su Tiempo».

Luis Galdames: «Estudio de la Historia de Chile». «Bosquejo Histórico de la Universidad de Chile».

José María Gutiérrez: «América Poética».

Jorge Huneeus G.: «Producción Intelectual en Chile».

José Victorino Lastarria: «Recuerdos Literarios».

Mariano Latorre: «La Literatura Chilena».

Eusebio Lillo: «Poesías».

Samuel A. Lillo: «Literatura Chilena».

Mercedes Marín del Solar: «Poesías de doña Mercedes Marín del Solar», «Canto Fúnebre a José Romero».

Estela Miranda: «Poetisas de Chile y Uruguay».

Calixto Oyuela: «Antología Poética Hispano Americana», (Tomo II, Primer Volumen, Epoca Independiente).

Rodolfo Polanco Casanova: «Ojeada Crítica Sobre la Poesía en Chile».

Andrés Sabella: «Crónica Mínima de una gran Poesía».

Salvador Sanfuentes: «Leyendas Nacionales».

Francisco Santana: «El romanticismo en la poesía chilena del Siglo XIX» («Atenea», número 167).

Adolfo Valderrama: «Bosquejo Histórico de la Poesía en Chile».

Benjamín Vicuña Subercaseaux: «Historia Sobre la Producción Intelectual en Chile».

Roberto Vilches: «Revistas Literarias del Siglo XIX». (en sus originales)

Diarios y Revistas:

«Acción Social», «Atenea», «El Amigo del Pueblo», «El Crepúsculo», «El Mercurio», de Valparaíso, «El Semanario de Santiago», «La Barra» y «La Revista de Valparaíso».

Artículos:

«José Victorino Lastarria y la Sociedad Literaria de 1842», Ricardo A. Latcham, «La Nación», 3 de mayo de 1942.

«A Cien Años del Discurso de Lastarria», Raúl Silva Castro, «El Mercurio», 3 y 10 de mayo de 1942.

«Dignificación de la canción nacional chilena», Eduardo Lira E., «Aurora de Chile», N.º 13, 4 de Agosto de 1939, Tomo 5.

«Los forjadores de la canción nacional chilena», Gerardo Seguel, «El Siglo», 18 de septiembre de 1941.

Los Libros

QUO VADIS?, por *Enrique Sienkiewicz*

«ZIG-ZAG».

La presente edición es una adaptación para la juventud, hecha por nuestro poeta y novelista Víctor Domingo Silva. La obra está cuidadosamente presentada, con ilustraciones en colores de Mario Torrealba. Es una edición, en buenas cuentas, que denotan el mejoramiento de esta editorial chilena.

«Quo Vadis?», es una obra que tiene un prestigio universal. Su autor es considerado como uno de los más vigorosos novelistas modernos. Su popularidad se basa por el interés que despierta la lectura de sus obras, especialmente «Quo Vadis?». Esta novela histórica, que es la más conocida del autor, pinta con un realismo lleno de vida y colorido, el ambiente y las costumbres de los primeros tiempos de la iglesia en Roma.

El historiador literario Van Tieghem dice de esta obra que es un «cuadro de la Roma de Nerón», éxito inmenso, el más grande que hasta aquí han conocido las literaturas eslavas. Esta epopeya de la abnegación y de la fe, ha sido traducida a treinta lenguas, lo menos. Sienkiewicz, prosista brillante y delicado, ha trazado figuras expresivas, entretejiendo hábilmente la historia y la ficción.

«Quo Vadis?» es considerada como una de esas obras de arte, llena de belleza espiritual, que después de haber conmovido y encantado con su lectura, dejan para siempre un recuerdo ennoblecedor y de grandeza.

«LA ARAUCANA», por Alonso de Ercilla y Zúñiga.

He ahí una selección, con prólogo biográfico, del conocido y prestigioso crítico literario Raúl Silva Castro. Se ha hecho de esta obra una magnífica presentación. Trae un retrato del poeta que dió a conocer el heroísmo de nuestros araucanos en su epopéyica obra «La Araucana». Además las ilustraciones que decoran esta edición se deben a nuestro pintor Alfredo Bustos, que son de una belleza extraordinaria.

En la advertencia encontramos más precisiones sobre este volumen: contiene, como su nombre lo indica, Cantos Escogidos del poema de don Alonso de Ercilla y Zúñiga. La selección ha sido hecha con el propósito de ofrecer en un texto liviano, de manejo fácil, aquellos fragmentos de la obra ercillesca que tienen mayor dramatismo y, también, los descriptivos de Chile y el canto final, principalmente subjetivo, en que el poeta vertió sus desazones íntimas. Entre cada canto y el que le sigue en la edición, salvo que se trate de dos que en el poema presentan numeración correlativa, se han insertado breves resúmenes que indiquen al lector lo que se ha omitido, en todo caso, cada canto aparece completo.

Trae esta edición una biografía del poeta: el Nacimiento de «La Araucana», y «Como ha sido juzgada «La Araucana». He aquí uno, que corresponde a Menéndez y Pelayo: tal como es, si no lleva la palma a todos nuestros poemas del siglo XVI, porque hay otros dos, uno en el género novelesco y otro en el sagrado, que con buenos títulos se la disputan, y en algunos aspectos sin duda le aventajan, es «La Araucana» el mejor de nuestros poemas históricos, y fué sin duda la primera obra de las literaturas modernas en que la historia contemporánea apareció elevada a la dignidad de la epopeya».

Con esta cita basta para poner en relieve el valor de este poema en que se canta la lucha de nuestros araucanos con los conquistadores españoles.

«ROBINSON CRUSOE», por *Daniel Defoe*.

Es esta novela de aventura que ha permanecido siempre llena de interés, y con valores técnicos desde el punto de vista de la novela de aventura. Es difícil encontrar otra que tenga las cualidades de ella, a pesar de haber surgido después miles de imitaciones. Es esta la aventura más notable, y por suerte nuestra, ocurrida en los mares de Chile. La Isla de Juan Fernández es donde se sitúa al personaje lleno de vida extraordinaria. Robinson Crusoe, es la obra que ha cautivado la imaginación de los niños y de los grandes. Es esta obra una moderna epopeya al hombre de voluntad y de fe, al hombre que abandonado en medio de una naturaleza salvaje se impone a ella por la inteligencia y por la fuerza. Es la obra que no dejará de ser leída nunca por los niños, y por los grandes que deseen pasar horas de deleite, sin dar esfuerzo, porque Robinson Crusoe se lee con gran satisfacción.

«Robinson Crusoe», «Quo Vadis?», «La Araucana», pertenecen a la colección Biblioteca Para Todos de la Editorial «Zig-Zag», que está entregando al público obras bastante bien presentadas. Esta colección está dirigida por el prestigioso escritor Alfonso Escudero. Su labor como puede verse es digna de elogio. También ha publicado los Cuentos de Hofmann, Maya, la abeja y sus aventuras, por W. Bonsels, Don «Quijote de la Mancha», por Miguel de Cervantes y Saavedra, y «Tartarín de Tarascón», por Alfonso Daudet.—ESTEBAN SARDÓN.

■
ANDENES, crónicas de *Julio Iglesias*

En el ardor de un Antofagasta que, en la agonía de su oro, echaba al viento la riqueza de su alma, a través de la garganta soñadora de sus hijos, nació Julio Iglesias a la literatura. Ya Gustavo Alvial con Mario Bonat habían encendido una estrella combativa en el rigor del caliche. Salvador Reyes no era ca-

pitán perdido en la marea dura de aquella costa... Monseñor Luis Silva Lezaeta dialogaba aún con Mauret Caamaño. Y Antonio Pinto Durán con los hermanos Erazo Armas, veían ascender la espuma varonil de los poemas de Eduardo Ventura y Orlando Cáceres, de Rodó Vidal y Fredes Allendes, de Norberto Hewitt y Juan Abud. Yo mismo dejaba la mirada alemana de mis profesores y desde un avión llovía una revista literaria sobre la paz celeste del puerto. Julio Iglesias apuntó, entonces, un nombre de ave y lejanía y llenó nuestras tardes con sus poemas melodiosos:

«Nadie en el viejo malecón... La bruma
todo lo envuelve. Oscuridad y cielo.
Un pontón que se aduerme. Una garuma
que hacia otra latitud emprende el vuelo...»

En seguida, vino el júbilo de las primeras campanas, una corbata azul, la bohemia con la luna a cuestras. Después, la vida, que no es poco para un escritor: la llama que nos devora, la mujer con sus abismos, el sueño mordido por el hastío, el hambre, los niños... Nada supe de este poeta hasta el día en que, a doce años de no vernos, me entregó su segunda obra: «Andenes», crónicas que atajan el corazón de Iglesias y lo dejan en la ola de fuego de este volumen armonioso y sencillo.

«Andenes» quiere ser un homenaje del autor a su propia juventud. Juventud de redacciones tristes y de cafetines donde la música descuelga oscuros planetas para nuestros ojos... Joaquín Edwards Bello buscó para sus crónicas, alguna vez, el reposo de un libro, que es al fin, y en verdad, más que dorado sepulcro, trinchera para el combate contra las malas horas que nos olvidan...

Hugo Silva ha sido maestro del marginal diario. Daniel de la Vega continúa su labor de amable cronista de las cosas pequeñas que sensibilizan las páginas de sangre de nuestra época.

Julio Iglesias no se parece a ninguno. Y si a alguien pudiera nombrársele padre, ese sería de la Vega, su prologuista de ahora. Como el poeta de «Los Horizontes», Iglesias es delicado y emotivo, casi canta sus páginas: «La vendedora de violetas» no es una crónica, es una elegía que la finura abri-llanta.

Breve es el destino de las crónicas: llamean y mueren. Iglesias no ha permitido que a las suyas las devore el gran cementerio de la indiferencia. Ha querido acariciarlas, de nuevo, en este libro. Con él, nosotros las tomamos como florecillas secas y queridas, dueñas de una historia, de una lágrima, de un suspiro que ennobleció la noche...

Crónicas con adjetivo oficial, pero con raíces, éstas de Julio Iglesias nos hacen vivir en enternecido teatro de evocaciones. Ligeras, frágiles, poseen algo que las salva: es la dosis de poesía que su autor, un poeta, no pudo dejar de verter en ellas, cuando la *Underwood* premiosa exigió la cuartilla.—A. S.

Notas del mes

Inauguración de un busto a Lastarria.

El 4 de mayo último se erigió en uno de los patios del Liceo José Victorino Lastarria, de la capital, un busto en bronce del autor de «Recuerdos Literarios». De esta manera, este Liceo se asoció al homenaje con que la cultura chilena celebró el primer centenario del discurso que Lastarria pronunció en la Sociedad Literaria y que es considerado como el punto de partida del movimiento intelectual de 1842. El acto de la inauguración revistió singular solemnidad. En esa oportunidad hicieron uso de la palabra don Juan N. Durán, Rector del Liceo, quien hizo entrega del busto a los alumnos, a fin de que éstos vean en la efigie de Lastarria un ejemplo permanente de virtudes intelectuales y ciudadanas puestas al servicio de nobles y grandes ideales, el Ministro de Educación, don Oscar Bustos, a nombre del Gobierno, haciendo destacar los rasgos más salientes de la personalidad de Lastarria en su triple aspecto de educador, publicista y político; el Rector de la Universidad de Chile, don Juvenal Hernández, quien puso de relieve el sentido civilizador que entrañaba la actitud de renovación intelectual realizada por Lastarria; don Luis Durand, Vice-Presidente de la Sociedad de Escritores, adhirió a este homenaje a Lastarria en nombre de dicha institución, haciendo una vívida evocación del ambiente hostil en que le tocó actuar al distinguido y recio escritor; y finalmente, el profesor y escritor, don Miguel Angel Vega, en una documentada disertación, subrayó la significación ideoló-

gica del movimiento intelectual de 1842. En este mismo acto se repartió un folleto redactado por el profesor del Liceo, don Hernán Fuenzalida con una síntesis biográfica de Lastarria, a fin de divulgar los aspectos más interesantes de su vida y el sentido trascendente de sus obras.

Con este busto, se salda en parte la deuda de gratitud que la cultura chilena tiene contraída con Lastarria; pero esta deuda no será cancelada en forma definitiva sino el día en que se le erija un monumento en alguno de los principales paseos de la capital.

Un libro de memorias

Se ha publicado el libro *Recuerdos de mi vida*, de doña Martina Barros de Orrego, esposa del escritor y político de renombre Augusto Orrego Luco. El libro de doña Martina—como le llaman familiar y cariñosamente sus numerosas relaciones—es una verdadera cinta de los tiempos y costumbres de la sociedad santiaguina, en los años anteriores a la revolución de 1891 y de años más próximos a los presentes. Tiene un sabor de cosa desteñida, pero impregnada de un sereno sentimiento de orgullo y de encanto de la vida. Doña Martina de Orrego fué el centro de un núcleo brillante de escritores y políticos que se reunían en su casa a charlar y hacer comentarios de los acontecimientos más interesantes de la vida literaria y política, no sólo de Chile sino de Europa. Mujer culta y de notable agudeza de observación, no ha realizado sin embargo en este libro, todo lo que al decir de sus amigos, derrochaba en sus charlas, en ironía y en malicia. Muchos de los aspectos más sabrosos de las observaciones que pudo recoger en su contacto con gentes de valer, han quedado fuera de las páginas, acaso por la razón que ella da en el prólogo: «cuando llega para nosotros la tarde de la vida, todo nos invita a la reflexión y al reposo».

Con todo este libro tiene un innegable encanto, pues ofrece en sus páginas el placer de asistir a episodios lejanos y a la presentación de sucesos y hombres que tuvieron larga y fecunda actuación en la vida política y literaria de Chile, desde don Diego Barros Arana a doña Inés Echeverría de Larraín. Centenares de figuras se alzan en estos capítulos animados por la pluma familiar y tranquila de la narradora. Así vemos surgir la infancia lejana, la casa del abuelo, el Incendio de la Compañía, la guerra contra el Perú y Bolivia, la vida social de aquellos años, el gran mundo, la tertulia famosa de su casa, las actividades literarias, episodios de la revolución del 91 y en fin, multitud de recuerdos e impresiones de la vida chilena que la autora ha sabido anotar y comentar dándole un aroma agradable y penetrante. El libro de doña Martina Barros de Orrego, entra a completar la lista de libros de memorias que se han escrito y que de un modo tan vivo sirven para rehacer y reconstruir períodos muy interesantes de la vida chilena. Entre otros podemos citar los *Recuerdos de treinta años* de Zapio-la; las *Memorias de Subercaseaux*, *Viaje de destierro* de Vicente Grez; *Del presente y del pasado*, de Eduardo Balmaceda; *El año del Centenario*, de Morla Linch, etc.

Sobre la novela chilena

En el Salón de la Universidad de Chile, leyó su conferencia sobre las novelas que no se han escrito en Chile, el escritor Domingo Melfi. Una numerosa concurrencia siguió atentamente el desarrollo de esta conferencia en la que el autor hizo observaciones acerca de los episodios chilenos históricos cargados de dramaticidad que no han sido novelados y expresó su esperanza de que los novelistas chilenos, por lo menos los que poseen el gusto por el pasado, dediquen su esfuerzo a la reconstrucción e interpretación artística de esos períodos.

Waldo Frank

Waldo Frank, que se encuentra en Argentina en donde desarrolla en la actualidad un curso de Conferencias, ha sido invitado a venir a Chile. Es probable que la Universidad tome bajo su égida el viaje del célebre escritor norteamericano y patrocine un ciclo de conferencias que versarían sobre los mismos tópicos de las que dicta en Buenos Aires. La visita de Frank en estas circunstancias es de un alto interés, pues Frank como se sabe está desarrollando desde hace tiempo, una noble labor en defensa de la libertad y de la dignidad humanas, amenazadas hoy por el desborde de los regímenes totalitarios.

Libros recibidos

- VIDAL ALVAREZ EVEROIX.—*Poesía americana*. Editorial Juventud Mexicana. México D. F. 1941.
- ADMMASTOR LIMA.—*Direito Comercial do Brasil*. (Ementario da Legislação Comercial) Livraria Jacintho, rua Sao José 59. Rio de Janeiro, Brasil.
- JUAN MANTOVANI.—*La adolescencia y los dominios de la cultura* (El problema de una relación). Imprenta López, Perú 666. Buenos Aires, 1941.
- ALFREDO L. PALACIOS.—*Pueblos desamparados*. (Solución de los problemas del noroeste argentino). Talleres Gráficos de «La Vanguardia», Rivadavia 2150. Buenos Aires, 1942.
- EDWARD G. DANIEL.—*Financing the Defense Program*. School of business administration, University of Oregon, 1941.
- CHANDLER B. BEALL.—*La Fortune du Tasse en France*. University of Oregon and Modern Language Association of America. Eugene Oregon, 1942.
- Handbook of Latin American Studies: 1940* (N.º 6). Edited for the committee on latin american studies of the American Council of Learned Societies by Miron Burgin, Library of Congress. Cambridge, Massachusetts. Harvard University Press. 1941.
- JOSÉ CIRO BRITO.—*El uso del plasma sanguíneo humano en el tratamiento de los edemas carenciales*. (Suplemento del Boletín de la Biblioteca Nacional) Imprenta Nacional, San Salvador. El Salvador C. A. 1941.

- GUTIÉRREZ-PODESTÁ.—*Juan Moreira* (1886) Drama. Imprenta de la Universidad. Buenos Aires, 1935.
Catálogo de la Colección de Folklore (donado por el Consejo Nacional de Educación) Imprenta de la Universidad. Buenos Aires, 1925.
- BARTOLOMÉ MITRE.—*Memorias de un botón de rosa*. Imprenta de la Universidad. Buenos Aires, 1930.
- JORGE MAX ROHDE.—*Belisario J. Montero*. (Sección de Crítica Tomo I, N.º 8). Imprenta de la Universidad, 1930. Buenos Aires.
- JOSÉ M. CANTILLO.—*La familia Quillango*. (Sección de Documentos, Tomo I, N.º 8). Imprenta de la Universidad, Buenos Aires, 1929.
- MARÍA TERESA OROSCO.—*Alfonsina Storni*. (Sección de crítica. Tomo II, N.º 4). Imprenta de la Universidad, Buenos Aires, 1940.
- CELIA M. NIETO ARANA.—*Noticias para la historia del teatro nacional. El soldado fanfarrón*. (Trabajos de Seminario). Imprenta de la Universidad. Buenos Aires, 1940.
- MARÍA JOSEFA VIOLA.—*El triunfo de la naturaleza*. (Noticias para la historia del teatro nacional). Imprenta de la Universidad. Buenos Aires, 1940.
- MANUEL BELGRANO.—*Molina*. (tragedia en 5 actos). Imprenta de la Universidad. Buenos Aires, 1925.
- CELINA SABOR DE CORTAZAR.—*Las esposas vengadas y La Eli-cene*. (Noticias para la historia del teatro nacional). Imprenta de la Universidad. Buenos Aires, 1940.
- AUGUSTO RAÚL CORTAZAR.—*Valoración de la naturaleza en el habla del gaucho*. (A través de Don Segundo Sombra). Imprenta de la Universidad, 1940.
- ANTONINO LAMBERTI.—*Poetas*. (Instituto de Literatura Argentina de la Facultad de Filosofía y Letras). Imprenta de la Universidad. Buenos Aires, 1929.

- LUCY SALAMANCA.—*Fortyess of Freedom. The Story of the Library of Congress.*
Foreword by Archibal Mac Leish (Noticia en «Atenea»).
- ROGER SERSIONS. WILLIAM LESCAZE.—*The Intent of the Artist.*
Sherwood Anderson Thornton Wilder. Princeton University Press.
The Wiking Book of Poetry of the English Speaking World.
Chosen and Edited by Richard Aldington. The Wiking Press
New York. (Excelente antología en un magnífico volumen
de más de 1.200 páginas).
- JOHN STEINBECK.—*The Moon is Down.* A novel. New York
The Wiking Press.
- NICOMEDES GUZMÁN.—*Nuevos cuentistas chilenos.* Antología.
Editorial «Cultura» Huérfanos 1165, Santiago de Chile.
1941.
- RODOLFO BARBACCI.—*La «nerviosidad» de los músicos.* (Causas
y remedios). Editor G. Brandes y Co. S. A. Calle de Espade-
ros 529, Lima, Perú, 1939.
- RODOLFO BARBACCI.—*El Metrónomo.* (Índices Acústicos). Bue-
nos Aires, 1937.
- HÉCTOR P. AGOSTI, LIDIA BESOUCHET, GILBERTO GONZÁLEZ, Y
CONTRERAS, ETHEL KURLAT, ALBERTO LASPLACES Y MAU-
RICIO MAGDALENO.—*Un novelista argentino.* Santiago Rueda,
editor. Buenos Aires. Rep. Argentina.
- ROGER PLA.—*Detrás del mueble.* (Colección adíadora). Imprenta
«Castro Barrera». Buenos Aires. Rep. Argentina, 1942.
- PASTOR DEL RÍO.—*Lo que debe ser el Panamericanismo.* (El con-
tinento ante la guerra y su organización para la paz). Im-
presores Arellano y Cía. O'Reilly 206. Habana, 1942.
- RODOLFO BARBACCI.—*El cruce de manos en la ejecución pianís-
tica.* Editor G. Brandes y Cía. Espaderos 529. Lima 1940.
- EDGARDO UBALDO GENTA.—*La platania.* Talleres Gráficos «Bo-
tella y Cía. Mercedes 915. Montevideo, 1942.

Editores: RUIZ HERMANOS, Madrid.-F. MACHADO & Cía., Porto-NICOLA ZANICHELLI, Bologna
AKADEMISCHE VERLAGSGESELLSCHAFT m. b. H., Leipzig-BUCHHANDLUNG D. KÖN.
UNG. UNIVERSITÄTS-DRUCKEREI, Budapest.-F. ROUGE & Cie., Lausanne.-THE M-
RUZEN COMPANY, TOKIO.-G. E. STECHERT & Co., New York.

1941

Año 35

REVISTA DE SINTESIS CIENTIFICA

“SCIENTIA”

Publicación mensual.—(Cada cuaderno de 100 a 120 páginas)

Comité Directivo: G. B. Bonino - F. Bottazzi - G. Bruni
A. Palatini - F. Severi.—Jefe Redactor: Paolo Bonetti

Es la única Revista que tiene verdaderamente colaboradores en todo el mundo.

Es la única Revista de síntesis y de unificación del saber que examine en sus artículos los problemas más nuevos y más fundamentales de todos los ramos de la ciencia: filosofía científica, historia de la ciencia, matemáticas, astronomía, geología, física, química, ciencias biológicas, fisiología, psicología, historia de las religiones, antropología, lingüística; artículos que muchas veces han constituido verdaderas y propias encuestas, como aquella sobre la contribución de los diferentes pueblos al progreso de las ciencias; sobre el determinismo; sobre las cuestiones físicas y químicas más principales y particularmente sobre la relatividad, la física del átomo y de las radiaciones; sobre el vitalismo «Scientia» estudia de esta manera todos los más grandes problemas que interesan el mundo de los sabios y de los intelectuales.

Es la única Revista que puede tener en calidad de colaboradores todos los más ilustres sabios del mundo. «Scientia» publica los artículos en la lengua original de sus autores. En cada cuaderno está adjunto un suplemento que contiene la traducción completa italiana de los artículos publicados en el texto en alemán, español o inglés, y además los resúmenes de todos los artículos, en tres lenguas diferentes a la del artículo original. (Pídanse cuadernos gratuitos de ensayo a «Scientia» Milano, enviando—a título de reembolso de los gastos de correo y envío—3 Liras ital. de sellos postales del país de origen).

PRECIO DE SUBSCRIPCIÓN: Liras ital. 180.—; R. M. 30.—; \$ 11.50

Fuertes rebajas se conceden a los que subscriben a más de una anualidad.

Se pidan informes directamente a: «SCIENTIA» Via A. de Togni, 23—Milano (Italia)

Revista de las Indias

MENSUAL

A cargo de la Asociación de Escritores
Americanos y Españoles

Director: GERMAN ARCINIEGAS

Comité de Redacción:

B. Sanin Cano - Luis de Zulueta -
Tomás Rueda Vargas - Benjamín
Carrión - Pablo Abril de Vivero.

Secretario de Redacción: Alberto Miramón

Apartado 486 Bogotá, (Colombia)

REVISTA IBERO AMERICANA

ORGANO DEL INSTITUTO INTER-
NACIONAL DE LITERATURA IBERO-
AMERICANA

Editores:

Roberto Brenes Mesón; Carlos García
Prada; Sturgis Leavitt; Arturo Torres
Riosco

Secretario: Francisco Monterde

Tesorero: Jhon Englekirk, The University
of New México, Albuquerque, New Mé-
xico, E. E. U. U.

Suscripción:

\$ 4 en los Estados Unidos
\$ 2 en la América Latina

FABRICACION CHILENA

Atenea

Se ruega a los escritores nacionales e iberoamericanos enviar sus obras a esta Revista, en cuyas páginas daremos cuenta en notas bibliográficas y críticas

Dirección para estos envíos:

EDIFICIO LA MUTUAL DE LA
ARMADA Y EL EJERCITO

4.º Piso — Oficina 22

SANTIAGO DE CHILE

Distribuidores:

EDITORIAL NASCIMENTO

SANTIAGO · CHILE · CONCEPCION

Abumada 125

Barros Arana 800